
Erina Alcalá
Una Okupa
en mi rancho

UNA OKUPA EN MI RANCHO

(Erina Alcalá)

Hay un final para cada viaje y hasta para cada huida,

pero dónde termina una deserción,

la corriente del río tiene una textura oleosa manchada de rojo en la luz declinante.

Se puede ir huyendo de la desgracia y del miedo tan lejos como sea posible.

Pero…¿dónde se esconderá uno del remordimiento?

"La noche de los tiempos" (2009), Antonio Muñoz Molina

CAPÍTULO I

Travis Olsen…

Travis Olsen, hijo único de Marc Olsen y de Marie Olsen, se había criado en el rancho Olsen, propiedad de su abuelo, el padre de su padre, Frank Olsen, viudo desde que Travis tuvo uso de razón.

Él conoció poco a su abuela, casi no la recordaba. Murió cuando él era pequeño con apenas cuatro años. Pero sí que allí, en ese entorno maravilloso y que tanto le gustaba, amaba a su abuelo, y a sus padres de pequeño.

El rancho Olsen estaba situado a seis millas de Dubois, un pequeño pueblo en plena naturaleza, de apenas mil habitantes, en el Condado de Fremont, Wyoming, rodeado por el rio Bighorn.

Era un gran rancho de caballos con un arroyo que lo atravesaba. Travis aprendió a cabalgar de pequeño cuando su padre le compró un pony precioso blanco y negro al que llamó Big.

Sin embargo, nunca supo qué cambió en su padre cuando él cumplió 13 años. Su abuelo decía que debía tener una enfermedad, se volvió agresivo y empezó a descargar en Travis el látigo por cualquier razón.

Recordaba a su madre llamando a los vaqueros y a su abuelo, y al chico tirado en el suelo y su padre dándole latigazos. Por cualquier cosa que hacía, por nada, venía del colegio o del instituto más adelante y lo azotaba.

Y así, pasaron los años y recordó como murió su madre cuando él cumplió 16 años, y Travis le echaba la culpa a su padre, y lo odió por sobre todas las cosas.

Recordaba cómo su madre lloraba y le curaba las heridas de la espalda y de la cabeza. Y la echaba mucho de menos.

Su único refugio era su abuelo, pero éste, el pobre no podía con su hijo. Incluso más de una vez que se puso delante para que no le pegara al muchacho, recibió más de un puñetazo de su hijo.

No había quién lo parara. Se había vuelto loco. Travis, tenía marcas en la espalda de las

palizas que había recibido esos años de su padre.

Una noche, cuando su padre había bebido y se había quedado dormido, el abuelo le preparó un bolso con ropa y le dio dinero a Travis. Fue la noche de su dieciocho cumpleaños.

-Hijo. Vete al ejército, a los marines, saca un billete a Warren. Allí está la fuerza aérea. Quédate en las fuerzas armadas, no vengas hasta que el rancho esté solo y estemos muertos. Yo, dejaré al notario todo bien atado para que el rancho sea tuyo. Al paso que va tu padre, no va a durar mucho. Te dejaré a ti el rancho. Cuando seas un hombre, vuelve y si está vivo lo echas a patadas, aunque sea mi hijo y tu padre. O le voy a dar un tiro cualquier día. Vete ya, antes de que amanezca, coge el autobús y sal de aquí o te va a matar un día de estos.

Y Travis, apenas siendo un chico tímido y asustadizo, salió del rancho Olsen, si acaso para no volver al menos en años.

Se abrazó a su abuelo llorando y salió del rancho. Fue andando al pueblo y esperó durmiendo en la calle, hasta que al amanecer, pasó el autobús que lo llevaría a vivir otra historia en su vida.

Llegó a Warren y se alistó en las fuerzas armadas. Allí terminó sus estudios y aprendió a pilotar. Un piloto de combate.

Se hizo un hombre. Había hecho misiones en Irak y en Afganistán.

Travis era alto y fuerte, su cuerpo cambió de ese niño asustadizo y tímido, bajo y sin carácter a ser un hombre alto, fuerte, de ojos azules y pelo castaño como su madre.

Aunque seguía siendo callado, no era un tipo alegre y divertido, sino silencioso, obedecía órdenes y trabajaba bien. Era inteligente y ordenado y nunca se metía en problemas.

Con las chicas era igual, por eso nunca tuvo una chica que le durara tiempo, porque no sabía interactuar con ellas como el resto de los hombres, y sabía que no había superado ese dolor que le había infligido su padre de pequeño.

Por eso, lo mejor era estar alejado del rancho de su infancia, de su abuelo al que tanto quería.

Ahora tenía 29 años, y estaba en una base militar en un hospital en Alemania. Su avión había sido abatido en Afganistán y pudo saltar en paracaídas, pero se rompió una pierna en la caída y un par de costillas.

Tuvo suerte de ser recogido por un helicóptero militar americano, y lo más probable es que tuviese que darse de baja del ejército y volver al rancho y curarse las heridas, tanto de la pierna como emocionales, en cuanto saliera de Alemania. Tenía para casi un año recuperación, pero según estuviese el rancho, volvería a pilotar o no.

Bien sabía que ya no podría pilotar con esa pierna. Y a él no le gustaba trabajar en despachos. Creía haber cumplido otra etapa de su vida. Y volver al punto de partida. Sin saber qué iba a encontrarse, pero ya no tenía miedo de su padre ni de nadie. Además, si su abuelo no mintió, ese era su rancho ahora, y con el dinero que había ganado lo pondría en marcha. Necesitaba aire puro, silencio y paz.

Le quedaban tres meses para salir del hospital y en cuanto saliera se iría a Dubois.

Sandra Sivianes y Marina Paredes…

Sandra Sivianes, era una chica que había perdido a sus padres de niña. No los recordaba. Solo por las fotos que su abuela Carmen le enseñaba, la madre de su madre. Sandra fue criada por su abuela. La educó, iba al colegio, al instituto y posteriormente a la Universidad en Jaén. Vivían en un pueblo de Jaén, rodeado de olivos, Arjonilla, un pequeño pueblo.

Cuando ella decidió estudiar veterinaria porque le encantaba, su abuela no se opuso, vivían las dos solas en una casa que era de su abuela. La de sus padres, la abuela la vendió como representante suya y le guardó el dinero junto con el que tenían sus padres para cuando se casara dárselo o cuando se independizara. No iba a tener dos casas abiertas y una cerrada.

Sandra era una chica de pelo castaño por media espalda, de 1,60 de estatura, pero era guapa, sus ojos color miel claros preciosos y de grandes pestañas. Era alegre, conocía a todo el pueblo, salía y entraba y era feliz con su abuela a la que quería mucho.

Iba y volvía todos los días en el autobús a la capital, Jaén, cuando entró en la universidad. No quiso alquilar un piso compartido con otras estudiantes porque los autobuses le venían bien. Podía coger el que iba al pueblo, a veces de otros dos pueblos de al lado que paraban en el suyo. Así, se ahorraba piso y dormía con la abuela.

En verano, se sacó el carnet de conducir y se compró un coche de segunda mano, y así ahorraba tiempo. E iba y venía a la Universidad sin tener que esperar autobuses y perder tiempo.

Su vida era la vida feliz de una chica de su edad. Su vecina, era una chica dos años mayor que ella, casada con un chico que trabajaba en una asesoría en un pueblo de al lado y ella trabajaba también en el mismo pueblo, de auxiliar de enfermería en una residencia de mayores. Eran muy trabajadores.

Y se llevaba bien con ella. Tomaban café algunos días, sobre todo los fines de semana y se alegraba de tener a su vecina Marina Paredes al lado y contarle todo.

Hasta que estando en tercero de carrera, conoció a Rubén, un chico de Jaén, que estudiaba medicina.

Estaba encantada con Rubén, enamorada, flotaba entre algodones. Era la primera vez que se enamoraba perdidamente.

Rubén sí que tenía un piso en Jaén y a veces, como ya era mayor y su abuela no era tonta, se quedaba algunos fines de semana en su piso que lo tenía con un amigo compartido mientras estudiaba.

Era la chica más feliz del mundo. Eran la pareja perfecta. Rubén, era guapo, no muy alto, pero era detallista y no la dejaba. La llamaba cada vez que salía de una clase, y a ella, eso le parecía maravilloso porque estaba pendiente de ella y se preocupaba.

Iba a esperarla para llevarla a la estación de autobuses, la esperaba el lunes temprano. Y como tenía un coche pequeño que le compró su padre, iba a verla a su pueblo todos los sábados y todos los domingos.

El siguiente año, ella ya tenía ya su coche y la acompañaba al coche cuando se iba a diario.

A principio era muy feliz, pero esa felicidad se volvió agobiante, porque no podía salir con sus amigas, Rubén no quería, quería ir solo con ella. Y eso que a ella le pareció al principio interés por ella y que la quería y la amaba, se volvió asfixiante y no podía hacer nada libremente, no podía tener amigas, no podía salir con ellas.

Se sentía controlada a todas horas, desde la mañana a la noche, desde el lunes al domingo.

Y uno de esos fines de semana, del último año de carrera, recibió el primer puñetazo en el ojo, en casa de él, en su habitación, por una tontería. Quería ir al cumpleaños de una compañera de clase y él no se lo permitió.

Le pedía perdón, una y otra vez, cada vez que los golpes se sorteaban con frecuencia. Donde dolía y no se notaban.

Y ella supo que eso no era normal. Que quería dejarlo y no podía. La primera vez que le dijo que lo dejaba, le dio una paliza que la llevó al hospital cinco días.

A su abuela le dijo que se había caído y además él estaba allí con ella y se sentía aterrorizada. Se quedaba con ella de noche en el hospital para que la abuela no pasara una mala noche, decía.

Pero la segunda vez que fue al hospital, ya terminado el curso, en verano, cuando iba a verla a diario, se la dio en mitad de la calle, en su pueblo, sin que nada ni nadie le importara y la gente tuvo que ir a separar a ese bestia. La llevaron al hospital de Andújar. Los médicos le prohibieron entrar a verla.

Marina, su vecina fue a verla. Estaba sola en la habitación, y le contó su año infernal con

Rubén, que tenía un miedo horrible, que la mataría y dejaría sola a su abuela.

-No le digas nada a mi abuela, por favor. No quiero que sufra.

-Tu abuela lo sabe cielo, no es tonta y estamos pensando qué podemos hacer.

-Tengo que irme o me matará, por mi abuela…

-Ya pensaremos algo, por tu abuela no te preocupes, yo estoy aquí y me ocupo de ella, mi marido y yo nos hacemos cargo, no te preocupes. Esta noche vamos a hablar Javier, tu abuela y yo, y vamos a tomar una decisión para cuando salgas del hospital. Te vas a ir. Tienes tu carrera, tu título, tienes veintitrés años, sabes inglés…

-No podré hacer el máster que quería.

-Ya lo harás por ahí, en un país extranjero, lejos. Ya hablaremos mañana cuando venga, si te parece bien lo que acordemos, Javier se pone manos a la obra y en cuanto salgas, te vas.

-¡Oh, Dios mío! ¡qué miedo tengo!

-Ni lo tengas. Venga, pasa buena noche, no puede entrar a verte, tu abuela se lo ha prohibido.

-A ver si le va a hacer algo a mi abuela…

-No, no se va a atrever a eso. Cree que tu abuela ni lo sabe.

Sandra no dormía en toda la noche, estaba en un duermevela y cada vez que veía una sombra o a la enfermera entrar, pegaba un respingo.

-Soy yo, la enfermera, cielo, tranquila, estoy cerca.

La policía, había amenazado a Rubén si se acercaba a Sandra. Y al menos estuvo unos días alejado, pero bien sabía que volvería a por ella.

Esa noche cuando Marina llegó al pueblo, se reunieron en casa de la abuela, su marido, ella y la abuela.

-Doña Carmen…

-¡Ay, hija! me la va a matar y me quedaré sin nadie, y si lo meten en la cárcel, saldrá en cinco años, e irá a por ella.

-No llore. Se va a ir lejos. Hemos pensado eso.

-¿Dónde?

-¿Quiere que se vaya lejos, aunque no la vea más?

-Sí, no quiero que le pase nada, aunque ya no la vea más, de todas formas, me quedan pocos años de vida, si se fuese a otro lugar a vivir, tampoco la vería.

-Verá, tengo un tío abuelo en Wyoming. Al otro lado del mundo. Es un pueblo del interior de 1.000 habitantes, pequeño y perdido de la mano de Dios. Allí no la va a encontrar nadie.

-¿Eso dónde es? -preguntó la abuela.

-En Estados Unidos, al otro lado del mundo.

-¡Ay, Dios mío y qué...

-Es mi tío abuelo, hermano de mi abuelo, tiene allí un rancho, y allí estará escondida.

-La encontrará donde sea.

-No, hemos pensado que ella y yo nos parecemos mucho. Se va a llevar mi pasaporte y mi carnet. Voy a decir que se me ha perdido y pediré unos nuevos, mañana voy a hacerlos. Aún le queda unos meses para que le den el

alta. Nos da tiempo de preparar la documentación y todo. Vamos a prepararle una maleta, allí es primavera ahora, lo hemos mirado en el mapa.

-¿Pero sabrá dónde va?

-No, le vamos a comprar un móvil a mi nombre, ella será yo. Mi tío abuelo hace años que no me ve, desde pequeña. Y yo no pienso ir a allí nunca.

-¿Y cómo va a ir?

-Móvil nuevo a mi nombre. Puede llamarme a mi sola y podemos hablar con ella y él no sabrá nada, sino que se ha ido.

-Bueno, le preparamos la maleta, llevará la dirección, pero el billete lo sacamos a California y de allí que tome autobuses o tren. Yo me ocuparé de todo eso hasta el lugar, y se lo explico. Y sacaremos otro billete a su nombre a Nueva Zelanda, aunque nos cueste una pasta, así si quiere ir a buscarla no va a encontrarla en la vida.

-¡Ay, Dios mío! pero hay que abrir una nueva cuenta a su nombre, o sea al mío.

-Me ocupo de todo, incluso de que firme todo para que sea su firma, la de los carnés y la del banco, pero a mi nombre.

-Tienes que meterle el dinero de sus padres y yo tengo algo ahorrado, no lo necesito todo.

-Lo que usted me dé se lo ingresamos. El día que salga, firma y se va por la noche.

-Se va a ir a Madrid desde Andújar, todo lo solucionamos allí, el banco, las firmas, y no vendrá aquí más.

-¡Ay, hija! cómo te lo agradezco…

-¡No se preocupe, doña Carmen! ese no puede salir del país, no va a hacerlo cuando sepa que se va a Nueva Zelanda.

-¿Eso está muy lejos?

-En el otro lado del mundo, más lejos todavía.

-¿Y dónde va, también?

-También, pero allí estará bien. Ya verá cuando nos llame.

-Si crees que es lo mejor…

-O eso o cualquier día nos la mata, doña Carmen.

-Pues lo hacemos.

Y entre Javier, el marido de Marina, doña Carmen y Marina, le prepararon todo.

Y se lo explicaron, Sandra lloraba.

Unas semanas después…

Ahora eres Marina Paredes, este es tu carnet, tu pasaporte, tu cuenta con una tarjeta, es la más usual en Wyoming, llevas doscientos cincuenta mil dólares y tres mil euros para llegar bien, una sola maleta, ya te comprarás ropa, la dirección, tu nuevo móvil, el otro lo hemos dado de baja, y esta es la maleta que llevas. Tus dos pasajes.

Cuando llegues a Madrid, factura este bolso vacío a Nueva Zelanda y la maleta a Los Ángeles, y te vas a la puerta de embarque de Nueva Zelanda, pero da el billete a Nueva Zelanda, solo que no entres en el avión, El de los Ángeles sale una hora más tarde, te vas a esa puerta de embarque y allí sí que entras.

Cuando llegues hay un tren a Cheyenne, vas a ir más cómoda, y en Cheyenne busca el autobús a Dubois en la estación. Tarda unas seis o siete horas, pero parará en el camino.

Una vez que llegues, en cualquier cafetería pregunta por el rancho Olsen, el rancho de Frank Olsen. Cuando vayas llegando a los sitios nos vas llamando.

-Ok.

-Madre mía abuela, te voy a echar tanto de menos…

-Y yo a ti hija.

-Perdóname abuela, no sabía cómo era y ahora te tengo que dejar para siempre.

-Eso no lo sabías cariño, pero no quiero verte como a tus padres. Nunca te olvidaré si me pasa algo, Marina te enviará el dinero de la casa, que la venda. Y el que tengo, eso lo dejaré con el notario todo escrito.

-Gracias a todos, de verdad. No quiero irme.

-Tienes que hacerlo -le decían los tres en la estación de autobuses, mientras esperaban el autobús que la llevaría a su primer destino: a Madrid.

-Gracias Javier, gracias, Marina, abuela…- lloraba a lágrima viva Sandra, abrazando a su abuela a la que dejaba y que sabía que no la vería más.

Y cuando llegó el autobús, con todo en su cabeza, se subió, y les dijo adiós, a su vida, a su pueblo, a su abuela, al cementerio donde estaban sus padres enterrados, a sus vecinos, que mantendrían el secreto. Marina era inteligente y perfecta, había hecho por ella lo que nadie hizo nunca, salvo su abuela, pero ahora Marina Paredes era ella.

Ahora era otra persona, en todos los sentidos, y a pesar del llanto durante una hora bajo sus gafas de sol, se quedó dormida un rato y cuando iba a llegar a Madrid, pensó que era lo mejor para su vida.

Jamás pensó en irse de allí, en que la solución sería cambiar de aires, en ser una persona distinta y sobre todo irse a vivir al otro lado del mundo.

Ella quería ser veterinaria y allí no podía ejercer, seguro, a no ser que el rancho tuviese animales y pudiera echarle una mano a su tío abuelo, al que tendría que mentir también.

Entre sus aficiones, estaban hacer pulseras, anillos pendientes, tenía buena mano para la bisutería y se le daba bien, pero no tenía mucho tiempo y desde que salió ese año y medio con Rubén, no podía hacer nada. De lo que a ella gustaba, a él todo le parecía una tontería y una pérdida de tiempo.

Iba hundida emocionalmente, con el cuerpo amoratado, dolorido y la autoestima por los suelos. Sentía que no valía nada, pero debía seguir adelante con los planes que le habían preparado si quería librarse de ese cabrón porque sabía que la mataría.

Al llegar a Madrid, tomó un taxi al aeropuerto, para ello llevaba los tres mil euros.

Pagó al taxista y entró en el aeropuerto. Facturó el bolso y la maleta cada uno para un lugar distinto con un nombre distinto.

Aún faltaban un par de horas para el viaje a Nueva Zelanda, y se arregló un poco en el aseo, se refrescó y se pintó con una bolsita de aseo que Marina le metió en el bolso que llevaba.

Y fue a comer y a tomar un café, se dio unas vueltas y compró unas revistas. Y cambió a dólares el dinero restante. Ya no iba a necesitar los euros.

Fue a la puerta de embarque y le dio el billete a Nueva Zelanda a la azafata que había en la entrada, y una vez dado, se dio la vuelta y entró en la sala del vuelo a Los Ángeles y allí se sentó una hora a esperar. Ya había gente esperando.

Iban a ser unas cuantas horas de vuelo. Casi 16 horas de vuelo. Ya tendría tiempo de dormir. Llegaría al día siguiente.

No dejó de pensar en el vuelo cómo podía haber llegado a esa situación, nunca la buscó y tampoco vio las señales rojas, hasta que fue demasiado tarde.

Al principio era tan feliz con Rubén, era un chico tan especial y agradable tan enamorado, que no pensó jamás que iba a convertirse en el monstruo en que se convirtió o que ya era y ella nunca se dio cuenta.

Pero bueno, quizá fuese bueno para ella lo que iba a vivir, de momento, no quería un hombre ni en pintura, solo necesitaba paz y tranquilidad, un trabajo en el que olvidar todo, y se fue animando, porque pensó que en un rancho podría hacer eso, y tras mucho tiempo sonrió sola por primera vez. Marina Paredes, esa era ella ahora.

CAPÍTULO II

Durmió unas cuantas horas por la noche en el avión. Les dieron la cena y el desayuno y un almuerzo.

Cuando llegó a Los Ángeles y el avión sobrevolaba sobre la ciudad, le encantó. Parecía otro mundo, es que era otro mundo.

Esperó su maleta e iba a tomar un taxi hasta la estación del tren para Cheyenne, Wyoming, cuando vio en los paneles, vuelos a Cheyenne y pensó que un vuelo le ahorraría tiempo y fue a sacar un billete de avión. Tenía ganas de llegar y aún le faltaba y se ahorraría horas de viaje interminable en tren.

Así que sacó un vuelo a Cheyenne y facturó de nuevo la maleta. Comió y tomó de nuevo café e iba a llegar de noche casi.

Si llegaba de noche, iría a la estación de autobuses y preguntaría por el autobús de Dubois, si acaso se podía quedar en un hotel cercano, estaba molida y tampoco hacía falta correr.

Y eso hizo cuando llegó a Cheyenne, tomó otro taxi a la estación de autobuses y preguntó desde dónde salían los autobuses a Dubois y cuánto tardaban.

Más de cinco horas de viaje. Y ya llegaba a su destino. Eso era el viaje interminable. Salía a las doce de la noche y llegaba a las seis y media de la mañana o las siete.

Total, ya eran las diez y media.

Así que comió algo, se refrescó de nuevo y tenía ganas de darse una ducha de campeonato. Tendría que esperar.

Cuando llegó la hora, se montó en el autobús nocturno y puso la alarma del móvil, llamó a Marina y les dijo que iba ya en el autobús camino de Dubois, que llegaría por mañana porque en España sería de noche.

-¿Te ha ido todo bien?

-Sí, gracias, Marina, cansada pero muy bien.

-De nada Marina Paredes -le dijo la verdadera Marina.

-¡Qué raro me suena!

-Pues que no te suene raro, ni te equivoques.

-Te dejo, voy a dormir un rato, cuando llegue al rancho, llamo. Y te cuento. Dile a mi abuela que estoy bien y que la quiero.

-Adiós, cuídate mucho.

-Lo haré, si ya casi he llegado…

Y fue cerrar los ojos del cansancio y al abrirlos había amanecido, quedaba un cuarto de hora cuando preguntó lo que quedaba para llegar a Dubois.

El paisaje era precioso, le encantaba, los pinos a los lejos, un rio, las flores en primavera amaneciendo con los rayos de sol, los campos y se veía el pueblo a lo lejos.

Se vio parada en un pueblo que amanecía, con una maleta, y se fue caminando a una cafetería que había abierta.

Entró al baño y luego se sentó en una mesa.

-¿Quiere desayunar? -se acercó la camarera, una chica joven con una libreta y un bolígrafo en la mano para tomarle nota.

-Sí por favor, el café con leche no muy cargado.

-Muy bien, ¿completo?

-¿Cómo es completo?

-¿No es de aquí? ¿Está de paso?

-No, vengo al rancho Olsen, es de mi tío abuelo Frank.

Y ella la miró.

-Cuando desayune, cruce la carretera, siga hacía arriba y allí verá la notaría, entre y

pregunte por el señor Harris. Llevaba todo el tema de ese rancho…

-¡Ah bien! gracias por la información.

Y en cuanto acabó con ese gran desayuno completo que le salía por las orejas, pero que comió con apetito, pagó y le dio las gracias de nuevo a la chica.

-¿Dónde puedo comprarme un coche aquí?

-A la salida del pueblo, en esta misma acera, hay una gasolinera y un concesionario pequeño, pero venden coches nuevos y de segunda mano, de todo tipo.

-Muy bien gracias de nuevo. Vendré más por aquí. Me llamo Marina Paredes.

-Y yo, me llamo Mel, encantada Marina, espero que te quedes.

-Eso pretendo. Gracias Mel.

-De nada, suerte.

-¿Quién es? – le preguntó el cocinero que había tras la barra.

-La sobrina de Frank Olsen. No creo que sepa que ha muerto y que el rancho está vacío.

-Pobrecita.

Y Marina, cruzó la calle hasta llegar a la notaría. Aún tuvo que esperar diez minutos a que la abrieran.

Y cuando un señor con traje que parecía ser el señor Harris abrió la puerta, ella lo estaba esperando.

-¿Está esperándome?

-Si es el señor Harris, sí, lo espero.

-Lo soy, encantado -y le dio la mano.

-Soy Marina Paredes.

-Marina Paredes, ese nombre me suena de algo.

-¿Sí?

-Sí, pase.

-Siéntese, aquí, voy a mi despacho a preparar el ordenador y la llamo enseguida,

-Vale gracias -y se sentó en la pequeña sala de espera.

Diez minutos más y la hizo entrar.

-Muy bien, señorita Marina Paredes, dígame en qué le puedo ser útil.

-Bueno, vengo de España, de un pueblo pequeño del sur, tengo un tío abuelo que tiene un rancho de caballos aquí cerca, Frank Olsen, del rancho Olsen. La chica de la cafetería me ha dicho que viniera a hablar con usted cuando le he preguntado por mi tío abuelo.

-Usted es la sobrina que tiene en España, me habló de usted, Marina, por eso me sonaba el nombre -y se levantó y cogió una carpeta con el nombre de Frank Olsen, rancho Olsen.

-Sí, exacto, ¿trae sus documentos? Tengo que comprobarlos, como comprenderá.

-Sí señor, lo comprendo, -y le enseño el carné de identidad, el pasaporte, y todos los billetes de los vuelos desde España.

-Exacto, es usted. ¿Y qué le trae por aquí?

-Quiero vivir con él en el rancho.

-Eso no va a ser posible, querida.

-¿No? ¿Ha vendido el rancho?

-No, murió hace un año, dos después de su único hijo.

-¿Un año? No he tenido noticias de eso.

-No he podido encontrar su pueblo, parecía ser pequeño.

-Sí, muy pequeño.

-Bueno, veamos, le contaré la historia: El rancho está, como lo dejó cuando supo que se moría.

-¿De qué murió?

-De cáncer de pulmón. Fumaba demasiado.

-¿Y su hijo, su nuera y su nieto?, creo que tenía un nieto.

Y el señor Harris le contó toda la historia.

-¿En serio? ¿Y entonces su nieto?

-Su nieto está desaparecido desde los dieciocho años. Y no sabemos dónde está ni si volverá, ni siquiera si está vivo. En todo caso que volviera, podría reclamar el rancho, pero ahora es suyo, lo dejó su tío abuelo escrito, que, si no lo reclamaba su nieto, era suyo si venía, y si luego viene su nieto y usted ya ha ocupado la propiedad, será de los dos, así de claro. Así que usted ha llegado primero y ocupará la propiedad. Si viene Travis Olsen, tendrá que cederle la mitad.

-Bueno, al menos eso me parece justo, claro que sí…

-Pero no tiene animales, se vendieron todos.

-No importa, no voy a poner un rancho al uso. De momento voy a vivir allí y veré a qué me dedico.

-Pues firme aquí -Y ella firmó.

-De momento, es la única dueña del rancho. Tome sus escrituras. Si viene Travis, tendremos que modificar ese testamento, así está estipulado.

-Me parece bien.

-Ahora queda otra cuestión.

-¿Sí? ¿Cual?

-El dinero.

-¿Qué dinero?

-El que tenía su tío abuelo. Era un gran rancho próspero y dio dinero en su tiempo. También es suyo. Y de Travis, le aconsejo que le guarde su mitad.

-Lo haré.

-Diez millones.

-¿De qué?

-De dólares, mujer.

-¿Diez millones de dólares?

-Sí, cinco para cada uno. Se vendió todo el ganado, pero me temo que va a tener que hacer algunas reformas en ese rancho.

-Las haré, con ese dinero…

-Y si no va a meter animales…

-De momento no, voy a dar un tiempo por si viene Travis, ¿qué edad tiene?

-Tendrá unos 30 años. Pero quizá se haya ido al extranjero, se ha casado, vaya usted a saber.

-No se preocupe, si viene tendrá su mitad de todo.

-¿Tiene cuenta?

-Sí.

-Le hago una transferencia por el dinero.

Y se la hizo.

-Necesito su teléfono y le he descontado los impuestos y mi minuta, y ella esperó que le diera toda la documentación.

-Si se va a quedar aquí, le aconsejo que se dé de alta como ganadera, aunque no tenga ganado o autónoma si vive aquí, si no, no podrá quedarse en el país, y se haga un carné nuevo y contrate un seguro de salud. Eso para empezar. ¿Quiere que me encargue de ello?

-Me parece bien, como autónoma.

-Son quinientos dólares y la llamo en cuanto lo tenga todo para que venga a recogerlo. ¿Quiere un seguro de salud completo?

-Sí, claro.

-Pues le sumo mil quinientos dólares al año.

-Perfecto tome los dos mil dólares.

-Le hago una factura.

-Bueno, estas son las llaves del rancho, las de la entrada y ésta la de la casa principal. Dentro están el resto de las llaves con sus nombres de cada cosa, su tío abuelo era así.

-Si tengo que reformar algo, ¿me puede recomendar un contratista?

-Este es el mejor -y le dio una tarjeta.

-¿Tiene luz?

-Si, dele a la llave y a la del agua en cuanto entre, están en la entrada a la derecha, pero tiene que ir al ayuntamiento a darse de alta, yo me ocupo cuando tenga todo y se lo pongo a su nombre. No le cobro nada, no se preocupe.

-Si le tengo algo que pagar…

-Nada. Mujer.

-Bueno, entonces, me llevo las llaves y si me dice dónde está el rancho…

Y se asomó con ella a la calle.

-¿Ve la gasolinera al final del pueblo?

-Voy a pasar a comprarme un coche.

-Bien. Pues siga la carretera, y cuando pase unas cuatro millas verá un cartel: rancho Olsen a la derecha, siga otra milla y lo verá.

-Estupendo. Gracias, señor Harris.

-Bien ahí lleva todo, me encargo de lo demás y la llamo quizá en tres días.

-Muy bien.

Siguió con su maleta hasta la gasolinera y entró en el concesionario, y se compró un monovolumen que le recomendaron.

-Si luego pone el rancho en marcha necesitará camionetas.

-Ya veré qué hago, de momento pienso reformarlo y veré qué hago luego.

-Puede llenarlo ahí de gasolina. Tiene poca.

-Lo pagó con tarjeta y la gasolina también y en frente había un supermercado que parecía más bien un almacén. Se paró a comprar algunas cosas, ya haría una compra.

-Si va al rancho Olsen, le podemos llevar la compra si pasa de cien dólares. Tome nuestro teléfono.

-Bueno, gracias, voy a llevarme unas cuantas cosas que necesito de momento, pero al final eran muchas más. Vendré en cuanto lo vea.

Cuando estaba en la puerta del rancho abrió la cadena que cerraba el rancho y miro alrededor.

Era una preciosidad, y supo que allí seria feliz. Tenía dinero y e iba a poner el rancho como si estuviese en funcionamiento por si venía el tal Travis. E iba a mandarle a la verdadera Marina un millón de dólares.

Le dio pena cuando le dijo el señor Harris las palizas que le daba su padre a Travis y que tuvo que irse, solo su abuelo sabía dónde había ido y nunca abrió la boca.

Si venia, también sería el rancho suyo. Por eso con su parte lo iba a dejar precioso y si él venía le tendría sus cinco millones para lo que quisiera. Por si quería meter caballos o comprar lo necesario. Ella solo iba a reformar todo. El resto…

Quizá no volviera o estaba muerto, o casado en Nueva Zelanda.

Bueno, ella no tocaría ese dinero a no ser que tuviera cuarenta años, ese tiempo se daría y le daría. Era suficiente.

Dejó la cadena en el suelo y siguió el camino, un tanto abandonado, pero la primavera florecía en el rancho y había pastos para ganado. Y se veían bebederos a lo lejos y un gran arroyo.

Paró el coche en la puerta de lo que debía ser la casa principal. A lo lejos había un edificio grande de dos plantas y una casita pequeña de una planta

al lado con dos garajes, y mucho más lejos había filas de cuadras y un par de redondeles, sería para domar los caballos o pasearlos. Luego había como tres graneros. Tendría que mirar toda la propiedad.

De momento abrió y el polvo la echó para atrás.

La casa tenía tres garajes a la izquierda. Y ella entró en la casa con las manos en los ojos, para poder ver.

A la derecha les dio a los dos apliques que le dijo el señor Harris de la luz y el agua y la luz del techo y se encendió.

Bueno al menos la luz la tenía ya, fue abriendo puertas y ventanas de todas las estancias. Subió y también abrió todas las ventanas.

Arriba tenía cuatro dormitorios y dos baños, uno dentro del principal y el otro al lado de las tres habitaciones, eran habitaciones grandes, enormes y los muebles estaban oxidados, las camas eran de hierro. Todo estaba para tirarlo y pintar y restaurar.

La parte de abajo tenía dos salas amplias y grandes, un salón y una cocina con comedor, separados.

El patio con un aseo y otro cuarto de lavado. El patio estaba cubierto de tierra y florecillas que parecía un campo, era grande y tenía una mesa y dos sillas blancas de terraza rotas y oxidadas también. Todas las estancias eran enormes. Un gran caserón para reformar.

La cocina era… los electrodomésticos blancos oxidados, todo estaba hecho un asco, de polvo, óxido, ropa vieja y olor a tabaco aún. Y Salió con un racimo de llaves y fue a ver la otra casa, la pequeña y de una planta. Estaba un poco mejor, pero tenía dos dormitorios un salón y una salita pequeña, el patio más pequeño y un baño entre los dos dormitorios. Y garaje para dos coches.

El pabellón alto, debía ser donde dormían los vaqueros cuando el rancho estaba en funcionamiento.

Era grande. Abajo tenía una gran sala con cocina y fuego una gran mesa vieja de madera, sillas rotas de enea. Y arriba tenía a un lado veinte habitaciones, una tras otra con camas y colchones y ropa para tirar. Y al otro

lado del pasillo, los baños y duchas y lavabos y espejos viejos, para veinte personas, como las habitaciones, y al fondo un cuarto con lavadoras y secadoras, cinco, para temblar, con estantes para doblar la ropa, doblados por el tiempo.

Bueno, habría que ir arreglando todo.

Las cuadras eran enormes, se ve que hubo muchos caballos en su tiempo y los rodeos habría que cambiar las maderas. Los pabellones… uno tenía herramientas y un viejo tractor, y un depósito sería para gasoil. Y espacio para meter camionetas. Era enorme y enormemente alto.

El otro era más pequeño, un granero y herramientas para el grano. Y un pequeño despacho con artículos para veterinaria, ya caducados. Una mesa y una silla de hierro blanco desconchada.

De ahí, de lo que había visto, no podía salvarse nada.

Y el tercero de los pabellones, cerrado también, se veía que era para meter más caballos. No veía la diferencia entre los caballos de las cuadras y los que habían metido en ese gran pabellón. Bueno. Ya se enteraría. A lo mejor para las yeguas preñadas…

Iba a irse a dormir a la casa pequeña, estaba en mejores condiciones.

Pero sacaría solo la comida, la metería como pudiera en la nevera y en la encimera de la cocina, cerró todo, se dio una buena ducha, puso una sábana que encontró en un cajón, la puso en la cama y estuvo durmiendo hasta el día siguiente.

Cuando miró el reloj eran las doce de la mañana había dormido un montón de horas. Mandó un mensaje a su amiga Marina de España. Le dijo que le mandara por mensaje su cuenta. Iba a mandarle un millón de dólares. Y se hizo el desayuno.

Llamó al contratista y le pareció mentira, pero el hombre apareció en una hora allí.

-¡Hola! ¿Qué tal? soy Roy Bud, el contratista, hemos hablado por teléfono hace una hora

-Sí, Marina Paredes, encantada.

-¿Es de por aquí?

-No, soy española. Frank Olsen era mi tío abuelo y ahora he heredado el rancho.

-Una pena que este rancho esté desaprovechado, ¿lo va a poner en marcha?

-No de momento.

-¿Entonces?

-Lo que voy a hacer es reformarlo por completo, luego veré qué hago con él.

-¿Y qué piensa hacer?

-Quiero que mire todo y arreglemos todo, hasta las vallas y la entrada, todo de todo, quiero tirarlo todo y ponerlo nuevo, pintar, decorar y meter muebles, lámparas, azulejos, suelos nuevos.

-¡Vaya, eso es un buen trabajo!

-Sí señor, por eso podemos ir viendo estancia por estancia y le digo qué quiero.

-Pues vamos allá, tengo un grupo de hombres dispuestos a trabajar y los muebles se los pone mi mujer, si quiere, que tiene una tienda, puede ir a elegirlos, los muebles y la ropa de cama y las lámparas, colchones, cortinas, electrodomésticos, etc.

-Perfecto. Mejor a ella que a otro.

-Voy a quedarme en la casa pequeña. Mientras que reforma la grande. Es lo primero que quiero que haga.

Y así fue diciéndole qué quería y cómo lo quería todo.

Roy, le pasó un presupuesto, y su mujer otro conforme iba metiendo muebles y ropa y le colgaban las lámparas.

La reforma tardó tres meses. En esos tres meses ella le había enviado a su vecina el millón de dólares, y ésta estaba loca, porque pagaron sus deudas y arreglaron la casa vieja que habían comprado al lado de la abuela. Y unas

fanegas de olivos compraron también. Hablaban todas las semanas, con la abuela también, aunque tuviese que ser en mitad de la noche.

Cuando acabó la reforma del rancho, era otro, y llenó la nevera. Se había gastado un millón seiscientos cincuenta mil dólares, más el millón para Marina. Pero tenía un rancho maravilloso. Y dinero en el banco.

Había puesto una entrada blanca nueva preciosa y había vallas nuevas en todo el rancho. La extensión de terreno era enorme y ella se daba largos paseos.

Le habían pintado todos los bebederos de agua, pintado todas las cuadras y tirado todos los aperos viejos de los caballos. Solo dejó las cuadras sin nada, pintadas, blancas, y los tejados nuevos.

Los dos rodeos con madera nueva blanca pintada. Los campos arreglados.

El pabellón listo para veinte personas, con camas, un gran salón una gran mesa, sillas y mecedoras, estanterías, un espacio por si se compraba una gran televisión una cocina nueva con todos los utensilios necesarios, ropa y mantas, y sábanas, edredones, lavadoras, secadoras, cinco de cada y estantes nuevos, y los baños, nuevos y bonitos, con lámparas y cada habitación con una mesa y una silla, una mesita de noche un armario y una cómoda, sus toallas, y ropa de cama.

Eso sí quiso dejarlo para vivir, los graneros, pintados, tiró todas las herramientas oxidadas y el despacho de veterinaria y el tractor.

Todo quedó vacío y pintado, los tres pabellones, por si acaso venía Travis algún día y quería poner en marcha el rancho.

-Habría que comprar cosas, pero al menos todo estaba listo para meter las cosas.

La casita la dejó preciosa completa con una salita y un pequeño despacho al lado de la ventana, sin ordenador, solo la mesa y un sillón y un salón abierto a la cocina, los dormitorios con baños y armarios y un aseo en el patio y un cuarto de lavado, el patio lo dejó con cemento y unas sillas y mesa para cenar, un toldo y pintado y arreglados los tejados y alrededor de la casa, le puso flores. Y se pintaron los garajes y las puertas.

Y por fin la casa grande, era maravillosa, había hecho una carretera desde la entrada a las dos casas y al pabellón para que no se levantara tanto polvo.

La casa principal, una sala de lectura y televisión, para descansar con librería y sofás y sillones y una mesa para comer, si quería recogerse en la sala en invierno.

El salón abierto a la cocina con una gran isla, la cocina nueva con todo lo imprescindible, un aseo en el patio y un cuarto de lavado, sillas y mecedoras, una barbacoa y al final una piscina no demasiado grande con piedras por donde caía el agua, césped y unas hamacas para descansar.

En la entrada, en el porche, una mesa y dos balancines. La parte de arriba hizo los dormitorios con vestidores y duchas los tres más pequeños, la principal dos vestidores y un baño enorme con lavabo doble y un espacio para poner pinturas y cosas de aseo, una gran ducha y un baño cerrado y una bañera de patas, los grifos todos en negro en toda la casa.

Era una casa para enseñarla, preciosa, los suelos en gris como la pintura de dentro combinada con la ropa y muebles en grises y verdes.

Y lo que más le gustaba, la otra sala, enorme, con una gran mesa al ventanal, de pared a pared, hecha a medida de madera con cajoncitos pequeños, un cajón grande y otros pequeño a un lado. Otra mesa de despacho grande en el lateral con tres sillones uno para trabajar y otros dos para la mesa de despacho, que llenó de materiales, el ordenador, fax y una impresora de las últimas.

Rodeada de Estanterías en la estancia.

Tenía planes, iba a hacer pulseras, pendientes y collares y todo tipo de bisutería artesanal, unas más caras y otras más baratas.

Con una taza de café en la mano en el porche en pleno mes de junio, con una Rebequita porque aún refrescaba, había ido esa tarde de compras de ropa y cosas de aseo, el día anterior fue a comprar comida. Había colocado la ropa y se había hecho un café.

Vivía en un lugar incomparable donde el verano no era demasiado caluroso, conocía a todo el pueblo, ya tenía todos sus documentos guardados en su

mesita de noche junto con un par de rifles y una pistola. Aún tenía miedo. Tenía un rifle tras la puerta de entrada y otro en su dormitorio.

Y encargó también una gran mesa plegable con cuadraditos de distintos tamaños y cerrados para meter las joyas y venderlas los sábados, viernes y domingos en los mercadillos de los pueblos cercanos. Tenía tres pueblos donde vender, aunque el más grande estaba lejos, pero había ido a verlos. Saber qué se vendía. Y creía que podía ganarse así la vida, no necesitaba ahorrar, sino vivir y pagar todo. Si podía ahorrar un poco, lo haría. Porque no podía ni quería ser veterinaria de momento por si acaso, aún soñaba con Rubén algunas noches.

La casa, blanca con sus contraventanas negras y esa decoración completa de todo, la hizo tan feliz…

¡Gracias, señor Fran Olsen!

Era una preciosidad que la hacía feliz, cómo le habían dejado todo, con flores y arbolitos desde la entrada. Todo, todo era maravilloso. Puso internet, y se dedicó los dos días siguientes a hacer unos pedidos de perlas de colores, piedras, todo lo necesario para hacer su artesanía. Y un gran cajón que tenía la mesa con otros cajones a un lado para las herramientas necesarias para hacerlas, una gran lupa de pie. Todo. Hizo una buena lista.

Trabajaría de lunes a jueves y lo que hiciera, lo vendería los fines de semana por las mañanas, y haría un pedido al mes. Claro que el primer pedido le costó casi cinco mil dólares, por las herramientas. Se volvió loca pidiendo piedras de distintos tamaños y colores y bolitas y de todo lo necesario.

Dos días tardó en colocar todo en su sitio. Organizarlo para empezar a trabajar.

Y el lunes empezó a trabajar, miraba en internet lo último que se llevaba y lo hacía. Se le daba bien y le gustaba. Y con el tiempo, lo hacía todo cada vez más rápido con lo que hacía más e inventaba sus propios modelos. Y vendía bien.

Así empezó una nueva vida. Los viernes cuando volvía del mercadillo, iba a la compra de la semana y el lunes por la mañana limpiaba en unas horas, se

levantaba más temprano. Y una vez al mes, un lunes, barría y limpiaba el resto de las estancias del rancho más la suya. No pensó en meter a nadie, cuando más escondida estuviera mejor. No le apetecía ni salir los fines de semana. Cuando venía cansada de los mercadillos, comía en la cafetería y se tomaba un café, charlaba con Mel y se iba a casa a descansar.

Algunas veces iba a desayunar o a dar un paseo por el pueblo y se compraba ropa o lo que necesitara.

Pasó un primer invierno frio allí, pero había puesto calefacción centralizada y en casa se estaba calentita.

Y de nuevo llegó la primavera y el siguiente verano y se daba un baño en la piscina.

Ese verano tuvo una mala noticia de Marina, su abuela había muerto, de noche tranquila en su cama.

Y ella lloró como nadie. Estuvo triste y esa semana no fue a los mercadillos, no tenía ánimos, se quedaba en el porche pensando en ella y a los dos meses en septiembre, Marina le ingresó el dinero de su abuela y el de la casa que la vendieron.

Ella no quería, porque estaba utilizando el dinero de su amiga, que le pertenecía, aunque le había dado parte. Algún día le daría más. Ahora lo necesitaba.

Había cumplido ya 25 años, llevaba dos años en el rancho. Y jamás pensó en tener la paz que necesitaba. Ser independiente y ser feliz así con esa vida. Tendría que salir a conocer chicos algún día, eso le dijo Marina y sería inevitable. Tenía que perder el miedo y no todos los hombres eran iguales.

Era finales de octubre, miércoles, y estaba a punto de cenar, quería terminar un juego de pendientes y collar, cuando un todo terreno aparcó al lado de la casa principal. Ella iba a ir a cerrar ya con llave el rancho, siempre lo hacía antes de cenar, la chica de la cafetería le decía que en Dubois nunca pasaba nada, pero ella tenía aún el miedo en el cuerpo, así que cerraba con el pestillo por la noche antes de cenar, iba y cerraba con una llave y un candado que le había puesto Roy el constructor y que ella le pidió.

Dejó lo que estaba haciendo y salió a la puerta, a ver al visitante.

Parecía que quien fuese, le costaba salir del vehículo y fue en su ayuda, gracias a Dios no era Rubén. Cada vez que venía alguien al rancho, temblaba.

-¡Hola! ¿Puede salir solo?

Y el hombre, le dio a ella las muletas, salió con una pierna encogida y con la otra saltó del todoterreno.

Ella le dio las muletas de nuevo para sujetarse.

-¡Hola! soy Marina Paredes y usted es…

-Travis Olson, -le dijo de espaldas.

-Travis Olson, pero si usted estaba perdido. Lo habían dado por muerto y perdona…

Y cuando él se dio la vuelta y lo miró…

Era un tipo alto y grande, fornido y venía vestido de militar, con un pelo castaño, corto y unos ojos azules como el mar en verano. Era guapo hasta decir basta.

-¿Está herido?

-Solo la pierna, tuve un accidente. ¿Qué hace en este rancho?

-Es mío ahora. Su padre y su abuelo murieron hace unos años.

-Mire señorita…

-Marina, Marina Paredes.

-Este rancho es de mi familia desde siempre.

-Sí, y yo soy la sobrina nieta de su abuelo. El rancho es de los dos ahora que ha vuelto.

-¿En serio?

-Sí, se ha perdido durante más de diez años. Bueno, ¿quiere pasar y se sienta en la sala?

Si me das las llaves te aparco el todoterreno en uno de los garajes, solo tengo el mío. El resto está vacío.

Y él se la dio mirando.

-No lo roce, es nuevo.

-Espero que no -le dijo ella sonriéndole.

-¿Me puede sacar las bolsas de ropa, y lo que tengo atrás?

-Sí claro.

-Y ella le llevó el equipaje que eran dos bolsas de mano y un maletín. Y guardó el coche en el garaje.

-Bueno, si me esperas voy a cerrar el rancho, ahora vengo.

-No te preocupes, ¿me dices dónde está el baño? Todo está cambiado.

-En el patio, ¿te ayudo?

Y Travis la miró.

-A levantarte.

Y le dio la mano y él se levantó y ella quedó pegada a su pecho.

-Lo siento.

-Al salir, la primera puerta a la derecha. Voy a cerrar mientras.

Fue corriendo a cerrar la puerta, alterada y azorada, le había puesto las tetas en bandeja en el pecho de ese pedazo de tío bueno, algo serio, pero a lo mejor le dolía la rodilla. Una ventaja de tenerlo era que le iba a dar tranquilidad con respecto a Rubén y por otro, intranquilidad, porque era tan guapo…

Travis por su parte, había llegado a casa, pero esa casa era preciosa y ya vio la entrada asfaltada y con árboles y flores y desde lejos todo reluciente. Tendría que verlo y sobre todo de dónde había sacado dinero para hacer lo que había hecho en el rancho, porque hasta las vallas estaban nuevas.

También fue consciente del rifle tras la puerta y de los pechos turgentes y hermosos en su pecho de esa pequeña mujer, adorable y agradable, preciosa con esas pestañas y ese cuerpo, y sus ojos miel claros. Y tendría que convivir con ella.

Y al entrar, Marina cerró también la puerta de la entrada. Y fue a la sala donde estaba él.

-¿Tienes alguna manía por cerrar puertas?

-Digamos que sí, que tengo mis motivos.

-Bueno, estoy muy cansado.

-¿Quieres cenar?

-Si, gracias, tengo hambre.

-Cenamos aquí para que no tengas que moverte mucho.

Y ella puso la mesa y le preguntó:

-¿Una cerveza?

-Eso no estaría mal.

-¿Puedo ver su carné?

Y él le enseñó el carné.

-Travis Olson.

-Eso debiste hacerlo antes.

-Sí, pero lo he hecho ahora.

-Te escondes de algo o de alguien?

-Sí. De alguien, sí. Pero no voy a contártelo ahora.

-Como quieras.

-¿Te gusta la comida?

-Está muy buena, la verdad. Gracias.

Cuando acabó, le puso un café y un trozo de tarta.

-¿Quieres ganarme por el estómago?

Y ella se reía. Lástima que fuese tan serio, ella estaba tan sola allí que había vuelto a sonreír.

-No, nada de eso, intento ser buena anfitriona.

-¿Tienes novio?

-No, ni marido ¿y tú?

-A nadie tampoco.

-Bueno si estás muy cansado, mañana podemos hablar de todo.

Y él echó la cabeza en el sofá cerrando los ojos y Marina aprovechó para quitar la mesa y recoger la cocina, puso un lavavajillas y lo vio dormir, le quitó las muletas, se las dejó a un lado y le echó una manta por encima. Lo colocó para que durmiera en el sofá. Se ve que estaba rendido. Un cojín bajo la cabeza y le apago la luz. Le dejó los bolsos al lado, al día siguiente hablarían de todo.

Terminó el conjunto de bisutería que estaba haciendo y apagó las luces, se dio una ducha y se acostó.

Estaba tranquila, había alguien en el rancho al menos. No estaba sola, y con el que estaba no podía tener una voz más bonita ni ser un hombre tan espectacular. Lástima que ella fuese un bonsái al lado de ese árbol fuerte y grande.

Y se quedó dormida, estaba cansada.

Por la mañana se levantó como siempre, recogió la cama, se puso unas zapatillas unas mallas y un jersey.

Y bajó al salón, miró la salita y aún Travis estaba durmiendo. Vendría de lejos, como ella el primer día y estaría cansado.

Se hizo un café y se metió a trabajar.

Llevaba una hora trabajando cuando presintió que la miraban. Miró hacía atrás, hacia la puerta.

-¡Ay, Dios! ¡qué susto!

-Te estaba observando ¿qué haces?

-Bisutería, fina y normal.

-¿Para qué?

-Para venderla en los mercadillos el viernes, sábado y domingo.

-¿Y te ganas así la vida aquí?

-Sí, no me va mal. Aunque he gastado mucho dinero en el rancho. Si quieres cuando desayunemos te enseño lo que he hecho aquí.

-Ya veo parte, has reformado la casa.

-He reformado todo, las vallas, todo. Espero que te guste.

-¿Puedo darme una ducha antes? la necesito.

-Si quieres, te ayudo a llevar los bolsos y a subir.

-Eso puedo hacerlo.

-Pues te llevo los bolsos y le digo donde puedes dormir.

-Hay tres habitaciones con baños y vestidores libres. Yo cogí una de ellas, es la más grande, lo siento.

-No pasa nada. Marina. Con una cualquiera, me apaño.

Y él cogió la más cercana a las escaleras, frente a la suya.

-Has hecho un buen trabajo aquí, me gusta cómo has dejado la casa -y miró por la ventana al patio.

-Y has hecho una piscina. El patio está fabuloso. Tienes muy buen gusto, he de reconocerlo, no falta un detalle. ¿De dónde has sacado la pasta?

-Ya te lo explico en el desayuno todo. ¿Necesitas ayuda?

-No, pero todo lo que traigo, menos lo que me ponga estará para lavar.

-Lo dejas en la cesta y luego pongo un par de coladas.

-Gracias. Tendré que ir de compras, apenas tengo ropa y necesito cosas de aseo.

-Puedo llevarte luego al pueblo, necesito un par de cosas también.

-Por la tarde podemos tomar el café allí y comprar lo que necesites.

-Gracias Marina, eres muy amable.

Estaba terminando de hacer el desayuno cuando Travis bajó con unos vaqueros y unas zapatillas, un jersey blanco de cuello alto, y el pelo mojado…

-¿Estás mejor? -vaya si lo estaba, pensó Marina que no pensaba en un hombre hacía más de dos años.

-Nada como una buena ducha.

-Cuando desayunemos te pongo la ropa a lavar y vemos lo que he hecho en el rancho. Venga siéntate -y dejó las muletas en un lado y se sentó frente a ella que le sirvió el café y el desayuno.

-¿Cuánto tiempo hace que no vienes al rancho?

-Desde los dieciocho años.

-¿Y cuántos tienes ahora?

-Veintinueve ¿y tú?

-Veinticinco.

-¿Quién te dijo que murió mi padre y mi abuelo?

-Murieron por lo que me dijo el notario, tu abuelo hará más de tres años y tu padre unos cinco. Yo llevo aquí dos y medio, casi.

-¿Y con qué dinero has hecho esto?

-Verás tu abuelo pensó que ya no volverías y se acordó de mí. Y me buscaron, pero no me encontraron en ningún sitio, vine por otros motivos.

Fue una casualidad.

-¿Qué otros motivos?

-Tuve un novio que me llevó dos veces al hospital. Tuve que venirme donde no me encontrara.

Y él se quedó pensando.

-Tu abuelo quiso dejarte el rancho, pero si no volvías en dos años me lo dejaba a mí, y si volvías tendrías la mitad.

-¿Entonces la mitad es tuyo?

-Sí y la otra tuya, y tienes cinco millones de dólares que te tengo guardados por si venías.

-¿Y tú también tienes cinco millones?

-Bueno, tengo menos, salvo lo que traía de España. Hice la reforma y le mandé un millón a la amiga que hizo que me viniera.

-¿Eres de España?

-Sí, del sur, de un pueblo pequeño, como este. Lo que traía y lo que me han mandado de mi abuela que murió en verano.

-Y lo que has hecho ¿con qué dinero?

-Con mis cinco millones.

-¿Cuánto te costó todo?

-1.650.000 dólares estaba todo para tirarlo. El coche es mío. Pero no importa. He vivido dos años y he disfrutado de este rancho.

-Te daré la mitad.

-Nada de eso Travis, es tu dinero, si casi tengo otros cuatro. Y gano para vivir, no es que pueda ahorrar mucho, pero si tengo algún extra, hecho mano de los ahorros, pero no me ha hecho falta.

Y él la miro, era guapa y se notaba que tenía miedo de ese tipo que le hizo daño.

-¿Qué hiciste cuando te fuiste del rancho?

-Me fui al ejército, a aviación, soy piloto de combate, he estado en Irak y en Afganistán, siempre en misiones, pero tuve un accidente con uno de los aviones, me derribaron y al saltar en paracaídas, me rompí la pierna por la rodilla. He estado unos meses en Alemania en un hospital de una de nuestras bases allí, por la rodilla.

-¿Y te vas a recuperar?

-Espero que bien del todo, sí, pero con este frío, me duele. Tengo medicamentos y me han dado seis meses para la recuperación.

-Bueno, tampoco está mal, no es mucho tiempo. ¿Tienes algún inconveniente en que esté aquí? Hay otra casita al lado del pabellón, si quieres me cambio.

-No, me gusta tu comida, ¿quién va a hacerme la comida y la colada?

Y ella se reía.

-Vale, tendré que cobrarte por ello.

Cuando terminaron de desayunar, ella recogió.

-Dame tu número de cuenta. De todas formas, tenemos que pasar por el notario para cambiar las escrituras. Podemos ver esta tarde cuando te enseñe todo y comer allí, luego hacemos las compras.

-Perfecto.

Y Travis se la dio.

-Réstale la mitad de la reforma.

-No, para nada -y ella le ingreso los cinco millones y se quedó liberada…

-Eres testaruda.

-Sí, anota mi móvil por su acaso e intercambiaron los móviles.

-¿Hay internet?

-Sí, esa sala es mi sala de trabajo, pero hay una mesa de despacho grande para dos, puedes utilizarla.

-Gracias.

-Vamos y te enseño qué he hecho, luego vamos al pueblo.

-Voy a tomarme las pastillas.

-Pues dejo la colada puesta, luego te pongo otra.

Y cuando subió a su habitación, había dejado la habitación recogida y la cama hecha y la ventana ventilándose. Cerró todo. Y bajó con la ropa.

Sacó su coche.

-Monta, con este frío, no vamos a ir andando.

Y pararon en la casita, en el pabellón, en todas las cuadras los rodeos y los almacenes.

-Como verás he tirado todo, estaba oxidado, pero el barracón y la casita he querido dejarlas listas, de lo otro no sé nada, no sabía si vendrías, si querías poner un rancho en marcha o qué tenías pensado hacer.

-Voy a poner el rancho en marcha.

-¿Ya no te vas al ejército?

-No, ya he pasado esa etapa. He cumplido. Para la primavera compraré lo que hace falta y los caballos y contrataré algunos chicos.

-Soy veterinaria.

-¿Con título?

-Sí, pero no ejerzo en ningún lado, por si acaso.

-¿Por él?

-Sí.

-Bien, aquí lo puedes hacer, si quieres y sabes llevar el resto, puedes intercambiar el trabajo, tendrás una nómina.

-Puedo hacer varias cosas si contratas a un matrimonio para la casita y ella limpia.

Y Travis la miró.

-No sé nada de ranchos. Pero he oído algo y he visitado un par de ellos. Me han invitado, aunque salgo poco.

-Has puesto vallas nuevas, has pintado los bebederos…

-Sí, por estética más bien.

-La verdad es que tengo casi todo el trabajo hecho, solo comprar una buena lista y los caballos.

-Podemos llevarlo a medias.

-¿En serio?-la miró Travis.

-Sí, yo llevo la parte veterinaria y toda la contabilidad y nóminas y tú los caballos.

-Me lo pensaré.

-Ponemos el dinero a medias. Y las ganancias a final de año a medias también. Si quieres claro.

-No estaría mal. Ya veremos de aquí a que pase el verano. Me da tiempo, he hacer la lista.

-Sí, seguro en seis meses…

-Bueno, volvamos, vamos al pueblo si tienes que comprar cosas y pasamos por el notario.

-De eso sí que voy a hacer una lista.

Travis cogió su documentación y el chaquetón y ella igual. Ella llevó su coche. Primero pasaron por el notario y arreglaron todo. Travis pagó sus impuestos y se fueron a comer a la cafetería.

-¿Tienes hambre? -le dijo ella.

-Sí.

-Pues venga, pidamos, luego nos vamos de compras.

Y estuvieron comiendo.

-¿De verdad te interesa ser mi socia en el rancho?

-Si nos da beneficios, no tienes que gastarte todo tu dinero, así aportamos la mitad y aún nos quedamos con parte.

-El seguía callado.

-¿Qué te hizo?

-¿Quién?

-Ya sabes quién, el que te llevó al hospital.

CAPÍTULO IIII

-¿Quieres conocer la historia?

-Me gustaría escucharla sí.

-¡Está bien! Tú lo has querido.

-Estaba en tercero y me quedaba un año por terminar la carrera de veterinaria. Mi pueblo, un pueblecillo del sur, llamado Arjonilla, está a unos cincuenta kilómetros de la capital donde estudiaba, en Jaén. Mis padres murieron cuando era pequeña en un accidente y mi abuela me crio. He vivido en su casa toda la vida, las dos solas y me ha cuidado muy bien. Iba y venía en el autobús todos los días a la Universidad. A Rubén lo conocí ese tercer año, cuando aún me faltaba uno para terminar y quería hacer después un máster.

-Vaya, toda una suerte.

-Era guapo y divertido, gracioso, el alma de las fiestas, a las que íbamos al principio. 1,72, ojos verdes y pelo oscuro. Él estudiaba medicina, quería ser médico de familia, o sea general, sin especialidad y le quedaba un año, pero era mayor que yo, medicina son más años que veterinaria… así que al principio me llamaba cada vez que salía de una clase, iba a acompañarme al autobús y me recogía por la mañana para ir a la facultad. Era de otro pueblo y compartía piso con otro compañero. Poco a poco, dejamos de ir con gente para estar siempre solos, iba a mi pueblo los fines de semana por las tardes para salir, ya no salía con mis amigas, no le gustaban, a cada una le ponía pegas. Y lo que yo creía que era amor y que por eso me amaba, se fue volviendo asfixiante. No había nada sin que no lo supiera, no daba un paso sin que supiera donde me encontraba y un fin de semana que me quedé en su piso, se lo dije y me dio un puñetazo en el ojo y en pómulo. Tuve que decirle a mi abuela que me había caído.

-¡Qué cabrón!…

-Cuando lo pensé bien, al cabo de un tiempo, le dije que lo dejaba, y me dio la primera paliza a patadas golpes y puñetazos, estábamos en la facultad y entró al baño, tuve que estar tres días en el hospital de la capital.

-¿No tenías a nadie?

-Llamé a mi vecina Sandra, una chica joven casada con Javier. Y vino en mi ayuda, pero mi abuela lo supo, vieja pero no tonta.

-Normal, las abuelas lo saben todo.

-Llegó el verano y respiré un poco, no lo veía a diario, me saqué el carné de conducir y me compré un coche de segunda mano, pequeño para que no controlara cuando llegaba a la facultad, pero siempre me pedía perdón y al final les tenía miedo a todas sus amenazas, a sus suicidios y a mis asesinatos de distintas maneras. Cuando casi acabamos el último curso, al final de verano, vino a mi pueblo un fin de semana y allí, me armé de valor y le dije que se acababa de verdad y me dio una paliza de muerte en plena calle, la gente acudió en ayuda y a él se lo llevó la policía. Estuvo unos días encerrado, pero no quise poner denuncia.

Tuve que ir a otro hospital cercano a mi pueblo. Me dio una de muerte, no era yo cuando me miraba al espejo y tuve suerte de que no me diera en algún órgano importante de las patadas que me dio, parecía una…

-Mujer maltratada.

-Sí, eso era, moratones en todo el cuerpo. Estuve unas semanas en el hospital. Hasta que pude ponerme derecha para poder andar bien, y mi abuela y sobre todo mi vecina y su marido me decían que tenía que irme lejos y me acordé de tu abuelo, mi tío abuelo, hermano de mi abuelo. Y entre mi abuela, mi vecina y su marido me prepararon el viaje, uno a Nueva Zelanda y otro a Los Ángeles por si acaso.

Mi abuela me metió en la cuenta el dinero de la casa de mis padres y el que tenían de sus seguros y ahorro y ella también me dio la pobre algo de los suyos, y mi vecina los cambió a dólares, me preparó el pasaporte, una maleta y ropa de primavera, me viene a primeros de marzo. Del hospital me fui en autobús a la capital y allí hice los cambios de billetes y me vine a Los Ángeles, otro vuelo a Cheyenne y autobús aquí. La chica de la cafetería, Mel, me envió al notario cuando pregunté por tu abuelo. El resto, ya lo sabes. He vivido con un miedo horrible, pensando que podía aparecer cualquier día.

-Eso sería imposible, mujer.

-Pero llamo con un nuevo móvil a mi vecina y parece ser que tiene una consulta en la capital, y novia, pero, aun así, tengo miedo. Estaba loco. A pesar de los casi tres años que han pasado.

-Es normal que lo tengas, has vivido una horrible experiencia.

-Y este verano murió mi abuela, y mi vecina me envió hace apenas un mes el dinero de la casa de mi abuela y sus ahorros. Cuando cobré le dinero, le mandé un millón de dólares para ellos.

-Eso es muy generoso por tu parte.

-Sí, se lo merecen por si tienen hijos, para pagar su casa, por cuidar a mi abuela y hacerse cargo de todo.

-Una historia para olvidar.

-Sí, pero eso no es posible de momento.

-¿Y no has salido con más chicos?

-No, no he salido en este tiempo.

-¿No has tenido sexo en dos años y medio?

-En más, en tres casi. No quería ver un hombre ni en pintura, no me fio de nadie, me da miedo.

-¿Era egoísta?

-Por supuesto.

-Digo sexualmente.

Y ella se puso colorada.

-También.

-¿No te dejaba satisfecha?

-Travis, eso me da vergüenza hablarlo contigo, apenas te conozco.

-Vamos a vivir juntos, ¿por qué no debo saber todo de ti?

-Pues no, ya lo sabes.

-Está bien, ya lo sé.

-¿Y tú?

-¿Yo qué?

-Tú también tienes una historia con tu padre, ¿por eso te fuiste?

-¿Cómo lo sabes?, ¿Quién te lo ha dicho? -se sorprendió Travis.

-Travis, había muchos vaqueros trabajando en el rancho, todo el mundo sabe que te daba palizas con un látigo y que tu abuelo era el único que sabía dónde te fuiste y nadie más lo sabe.

-Cómo corren las noticias…

-Eras un niño apenas.

-Era un niño tímido, bajo para mi edad, y demasiado obediente.

-Eras un niño bueno.

-Lo era sí. Ahora lo hubiera matado.

-Menos mal que ya no tienes que hacerlo.

-Tenemos historias duras y hemos pasado lo nuestro.

-Pero creo que lo tuyo Travis te ha dejado más secuelas, y si encima te fuiste a esas guerras, exponiéndote a morir…

-¿Y a ti no?, cierras candados y puertas y tienes dos rifles.

-Sí, es verdad. Y aunque seas un hombre y no te conozca, confió en ti y estoy más tranquila en el rancho. Esta noche he dormido tranquila por primera vez en mi vida desde que lo conocí.

-De poco te iba a servir como estoy.

-Pues no lo sé, pero así ha sido.

-¿No te importa que la gente hable?, que vivamos los dos solos en el rancho…

-A mí no Travis, si a ti no te importa…

-¿Y si traes a algún chico?

-¿Y si traes tú a alguna chica?

-Debería, hace casi un año que no tengo sexo.

-Por eso te lo digo. Pero hasta que pongas el rancho en marcha puedes llevarla a la casita pequeña.

-No estaría mal. Tú también- aunque ella quería llevárselo a él a la casita y que le enseñara y probar.

-Si salgo.

-Deberías mujer.

-¿Has salido con muchas chicas?

-No, solo he tenido sexo, en las guerras no se puede, y no he querido.

-¿Por qué?

-No lo sé, solo sé que no quiero ser padre, por nada del mundo. No quiero ser cómo mi padre, ni tener una familia. Me gusta la soledad y si tengo alguna necesidad, la cubro.

-Pero Travis, tú no eres tu padre.

-No quiero hijos Marina, ni mujer.

-Bueno, ese es tu problema. Yo sí quiero una familia con el tiempo.

-Entonces será mejor que no llevemos a medias el rancho. Si tienes una familia tendrías que irte, te compraría tu mitad. Ningún hombre va a aguantar que vivas conmigo.

-Bueno, cuando llegue la hora lo pensaremos. Si tengo que comprarme una casa en el pueblo, puedo irme. Pero me encanta tanto el rancho…

-Bueno, vamos a comprar si te parece.

-¿No quieres café?

-Sí, tomemos uno, si quieres.

-Sí que quiero.

Cuando llegaron al rancho, ella se bajó para cerrarlo, ya era tarde.

Y Travis sonrió desde el monovolumen.

-Creo que has comprado media tienda -le dijo ella.

-Mujer no tengo ropa de nada.

-Te la colocaré junto con la colada y pongo la que falta.

-Gracias, estoy cansado y me duele la rodilla. Tienes que pensar que te voy a dar al mes por cuidarme y la comida.

-No seas tonto, no voy a cobrarte nada.

-Ya veremos.

Y mientras él descansaba en el sofá, ella le colocó toda la ropa, y sus documentos se los metió en la mesita de noche, le puso otra colada y cuando llegó a la sala estaba dormido. Le puso a cargar el móvil que lo tenía en la mesa y se fue a la cocina. Mientras se hacía un arroz con pollo, se metió en su taller y trabajó un par de horas, hasta que él despertó.

-¡Vaya, parece que tienes sueño acumulado!

-Las pastillas me dan sueño. Voy a darme una ducha.

-Vale.

Y bajó con un chándal negro de los que se había comprado y unas zapatillas.

-¿Tienes hambre? -le preguntó Marina.

-Un poco.

-Si quieres esperar diez minutos…

-Sí, no importa -y se sentó en la mesa del ordenador observándola.

-Tienes buenas manos y son bonitos.

-Sí, el viernes, sábado y domingo me voy por las mañanas, te dejaré comida y cuando venga hago la cena.

-No te preocupes. Estaré bien.

-Deja la ropa sucia en el bombo y haré coladas cuando haya ropa.

-Gracias.

Y le dio mil dólares.

-Travis, no voy a cogértelos.

-Los cogerás, para la comida y lo que me ayudas.

-Solo hasta que estés bien.

-Perfecto. Solo hasta que esté bien.

-Luego dices que soy testaruda…

Comieron en la salita como la noche anterior y después tomaron café.

Ella se sentó a su lado en el sofá.

-¿Me pasas esas pastillas? -y se las dio.

-Marina echó la cabeza hacía atrás.

-¿Estás cansada?

-Sí, hoy estoy cansada, no pienso hacer nada más, mañana me levanto temprano para terminar lo que voy a llevarme -Y cerró los ojos.

Travis, se quitó las zapatillas, se tumbó en el sofá y la arrastro encima de él abrazándola.

Y ella, medio dormida, se dejó caer en su pecho.

Travis se sentía bien y ella estaba adormilada.

Marina olía bien y era tan pequeña y lo que había pasado con ese cabrón, como su padre… aunque él también había pasado lo suyo. Eran dos almas heridas.

El echó su pelo hacia atrás y lo acarició, era brillante y precioso y ella sin pensar le echó las manos al cuello y él busco su boca, sediento de sexo y de tener a una mujer en sus brazos y la besó. Despacio al principio y luego metió la lengua en su boca recorriendo sus rincones y Marina, le respondía y suspiraba…

Travis subió las manos por su vestido y tocó su trasero duro y prieto como él estaba, duro. Y no pensó, se bajó el chándal y sacó su sexo duro mientras la besaba, le apartó el tanga y entro en ella sin medir el tiempo ni el espacio, sin medirse, sin protegerse y sin pensar más que en el calor se sus cuerpos y de su deseo. Y se movió en ella y ella se movía en él besándose y tocaba sus pechos. Le bajó los botones delanteros y sacó sus pechos mordiéndolos y lamiéndolos mientras la embestía duro como piedra y la oyó gemir lejano y supo que iba a tener un orgasmo y siguió con ella hasta explotar en su cuerpo, blanco como nácar.

-¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! Respiraba ella alterada y mirándolo.

-Perdona, pero no me he podido aguantar. Ha sido demasiado tiempo.

Y ella lo besó, y Travis, le correspondió de nuevo.

-No te perdono, ha sido... Lo mejor que me ha pasado en la vida.

Y él la apretó fuerte con su cuerpo resbaladizo aún dentro del suyo.

A él, también le había parecido lo mejor que le había pasado con una mujer a pesar del dolor que sentía en la rodilla.

Ella se levantó.

-¿Te duele?

-Un poco, pero ha merecido la pena, Marina.

-No vayas a pedir disculpas de nuevo, hace mucho tiempo que no tenemos sexo y ha estado muy bien.

-Eres guapa -le dijo mirándola.

-Y tú también eres muy guapo. Tienes un sexo grande y no podía aguantar.

Y él hizo un amago de sonrisa.

-Ven aquí a mi lado.

-No quiero hacerte daño.

-No me lo harás me muevo un poco, pero quiero tenerte así. Hace tiempo que no tengo a una mujer en mis brazos y menos así contigo, nunca.

Y ella se quedó abrazada a él en el silencio del rancho, metió su mano en el pecho de él y lo acariciaba mientras Travis sentía algo parecido a la felicidad.

Marina lo besaba de vez en cuando en el cuello y él se ponía tieso de nuevo.

-Pequeña no me hagas eso mucho.

-¿Por qué? me gusta.

-Sí, pero me voy a poner tieso de nuevo.

-¿Nos acostamos?

-¿En tu cama?

-Si quieres…

-Por supuesto, a eso nunca puedo negarme.

-Venga vamos.

Y se desnudaron en la habitación.

-¡Eres preciosa!

-Espera voy a darme una ducha. Y ahora vengo.

Mientas él la esperó desnudo y duro. Y cuando ella llegó a la cama, se subió a él.

-Siento que tengamos que hacerlo solo de esta manera.

-¿Tienes preservativos?

-Sí, he puesto algunos en la mesita.

-No hablaron de que no se protegieron la primera vez, ninguno de los dos, él por miedo y ella también.

Pero ella le puso el preservativo, todas las veces que lo hicieron esa noche. Gimieron y ella gritó su nombre en algún momento cuando sus sexos se rozaban.

Y él gemía también. Hasta quedarse saciados y dormidos.

abrazados, juntos.

Ella no quiso pensar, se sentía protegida, bien, feliz, su cuerpo había renacido, había nacido por primera vez en su vida, Travis era generoso y hasta que ella no iba a tener un orgasmo no se unía a ella.

Pensó que debía tomar pastillas anticonceptivas si no se quedaba embarazada, para el mes siguiente. Así no habría problemas si tenían relaciones.

Y volvieron a tenerlas por la mañana.

-¡Quédate un rato más! -le dijo ella, es temprano aún, preparo el desayuno y me pongo a trabajar.

-Vale, me has matado esta noche, nena.

Y ella lo besó.

-¿Será solo una noche? -le preguntó ella.

-No lo sé Marina, no vamos a pensar en eso ahora.

-Vale. Baja cuando quieras.

Y aún se quedó dormido un par de horas. Necesitaba una cura de sueño.

Cuando bajó, ella llevaba dos horas trabajando.

Y tomaron el desayuno.

Luego, Travis se sentó en la mesa de su despacho y buscó información.

-¿Qué haces?

-Voy a hacer la lista de lo que necesito para el rancho si lo pongo en marcha.

-¡Está bien!

Y ella puso la música bajita y trabajó hasta las doce, hizo una bandeja de sándwiches variados y un asado con patatas en el horno para la noche.

Una ensaladilla rusa y un cocido para tener comida el fin de semana.

-¿Qué haces?, que huele todo tan bien…

-Comida para todo el fin de semana, así cuando venga, no tenemos nada que hacer, solo te haces algo a media mañana para comer. Hay sándwiches de pollo o de cangrejo, luego cenamos, ya casi tengo todas las cenas.

-¿Tomamos algo?

-Sí, me llevo los sándwiches y una cerveza, luego tomamos café con tarta.

-Me vas a engordar mujer.

Y la abrazó y la besó.

Por la tarde se echaron una pequeña siesta, hicieron de nuevo el amor y lo dejó dormir en el sofá.

A las cuatro lo despertó.

-Venga, vamos a dar un paseíto, cerramos la verja.

-Eso es andar mucho.

-Creo que te vendrá bien. Abrígate.

Y ella empezó a hacerle caminar una hora todos los días hasta que se cansaba, pero se iba notando bien conforme pasaba el tiempo.

Hacia el amor, ella iba a los mercadillos los fines de semana y él la echaba de menos esas mañanas, pero se ponía a buscar precios de caballos, de todo lo necesario, sueldos, lo que iba a gastarse y lo que no y todo cuanto iba a necesitar.

Y tenía que pensar si iba a poner a medias el rancho con ella o no, o pagarle un sueldo por llevar la contabilidad y la veterinaria. O tampoco.

No le apetecía llevar el rancho con nadie, tenía dinero para llevarlo solo y si ella quería algún día una familia, comprarle su parte del rancho porque, aunque le gustaba, ni quería familia, ni hijos y ella algún día se cansaría de esa situación con él, lo sabía a ciencia cierta. No quería pensarlo. Llenaba la casa y la necesitaba. De momento.

Menos mal que no se quedó embarazada ese mes, tuvo suerte, y empezó a tomar pastillas anticonceptivas que le recetó el ginecólogo, y eran una pareja al uso porque vivían juntos.

Pasaron el invierno. Y hacían casi todo juntos, aunque Travis era serio, le ayudaba a guardar la bisutería y a sacarla cuando venía y le hacía el amor. La echaba de menos por las mañanas cuando se iba al mercadillo los fines de semana, porque ya tenía todas las listas del rancho hechas para montarlo en cuanto pudiera.

Celebraron la Navidad y Acción de Gracias solos y ella en Navidad decoró la casa, puso un árbol que tenía y le puso un regalo, su primer sombrero y sus primeras botas.

Y él le compró un abrigo precioso.

Cuando llegó la primavera, ya había dejado las muletas y aunque cojeaba, necesitaba otros tres meses, le dijo el médico para estar en forma, pero que siguiera andando y algunos ejercicios de rehabilitación que le dijo que hiciera.

Con el buen tiempo iba con ella a los mercadillos los fines de semana, comían fuera y durante la semana iba haciendo pedidos de todo lo que necesitaba para el rancho, iba a comprar y guardaba sus facturas. Marina, lo veía guardar facturas en un programa de su ordenador, pero no le dijo nada. Parecía no contar con ella para el rancho.

Travis estaba listo y él le hacía el amor, podía hacérselo de otras formas. Y posturas y no solo ella arriba.

El día que él se puso encima de ella, se sintió poderoso ante esa mujer, y la embestía desde detrás, en la cocina en el baño. Tenía ganas de estar bien del

todo para cogerla a horcajadas y penetrarla hasta cansarse.

De lado, de cualquier forma… Le encantaba tener sexo con ella, su olor, su piel. Sus caricias mutuas.

-Travis -le decía ella, -me vas a volver loca. Que lo sepas. Si alguna vez me tengo que ir del rancho, te voy a echar mucho de menos.

-¿Tienes miedo a estar sola?

-No, no tengo miedo de nada.

-Sabes que llevamos acostándonos, cinco meses ya y no me canso de ti.

-Cinco meses -dijo ella.

-Cinco meses, mujer.

-Espero verte reír alguna vez.

-Me rio, Marina.

-Sonríes que no es lo mismo. Eres demasiado serio.

-Así te he gustado.

-Y me sigues gustando tanto… -Y tocaba su pene.

-Pero ¡Qué malvada eres! ahora verás…

Y le hacía el amor donde estuviese mientras ella se reía.

-Estás mucho mejor, ya casi tienes la pierna bien.

-Me duele aún un poco, pero el médico me ha dicho que en dos meses más, estoy listo.

-Para mayo.

-Para mayo. Voy a ir comprando las últimas cosas para el rancho, las camionetas, el tractor, llenar el gasoil y el grano para el invierno, la paja, cosas que me quedan para el rancho. Y cuando esté bien, en dos meses, meto los animales y los vaqueros que contrate.

-¿Has pensado lo de ponerlo a medias?

-Sí, creo que voy a ponerlo solo, Marina, siempre he querido tener mi propio rancho -y ella se sintió dolida.

-Vale.

-No quiero que te enfades.

-No me enfado.

-Me parece que estás dolida.

-No, si quieres poner tu rancho solo, yo sigo con mi bisutería, estoy bien.

-Puedo poner el rancho solo, y te daré la mitad de la reforma en cuanto tenga los primeros beneficios.

-No, te dije que no me hacía falta, que lo había hecho porque había querido.

-Entonces Marina que no quiero deberle nada a nadie, te doy mil, dólares para la comida y eso, pero, tengo pensado meter un matrimonio, en la casita, ella se ocupará de esta casa y de la suya, las compras y limpiar el barracón de los chicos.

-Va a tener mucho trabajo.

-Bueno a esta casa con dos veces a la semana tiene, para hacer la comida seguimos igual si quieres, te sigo dando los mil dólares y sigues haciendo la compra y la comida. Ella solo que limpie y haga la colada.

-Vale, si eso quieres, me ahorras trabajo de limpieza.

-Sí.

-¿Ya has hecho una lista de gastos?

-Sí, aparte de eso, voy a contratar a diez hombres solo, con el capataz y yo, somos doce. -La mujer se ocupa del barracón y de su casa, y viene dos veces a esta para que puedas trabajar en la bisutería.

-Y voy a ir metiendo y comprando tres camionetas, el gasoil, la paja, el grano para el ganado, aunque tendrán pastos hasta que llegue el invierno. Herramientas que necesito y todo para las cuadras y los caballos, ya lo

tengo todo, y para el cuarto pequeño de veterinaria. Hay un veterinario de otro pueblo que va a los ranchos, que vendrá.

-Muy bien – dijo ella, como si la hubiese apartado de todo, excepto de su cama. Mejor para ella.

-Lo que sí no te importa, voy a comprar un ordenador nuevo, para la gerencia del rancho, la mesa es grande y puedo trabajar aquí, si no te importa, déjame esa estantería y un lado de la mesa.

-Sin problemas, si yo el ordenador lo uso para mirar y meter mi pequeña contabilidad. Puedes usar esa parte, claro.

-Gracias, ya iré metiendo estos meses, voy a estar de compras. Algunas he metido ya.

Marina no le dijo nada, porque ya lo había visto. Si ya lo tenía todo solucionado… y quería llevar solo su rancho. A ella, le parecía bien, tenía su dinero y ganaba para subsistir y si le seguía dando los mil dólares, podía seguir pagando la luz, internet y comer. Y se lo dijo.

-Bien, solo pagaré el agua y la luz de los animales, eso está aparte, tiene un contador para ello -dijo Travis.

-Voy a salir ganando -le dijo mientras trabajaba.

-Puede ser.

-Oye Travis, ¿tienes dinero para todo? Tienes que comprar animales y pagar nóminas y compras y…

-Tengo, estuve once años en la marina y tengo dinero.

-Bueno, si necesitas algo hasta que obtengas beneficios, sabes que puedo prestarte.

-¿A pesar de que no te quiero por socia?

-A pesar de eso, lo sabes.

-¡Está bien! si necesito algo te lo pediré.

Pero Marina sabía cómo era, ya lo conocía un poco y no iba a pedirle nada, antes pedía al banco un préstamo. Tampoco sabía ella lo que había ganado, pero no podía tener más de seis millones. Ni tampoco sabía cuánto costaba un caballo.

-¿Cuánto vale un caballo?

-Depende, pero cerca de dos mil dólares si son buenos. O más, depende. Iré a buscarlos a un rancho donde compraba mi abuelo, hay dos ranchos de venta que quiero mirar.

-¿Cuantos piensas comprar?

-Un millón y medio, lo que me dé.

-¿Vas a tener un buen rancho?

-Eso espero, ya iré aumentando, la tierra es grande y compraré un tractor, en las tierras de detrás de la casa, voy a sembrar grano, para no tener que comprar.

-Necesitarás un hombre que sepa.

-Claro que lo tendré.

-Muy bien.

-¿Y nosotros, Travis?

-¿Nosotros qué?

-Quiero decir que si también vas a hacer modificaciones.

-¿En qué sentido?

-En que, si vamos a seguir saliendo juntos, bueno, aún no salimos después de casi cinco meses, solo nos acostamos juntos y vivimos juntos. Me refería a que si quieres empezar una nueva vida o qué.

-¿Por qué iba a querer eso?

-Porque me gustas mucho Travis, pero estoy en el limbo.

-¿Eso es porque no te dejo ser mi socia?

-No tiene nada que ver con el rancho, si quieres tener un rancho tú solo, tenlo, me refiero a que quiero definir qué tenemos. Sabes que casi has sido el primer hombre en mi vida y que soy feliz aquí.

-¿Entonces por qué vamos a cambiar?

-Algún día cambiaré y querré una familia e hijos.

-Sabes qué pienso al respecto.

-Por eso no quiero estar más tiempo enamorada de ti de lo que ya estoy. Ya sufrí una vez por un motivo y ahora no quiero hacerlo por otro.

-No puedo ofrecerte nada más, ni salir conmigo.

-¿Tampoco vas a salir con otras chicas cuando tengas vaqueros y salgáis?

-No lo sé, no voy a prometerte nada porque no tenemos compromiso ninguno. ¿Por qué te complicas la vida y piensas en algo que no se ha dado?

-Porque si te acuestas con otras, no te vas a acostar conmigo. Eso lo tengo muy claro yo también y si eso no lo prometes, ¿qué hago aquí?

-No puedo prometer nada.

-Bien, entonces tengo claras las cosas ahora. Tengo que pensar qué hacer, como tú haces. Sin contar conmigo.

Pero todo cuanto tenía con Travis sabía que iba a morir en cuanto pusiera en funcionamiento en rancho y que, si eso pasaba, ella saldría de allí para no salir herida.

Así que, si Travis iba a poner el rancho en marcha, ella iba a comprase una casa en el pueblo. No tenía por qué irse a otro, ni tampoco sería capaz de verlo con otras chicas estando a su lado, sería mejor no estar con él. Ni loca, vamos.

Se llevaría su ropa, su mesa y compraría otra para el despacho, su coche y le dejaría el rancho a él.

Tenía dinero suficiente para comprarse una casita pequeña, bonita y vivir tranquila. La dejaría lista y en cuanto viera la más mínima posibilidad de

que él se fuera de copas y la dejara sola o trajera a otra chica al rancho, se iría.

Ya sabía que pasaría y no estaría allí para verlo. Aunque sabiendo que la mitad de ese rancho era suyo, no iba a renunciar a él, ni loca.

Así que una de las mañanas en que él se fue a otro pueblo a buscar aperos para los caballos y estaba liado con compras ella fue a desayunar y le preguntó a Mel si vendían alguna casita en el pueblo, quería invertir, no le dijo nada, ni por qué, de momento. Si él no le daba explicaciones, ella tampoco tenía por qué dárselos. No comprendía por qué habían llegado a esa situación, sobre todo a que él no le prometiera no salir con otras. Eso era lo más doloroso, ¿qué se creía que era ella?

-¿Quieres una casa? mujer si tienes un rancho…

-Pues me apetece por si me vengo los fines de semana y salgo.

-No me creo que vayas a salir.

-Pues sí, ya es hora.

-La ermitaña ha salido de la cueva.

-Eso es.

-Creía que salías con Travis.

-Tenemos algo parecido, sin compromiso.

-¿Desde hace todos esos meses?

-Sí, eso es.

-Pues no te conviene, te lo digo desde ya, un hombre que no sale contigo después de acostarse cinco meses, no le interesas más que en la cama, ¿quieres eso?, creo que vales más que eso Marina, hija. Si quiere una tía que se la busque. Tú vales más que todo eso. Y te mereces un hombre distinto que te quiera.

-Lo sé, ¿por qué crees que voy a comprar una casa?

-¿Te vienes al pueblo?

-Probablemente.

-A ver, creo que hay unas cuantas vacías, pero eso lo lleva Marie, tiene un pequeño despachito, gestoría e inmobiliaria, si hay pocas casas. Tendrás que contratar de nuevo a Roy.

-Se alegrará de verme y su mujer también.

-No lo dudes.

-Bueno, ponme un buen desayuno, voy a ver casas hoy.

-¿Lo sabe Travis?

-No, él va a poner un rancho y no ha querido que sea su socia, así que no tengo por qué darle explicaciones de lo que voy a hacer. No me las ha dado a mí.

-Pero la mitad del rancho es tuyo.

-Sí, lo sé y no pienso renunciar a eso. Es mi casa e iré cuando quiera.

-¿Y si está con una mujer?

-Pues que se joda. Es mi casa también.

Y Mel se reía.

-¡Qué bueno! Y se fue riendo a por su desayuno.

-¡Oye Marina, le dijo Mel cuando le trajo el desayuno, ¿te gustan las cabañas?

-Me encantan.

-Hay cabañas vacacionales, pero algunas se venden, están al oeste del pueblo, tienes cerca un pequeño lago que da al rio, hay una que me encanta, a doscientos metros tienes el río, está nueva y tiene un banco pasa sentarte en el césped, un porche, no recuerdo las habitaciones que tiene, pero alrededor árboles y es una preciosidad, te va a encantar.

-Le preguntaré por esa.

-Es una cabaña que me encanta desde que la hicieron. Está en un sitio inmejorable.

-Si te gusta, seguro que gustará, no será barata porque no es pequeña, a lo mejor buscas algo más pequeño.

-No, si me gusta, me da igual el tamaño.

-Pues que te enseñe esa.

-Muy bien, gracias, Mel.

Y cuando la señora Marie le enseñó la cabaña que le había dicho Mel, se enamoró de ella, es verdad que estaba rodeada de verde y algunos árboles, una mesa con dos bancos en rojo, cerca del pequeño lago, podía bañarse en verano. Era como tener una piscina.

La cabaña no tenía patio, sino un buen ventanal trasero, pero tenía un gran porche que daba la vuelta a media cabaña y una explanada exterior con césped.

-Lo siento Marina, ahora está vacía de todo, no tiene ni electrodomésticos, nada, pero te la enseño.

-Vamos, la cocina, con salón abierto. Eso sí, tiene calefacción central y las estanterías del salón con fuego eléctrico, son preciosas, no necesitas pintar, pero si contratas a Roy te limpiará con un producto que te durará diez años, la madera.

-¡Ah qué bien!

-La cocina tiene una pequeña península. Es grande, aunque parece más pequeña sin muebles. Puedes poner tres taburetes.

-Aquí tienes una sala, la puedes poner como despacho, mira al exterior.

-Es preciosa.

-Y grande.

-Me viene perfecta.

-Otra más pequeña al otro lado.

-Para una salita.

-Y en este rincón puedes poner una mesa de comedor y cuatro sillas.

-Sí, me encanta. Es luminosa.

-Un aseo y un cuarto de lavado a la izquierda y ahora subamos.

Me encantan las ventanas de la cabaña, parece que están inclinadas.

-Están inclinadas, y encontrar una cabaña de dos plantas, es difícil, pero esta los tiene.

-Tienes tres dormitorios unos con ducha y un vestidor y uno principal. Y ella lo miro…

-Es perfecto, es de grande como el del rancho. Me encantan los colores de los baños.

-Solo te falta muebles, ropa y enseres.

-¡Es preciosa!

-Tiene algunas rayaduras en el suelo, de los niños que han pasado las vacaciones, pero Roy se encarga de eso, si lo contratas. Te lo dejará brillante.

-¡Dios qué bonita es!

-¿Te enseño algunas más?

-No, me encanta esta.

-Las otras desde luego no tienen este laguito para bañarte, das pie, es una piscina natural.

-Me encanta. Y el porche…

-¡Es perfecta!

-Dime el precio.

-Sin muebles, doscientos cincuenta mil dólares.

-Me la quedo.

-¿Sí?

-Sí, ahora mismo.

-No he vendido algo tan rápido en mi vida -se rio Marie.

Y Marina se reía también.

-Me he enamorado de la cabaña.

-Hacemos entonces el contrato de compra.

-El contrato y las escrituras.

-Pues vamos allá.

Y en una hora tenía una cabaña preciosa comprada y era suya. Iba contenta con sus llaves y entró en la tienda de muebles de la mujer de Roy.

-¡Hola Marina! ¡cuánto tiempo sin verte!…

-Es verdad, cuando vengo no paso a verte y siempre estás vendiendo.

-Bueno, no te creas.

-Pues tengo trabajo para ti.

-¿Sí?, ¿qué has hecho ahora?

-Comprarme una cabaña vacía.

-¿Y vas a reformarla?

-Muy poco, limpiarla y darle un repaso si acaso, de eso que se encargue tu marido, pero tú te vas a encargar de llenármela de todo, como el rancho.

-¿Sí? ¿Quieres elegir ya?

-No estaría mal, ahora tengo tiempo.

-Yo también tengo.

-Empezamos por arriba entonces.

-Exacto.

Y cuando acabaron, ella estaba muerta.

-Creo que no me falta nada.

-Si falta lo ponemos.

-¿Y vas a poner otra mesa igual de trabajo?

-Sí.

-¿Y la del rancho?

-Allí la dejo, es mi rancho, tengo la mitad. Le dejaré a Travis el despacho y me compró uno nuevo menos el ordenador. El resto lo dejo allí.

-¿No estabas saliendo con él?

-Nunca he salido con él. No ha querido, ya me entiendes, pero me temo que todo tiene su final y este es el mío allí. Aún tengo la mitad del rancho.

-Tendrá que darte el dinero si te vas.

-Ya veremos o quizá no quiera vendérselo e ir cuando quiera a mis tierras y a mi rancho. Bueno quiero que le digas a Roy…

-Mira, díselo tú, ahí entra por la puerta.

-¡Hola Marina! ¿qué tal?

-Aquí a darte un poco trabajo esta vez, a tu mujer más.

-¿Qué has hecho ahora?

-Comprar una cabaña.

-¿Qué cabaña?

-La del banco rojo en la puerta.

-¿Esa?

-Sí, es preciosa, tiene una pequeña piscina es maravillosa. Por eso quiero que me la limpies y el suelo, la repases, el exterior y quiero ponerle unas rejas bonitas o vallas alrededor de la piscina natural, con una puerta. No quiero accidentes si acuden niños pequeños.

-Perfecto, ¿de qué altura?

-¿Cuánto consideras tú?

-Un metro y medio.

-Vale

-Aunque me da pena, es tan bonita sin vallas, pero antes está la seguridad.

-Te la pongo en blanca.

-Mejor en color madera como la cabaña.

-Perfecto, sí así quedará mejor, pero el banco le das con pintura roja, me encanta como está. Le da un toque bonito, pero me gustaría que me pusieras unas contraventanas en todas las ventanas para el frio.

-¿Le ponemos el color rojo del banco?

-Me encantaría, creo que quedará bien.

-Y te pinto la puerta igual por fuera.

-Eres un as.

-Pues nada, si me das una llave…

-Toma una y le das al suelo y al garaje que está al lado. Ahí llevas las llaves, yo tengo otra copia. Y luego cuando acabes se la das a tu mujer que meta lo que le he pedido.

-Sé dónde está el garaje mujer. Le echo un vistazo y te digo cuento.

-Te envío a una transferencia, a tu mujer ya le he pagado, si me falta algo, se lo doy al final.

-No te preocupes, en cuanto te la tenga lista, mi mujer te va metiendo todo, puedes ir pasándote a verla.

-Sí, vendré al menos tres días a desayunar y la veo. No puedo mucho porque tengo trabajo.

-Cuando quieras.

-Si ves algo me llamas.

-Lo haré.

-¿Vas a vivir ahí?

-Quizá en un par de meses, mientras la voy a dejar lista.

-Con lo bonito que te dejé el rancho…

-Sí, pero aún es la mitad mío, pero ya veremos, no están las cosas para tirar cohetes.

-¿No van bien las cosas?

-Sí, van bien, pero me temo que no irán tan bien. Por eso me he comprado la cabaña.

Y por eso tenía dinero suficiente para vivir y mantenerse sola.

El rancho, le gustaba, pero la cabaña tenía unas vistas magníficas, el problema es que tendría vecinos al lado, pero estaba convenientemente separada.

CAPÍTULO IV

A los dos días, mientras estaban en la cama, Travis, le pregunto:

-¿Te vas del rancho?

-¿Por qué? es la mitad mío, a no ser que me compres el terreno y los edificios… es mi mitad del rancho. No tengo por qué irme.

-Es verdad.

-Entonces, si quieres el rancho para ti solo me lo dices, puedes ir pagándome cada año con los beneficios y será tuyo del todo. Se tasa, y ya está.

-¿Es que quieres irte?

-No, me gusta el rancho, ya te lo he dicho, no sé por qué insistes.

-¿Y la cabaña que te has comprado?

-Ha sido una inversión, puedo irme allí algunas temporadas.

-¿Y eso por qué?

-Porque quiero, como tú has hecho lo que has querido con el rancho.

-¿Quieres dejar esto? Marina.

-¿Esto qué es? Porque aún no lo sé.

-Dejar de acostarte y vivir conmigo.

-Siempre he querido definirlo y cuánto te cuesta hacerlo.

-Sabes mis condiciones y sabes qué hay conmigo.

-Pues sí -dijo armándose de valor. No tenía por qué aguantar las condiciones de nadie, salvo las suyas.

-Tengo mis propias condiciones, ¿sabes? No eres el único que las pones. Y como sé qué me espera contigo, sí, me voy a cambiar, conmigo hay otras cosas, si te interesa.

-¿Lo estás diciendo en serio?

-Sí. Muy en serio Travis, no voy a vivir sin recibir nada a cambio. El sexo es bueno, pero para mí no es suficiente si necesitas acostarte con otras. No voy a esperar que eso ocurra. Quiero más y si no vas a dármelo, tendré que dejar eso en lo que no me encuentro satisfecha.

-¿No estás satisfecha?

-No, en el tema sexual sí, pero emocionalmente no.

-¿Estás cansada de mí?

-No Travis, no estoy cansada de ti, eres un hombre que haces muy bien el amor.

-¿Nada más?

-Eres atento y eres buena persona, y trabajador estoy segura de que también. Pero no creo que te enamores de mí nunca y tengo miedo a que empieces a traer a chicas a nuestra casa, porque es mía también. No podría ver eso, porque como tú dices, no tenemos nada. Y me merezco un hombre que me quiera.

-Nos llevamos bien.

-No quiero llevarme bien contigo Travis, puedo llevarme bien con todo el pueblo.

-¿Y acostarte también con todo el pueblo?

-No haré caso a ese comentario hiriente. Cuando las cosas no son como tú quieres con tu orden, hieres y no me gusta. Ya tuve uno.

-No me compares.

-Pues no hagas eso. Si no me quieres, me lo dices y me voy, vendré cuando quiera, daré una vuelta.

-Te comprare tu mitad del rancho. Así no tienes que venir a nada.

-Si eso es lo que quieres – dijo con tristeza -no hace falta que me lo pagues ahora, puedes ir dándomelo con los años.

Se levantó enfadado y se fue al otro cuarto.

Ella se quedó suspirando, pero no podía seguir así. Llamó a Marina, su vecina de España y se lo conto todo.

-Que te de la mitad del rancho y te vas a tu cabaña, puedes mantenerte y buscarte otro

hombre que te quiera, ya no vas a perder el tiempo con hombres raros, Sandra te lo digo de verdad.

-Tienes razón.

-Como te pague el rancho es lo menos.

-En cuanto me arreglen la cabaña me voy. No me quiere, no quiere una familia ni salir conmigo.

-¿Entonces que quiere, acostarse contigo todas las noches y follar y a la vez follar con otras cuando le apetezca? ¡Qué poca vergüenza!

-Bueno, nos llevamos bien, es como si saliéramos, pero sin definirlo. Pero nada de palabras de amor ni nada.

-Pues que se defina. Eso no vas a aguantarlo Marina, te lo prohíbo, después de lo que pasaste, no te mereces un hombre así, que no te diga nada haciendo el amor. Lo dejas, pero ya mismo si no quieres que vaya y te de dos tortas.

-No quiere, ni me quiere.

-Pues nada. Con más razón. A la mierda. Si tiene que pedir prestado para pagarte, que lo haga. Deja eso, no te conviene por muy bueno que esté y por muy buen hombre que sea. No tienes que curar sus heridas, tienes las tuyas. Si te va bien con la bisutería…

-Muy bien, la verdad.

-Pues entonces nada, venga. Anímate.

A la mañana siguiente cuando Marina se levantó. Travis se había ido.

No le dijo dónde iba, pero vino con un hombre que no conocía y estuvieron inspeccionando el rancho de cabo a rabo, midiendo, incluso entraron en la sala y arriba y todo el rancho.

Ella imagino que era un tasador.

Pero se calló y siguió haciendo lo que siempre hacía. Era martes y por la tarde lo vio meter cosas en las cuadras y después llegaron al rancho una fila de coches. Con sus petates los vaqueros, ocupando el pabellón, eran doce chicos y un matrimonio que ocupó la casa pequeña.

Esa noche no cenó en casa y ella no lo vio venir cuando se acostó.

Por supuesto no se acostó con ella.

Por la mañana ella había preparado los desayunos.

-¡Hola Travis!, ¡buenos días!

-¡Hola Marina!, tenemos que hablar.

-Vale, siéntate pongo el desayuno.

-He tasado el rancho -le dijo sentándose.

-Lo imaginaba, ¿quieres que me vaya?

-Quiero comprarte la mitad del rancho, para que sea solo mío todo.

-¿Tienes para comprarme la mitad del rancho?

-Pediré un préstamo.

-Travis, te dije que no era necesario, si quieres que me vaya me lo dices y puedes pagármelo sin pagar intereses a ningún banco.

-No hace falta, ya he pedido el dinero al banco.

-¿Tienes prisa en que me vaya?

-Más tienes tú, te has comprado una cabaña.

-Sí, me la están arreglando y voy a meter muebles por si ocurría algo así. ¿Sabes Travis? No quiero sufrir por otro hombre. Eres todo lo que me gusta en un hombre, pero no eres el hombre que me haría feliz, si no tengo familia, ni me quieres.

-¡Está bien!, si eso es lo que necesitas, no, no lo soy.

-Por eso mismo me compré la cabaña. Pero no te he pedido la mitad del rancho, aunque sea mío, lo vas a poner en marcha.

-Sí, mañana vamos a por los caballos, es lo único que nos falta, el chico ya está en los sembrados.

-En cuanto me metan los muebles me voy, no quiero molestarte. Cambiaré la luz de la casa a tu nombre y el agua.

-Ya lo he hecho.

-¡Está bien!

-¿No quieres saber por cuánto se ha tasado?

-Me lo vas a decir tú de todas formas.

-Por ocho millones tal cual está sin contar lo que yo he comprado. Mañana tendrás tus cuatro millones menos los impuestos.

-Tengo que quedarme hasta que me pongan los muebles, pero si te molesto, me voy al motel.

-Marina puedes quedarte el tiempo que quieras. -Y a ella se le saltaron las lágrimas.

Él se dio cuenta y no hizo nada.

Ese rancho que había sido su hogar durante tres años, ya no lo era. Si quería vivir solo que lo hiciese…

Iba a ir preparando las maletas y a decirle a la mujer de Roy cuánto tardaran en tener la –cabaña lista.

-Una semana -le dijo.

Perfecto, menos de lo esperaba.

Y tenía que hacer las maletas y recoger, y tres mañanas para irse al mercadillo y no verlo, comería fuera como siempre.

-No hace falta que me hagas comida. Termina el mes y como con los chicos.

-Como quieras.

Cuando recogió se puso en su taller.

Y cuando ya le dolía el cuello, salió a dar un paseo por el rancho.

Él la vio de lejos. Era perfecta, pero no podía seguir con ella, se estaba enamorando y no quería eso para su vida. No quería lo que tuvieron sus padres, ni a ella en su rancho. Llevaba dos noches de amargura durmiendo solo, pero se acostumbraría y trabajaría hasta caer rendido para no pensar en ella.

Al día siguiente fueron a desayunar y al banco y él le metió en su cuenta el dinero y ella firmó la venta de su parte del rancho.

Ahora era solo propietaria de una cabaña y tenía un montón de dinero.

Por la noche llamó a su amiga Marina.

-Ya le he vendido parte del rancho.

-Bueno, pues ahora te dedicas a tus joyas y como tienes dinero, y veintiséis años, puedes hacer una carrera si quieres ahí, on line.

-No lo había pensado. Pero siempre quise ser veterinaria y lo soy.

-Pues yo sí haría algo que te gustara, lo que siempre has querido, Rubén, se ha casado, nunca te buscará, nos hemos enterado, Así que, si quieres estudiar algo, ya sabes, el máster que siempre quisiste, porque la bisutería es solo una afición y necesitas un buen trabajo.

-Tengo veterinaria.

-Pues haz un máster, puedes trabajar en ranchos o monta una clínica, para perrillos, gatos y eso, ¿ahí no hay?

-No, no hay.

-Pues una clínica veterinaria para pequeños animales y cortar las uñas y lavarlos.

-Tengo que hacer un estudio de mercado, eso lo puedo poner. Mientras, si puede irme bien, ya no hago más pedidos de bisutería y los fines de semana me encargo de terminar los pedidos que tengo.

-Por eso. Haz algo útil, tu carrera, te gustaba y haz ese máster que querías.

-No estaría mal. Soy veterinaria, si no fuese por ti Marina… No quise ponerla antes por si me buscaba. Tenía miedo.

-Pero ya no debes tenerlo.

-Voy a mirar locales.

-Así me gusta.

-Me voy al rancho – le dijo cuando salió a la calle mientras ella hablaba con Marina.

-¡Hola Travis!- dijo al verlo.

-¿Hola Marina! Vamos a ir a por los caballos. ¿Te vienes?

-Me quedo en el pueblo, voy a ver cómo va mi cabaña.

-Pues nos vemos mañana o pasado.

-Pues suerte.

-Hasta luego Marina.

Y ella se fue a ver su cabaña.

-¡Hola Roy!

-¡Hola guapa! ¿qué tal? te estoy terminando hoy la casa, mañana empezamos a meter los electrodomésticos que has elegido y todo lo demás. Al menos unos cuatro días.

-No pasa nada, en cuanto esté listo todo me cambio.

-Te están haciendo las cajoneras.

-Bien. Oye Roy…

-Dime…

-¿No hay clínica veterinaria en el pueblo? ¿Por qué?

-No, no la hay, solo hay un veterinario que es del pueblo de Cora, lejos y lleva casi todos los ranchos, tiene dos o tres veterinarios.

-Pero me refiero a una clínica pequeña, de perros y gatos y animales pequeños.

-No, de eso no hay, los tienen que llevar lejos. No tenemos veterinarios.

-Yo tengo el título. ¿Crees que si pongo una tendré éxito, o al menos vivir de ello?

-¿Pero eres veterinaria? Creía que hacías joyas.

-Soy veterinaria, pero me especialicé en perros gatos, pájaros animales pequeños, ratitas, en fin.

-¿Travis no te quiere en el rancho?

-No, se los va a llevar el que va a todos los ranchos.

-¡Joder! Pues si la pones, tendrás éxito, no creas.

-Pondré también lavado, corte de pelo y una pequeña tienda de accesorios, productos de lavado, ropa, comida, de todo.

-Me gusta.

-Pues tendré que buscar un local y que lo arregles.

-¿Quieres hacerme rico?

-Sí, seguro. Lo malo es que ese pedido no podré hacérselo a tu mujer.

-Eso miras en internet o vas a Cora y preguntas, hay tiendas al por mayor de todo, y te lo envían, al menos los productos. El mobiliario tendrás que mirar en internet.

-Sí, de eso me encargaré. Me falta el local.

-Hay uno en venta… ¿de cuántos metros cuadrados necesitas?

-Al menos 200.

-Pues ese te vendrá bien.

-Dile a Marie que el del señor Miller.

-Haré un plano contigo mañana si lo compro, te doy un toque, sé qué quiero.

-¡Qué mujer!

Y por supuesto compró el local, era perfecto, barato, y al día siguiente mientras su mujer y los chicos que tenía empezaron a meter lámparas y demás en su cabaña, ella estaba con Roy haciendo planos para su clínica veterinaria.

-Necesitarás a un ayudante.

-Sí, al menos una auxiliar que sepa de veterinaria.

-Toma, se llama Betty y es auxiliar, corta el pelo, lava, al menos te servirá de algo y seguro le encantará trabajar en tu clínica.

-Estupendo.

-Bueno, aquí quiero una entrada, una sala de espera.

-Un mostrador.

-Esta la dejo como sala de lavado y allí, a la izquierda del mostrador, el despacho. Y ahí delante la pequeña tienda de todo.

-Las salas de dentro una para meter los medicamentos y la camilla y esta de al lado una sala de operaciones y una parte para dejar a los animalillos operados con luces.

Le señaló dónde poner agua y máquinas y los metros de cada sala.

-¿Algún color en especial?

-Verde. Me encanta y da alegría, verde limón.

-Y el suelo gris, de baldosa. Toma un juego de llaves. Tú te ocupas de todo.

-Te dejo lo que me digas, -y le hizo la transferencia.

-¿De la cabaña te ha faltado dinero?

-No, era lo que te pedí.

-Bueno, si aquí hay algún problema…

-Ve y pide un cartel luminoso y otro de madera bonito para la entrada aquí, con el nombre de la clínica, y date de alta. En la gestoría.

-Ahora mismo voy a esas dos cosas.

No se tuvo que dar de alta como autónoma porque ya lo estaba y le servía para montar su negocio. Luego paró a elegir los carteles y el nombre de la veterinaria que había dejado en la gestoría;

VETERINARY CLINIC DUBOIS

No se iba a complicar la vida, con una carita de perros, gatos, y pájaros.

Y se fue a casa a hacer la lista de lo que necesitaba meter en su clínica. Otro gasto, pero tampoco era tanto, ya que tenía más dinero, de lo que le había dado Travis por el rancho.

Y comió en la cafetería y tomó café.

Y se fue al rancho.

Le daba pena dejarlo, había vivido allí tres años, en silencio, y se tumbó en el sofá pensando en Travis. Era un hombre frio como el hielo. Esos últimos días no había sido ni cariñoso con ella, había cambiado de la noche a la mañana. Tampoco es que hubiese sido apasionado o demasiado cariñoso ni alegre. Pero a ella le gustaba así. Sin embargo, era

muy duro con respecto a las relaciones, sobre todo con ella que sabía por lo que había pasado, pero nunca en esos meses la dejó entrar en su corazón apretado como un puño. Tenía una herida difícil de cerrar y ella ya tenía las suyas propias y seis meses era demasiado.

Lo amaba, estaba enamorada de él, a pesar de todo lo serio que era, de que no le decía palabras hermosas o de amor, salvo que era guapa, o nena o

pequeña, nada más, pero como le dijo su vecina cuando la llamaba por teléfono.

-No, Sandra, estás enamorada de un ideal y ese hombre no va a cambiar, como Rubén no cambiará y como no cambiamos ninguno. Olvídalo y busca un hombre que te quiera como te mereces, amiga. Déjalo, si te quiere te buscará, y si no, no lo hará.

-Lo sé. Estoy nerviosa y tengo ganas ya de irme a mi cabaña, el lunes me cambio, este fin de semana voy a vender y a preparar las maletas por la tarde. Y cuanto antes me vaya mejor, no me ha querido ni como veterinaria, ni para que le lleve el tema contable.

-Pues mejor, ahora vas a poner tu clínica pequeña. Si tienes una ayudante, con eso tienes. Y es mejor que la bisutería porque es lo tuyo y haces el máster. Aunque dures dos años.

-Así recuerdas para que no se te olvide nada.

-No se me olvida nada, miro siempre, y estudio sobre los temas.

-Pues entonces ya está.

-La foto de la cabaña es una maravilla. Me mandas más cuando esté decorada. Y de la clínica. Quiero verlo todo.

-Esa tardará más.

-Voy a echarme un ratito y a hacer la lista de materiales, poco a poco por habitación. Tengo que buscar en internet el mobiliario de la clínica y en Cora, uno de los pueblos dónde voy al mercadillo, el viernes, buscaré una tienda al por mayor de productos y ropa.

-Muy bien. Así me gusta.

-Te dejo. Venga.

-Besos a Javier. Ya te iré contando.

-De tu parte.

Y tras la llorera correspondiente por Travis, que no volvería en dos días, se quedó dormida un par de horas en el sofá.

Luego se puso a terminar las joyas para el fin de semana, hasta que tuviera la clínica lista. Iba a seguir y a estudiar y cuando tuviese la clínica se apuntaría al máster y de vez en cuando haría algunas joyas. El pedido estaba casi terminado y no iba a pedir más cosas, aprovecharía lo que le quedaba y venderlo del todo.

Al día siguiente vino Travis y había tanto jaleo en el rancho con los caballos que, aunque era jueves, ella terminó lo que tenía de bisutería y lo preparó para el viernes, el día siguiente.

Y se fue al pueblo. Allí comió y tomó café y se fue a ver la cabaña.

Se la estaban dejando preciosa.

-¡Hola Marina! -Le dijo uno de los chicos de la tienda.

-¡Hola Jim! ¿Qué tal, como vais?

-Mañana te la terminamos.

-¿En serio?

-Sí, mañana lo tienes todo listo por la tarde.

-¡Qué bien!

-Te llamamos y te dejamos la llave, la puedes recoger por la tarde en la clínica si quieres, allí está Roy con tu clínica...

-Perfecto cuando venga de Cora.

-Ya verás qué bonita. No puedes ver nada hasta el final. Nada, la chica te está poniendo coladas para que las sábanas y toallas que se queden perfectas y suaves.

-Pues me traeré las cosas de aseo y haré una compra el lunes. El lunes me cambio. Estaré todo el día de acá para allá. Voy a ver entonces la clínica.

-Ni vayas, están los obreros.

-Bueno, pues entonces voy a comer.

-Lo mejor que haces.

-Voy a contratar a la chica que me ha recomendado Mel.

Y así lo hizo, la chica estaba contentísima. Betty era joven, era vital, alta rubia y guapa, alegre y divertida.

-Gracias Marina, siempre he soñado con trabajar en una clínica y aquí no hay.

-Tenemos que hacer una lista de precios de los productos, en cuanto nos lleguen los pedidos.

-Yo me encargo, la revisamos y ponemos un tablón con los precios dentro y en el escaparate. Bonitos, y de colores.

-Tengo un escaparate con cositas y cestas y ropa y de todo. Va a ser bonita la veterinaria, ya verás.

-¡Ah, Dios, gracias!

-Así que espero que en mayo empecemos, si lo tenemos todo listo.

-Espero que sí.

-¿Te parece bien el sueldo?

-Estupendo.

-Espero que ganemos mucho y te daré algo más. En principio no sé cómo va a ir. Espero que entre las dos podamos llevarla.

-Sí, ya verás, aquí no hay, y vas a vender hasta ropita y juguetes y de todo y en este pueblo hay muchos perros. Nos gustan. Y gatos.

-Bueno, ya tengo tu teléfono, en cuanto me traigan el mobiliario te llamo y lo vamos colocando todo.

-Vale. Adiós Marina y gracias.

El viernes sábado y domingo, ella estuvo vendiendo en los mercadillos y casi acabó con todo lo que tenía. Aún, le quedaba ir un par de fines de semana con lo que le quedaba por terminar, como fuese había que acabarlo.

No había vuelto a habar con Travis hasta el domingo por la noche en que él aceptó cenar con ella.

-¿Cómo van los animales?

-Perfectos.

-Me alegro, mañana me voy.

-¿Mañana?

-Sí, ya tengo la cabaña lista, compraré comida y me iré llevando todo, quizá tenga que dar un par de viajes o tres.

-Los que necesites.

-Espero que seas feliz Travis.

-No tienes muchos cristales ya.

-No, voy a hacer un máster en veterinaria, el que no hice y estoy poniendo una clínica veterinaria en el pueblo.

-¿En serio?

-Sí, para animales pequeños, completa, voy a vender de todo también. Es para lo que he estudiado.

-Espero que te vaya bien.

-Sí, tengo una chica contratada y está en el centro del pueblo, en mes y medio la tendré lista. Si Roy y los pedidos me vienen a tiempo. Lo que me vaya faltando ya lo iré pidiendo yo…

-Me alegro mucho Marina.

-Gracias. Yo también de que tengas tu rancho.

-¿Estás bien?

-Muy bien, ¿por qué?

-Porque… nada.

-Bueno, espero que a ti te vaya bien también, Travis.

-¿Por qué esto, Marina?

-¿El qué?

-Que te vayas.

-Sabes por qué me voy, no voy a quedarme para servirte en la cama -y él la miró con dureza.

-Sabes que no es eso.

-¿Ah no?

-No, no lo es.

-¿Entonces qué es?

-Vivimos bien.

-Vives tú bien, yo no, quiero más y sé que merezco más, por eso me voy, porque tú no estás dispuesto a dármelo.

-Sabes que…

-Travis. No hace falta discutir, no te guardo ni rencor ni nada, solo que no puedo seguir así contigo, no quiero sufrir y creo que nuestros caminos van por senderos distintos. No vamos a cambiar ninguno de los dos.

-Pero me gustas mucho pequeña.

-Y tú a mí.

-¿Entonces?

-Entonces, no puedo seguir así.

-¿Porque no te digo palabras amorosas, porque no te voy a amar ni a darte un hijo?

-Por eso mismo.

-¡Joder Marina!

Y se levantó y se subió a su habitación.

Pero ella sabía que debía irse, llevaban una semana que no tenían relaciones y estaba triste.

Cuando se acostó, esa noche y estaba quedándose dormida… Travis entro en su habitación.

Y ella se incorporó de un salto.

-¿Qué haces?

-Vamos a despedirnos como se debe.

-Travis no podemos ahora que me voy no puedo…

Pero él se echó encima de ella y la besó, y ella no pudo aguantarse y lo besó a él y se enzarzaron en una lucha caliente e infernal de sexo y piel encadenada, él no se protegió y entró en ella como un hombre caliente y aquello era una despedida, ella lo supo a pesar de todo. Una despedida de lluvia blanca.

Cuando se corrió en ella, se quedó encima un momento y se levantó y se fue con la ropa desnudo a la otra habitación. Y Marina se quedó llorando.

-¡Maldito hombre! ¡Joder!, ¡maldito fuera!

Cuando se levantó por la mañana él no estaba, y ella empezó a recoger en cajas y las maletas la ropa que tenía, las cosas de aseo, dejó en los cubos las toallas y la habitación la dejó vacía. Dio un repaso y llevaba todo.

Sacó el monovolumen y metió toda la ropa y se fue a la cabaña, allí estuvo colocando su ropa tal como la tenía en el rancho.

Y volvió de nuevo, a por su ordenador, las piedras las metió en bolsitas, sus folletos, libros y marcos de fotos, sus herramientas de las piedras y algunos objetos que había comprado en el mercadillo. Ya lo tenía todo. No creía olvidarse de nada.

Lo metió en el monovolumen y miró el rancho y veía a lo lejos a los vaqueros, los caballos maravillosos en los pastos, el arroyo y a Travis montado en un caballo negro de espaldas. Dejó las llaves y cerró la puerta y salió del rancho para no volver, al menos de momento.

Cuando llegó a su cabaña colocó todo lo que llevaba y salió a comer a la cafetería e hizo una compra en el super, que se la llevaron.

Estaba molida cuando todo estaba en su lugar. Se dio una ducha y llamó a Marina a Arjonilla.

-¡Hola, amiga!

-¡Hola, Sandra, cielo!

-Ya estoy en casa, te mando estas fotos, aunque estoy molida. Mira mi despacho, en cuanto tenga mi clínica funcionando, me apunto al máster.

-¡Es preciosa!

-Sí, pero voy a tomar una tortilla y mañana me acuesto, estoy muerta.

-Venga descansa, ya tienes otra vida, la que de verdad es tuya y harás el trabajo para lo que has estudiado.

-Sí, eso era lo que quería. Te quiero Marina.

-Adiós loca.

Al día siguiente desayunó en su porche precioso, en su balancín y en la mesa, mirando el paisaje verde, a lo lejos los pinos verdes y el rio.

¡Qué maravilloso si no fuese porque se le había olvidado una pastilla anticonceptiva!

-¡Dios mío!

-Hoy me la tomo al mediodía por si acaso y cambio la hora. No creo que pase nada- dijo en voz alta.

Dejó ella misma de preocuparse.

Ahora no, con ese hombre no podía, si no se quedó aquel día que no tomaba, no iba a quedarse embarazada ahora.

Cuando Travis llegó a la casa, estaba vacía, más vacía que nunca, tenía su olor, pero su despacho estaba vacío, le dejó la mesa y la del despacho.

Y la cama recogida y su baño con el olor a ella por todos lados.

-¡Maldita sea! ¡joder!, ¡joder!

Y esa noche y las siguientes la echó de menos.

Y los dos meses siguientes en que se enteró de que su clínica ya estaba funcionando también la echaba de menos.

Los vaqueros lo invitaban a tomar los fines de semana a tomar algo y buscar una chica.

-¡Vamos jefe!, si estás solo, con esa casa…

Pero no empezó a salir hasta los dos meses y medio y salía los fines de semana a tomar una copa y a ver si la veía, pero no la vio en ese tiempo. Marina dedicaba los fines de semana y por las noches a estudiar su máster.

Y Travis, se acostó con unas cuantas chicas. Empezó a dormir en la habitación principal. La echaba de menos, pero cuando llevaba a una chica, no dormía en esa habitación. No quería que ninguna ocupara su lugar. Era una manía que tenía, pero echaba de menos a Marina, no era lo mismo. No era la mujer con la que había estado. Se sentía infiel y ni siquiera era un sexo satisfactorio. Se había acostumbrado a su piel, a su cuerpo, a ella…

Por su parte Marina, estaba contenta del funcionamiento de su clínica, Betty, era maravillosa y empezaban a tener clientes y ventas de productos y en un mes estaba contentísima y vivía en su cabaña y era feliz.

Pero al tercer mes tuvo que pasar por el médico. No le había venido la regla y le hizo una ecografía.

-Vas a tener mellizos.

-¿En serio doctor?

-Dos, eso es. Estás fuerte.

-Sí, de hecho, estoy llena de energía.

-Bueno pues tienes tres meses y ella sabía que los concibió el día antes de cambiarse,

pues tendremos niños o niñas o lo que sea para primeros de febrero o finales de enero.

Se lo dijo a Betty, a nadie más, ya Betty sabia su historia y ella sabía por Betty que Travis se había acostado con unas cuantas chicas y que no la había llamado siquiera. Era un hombre duro.

-¡Será cabrón!, ¿se lo dirás no?

-No de momento, no quiere hijos, ya lo sabes.

-Pero las noticias vuelan, en cuanto se sepa, vendrá a ver si son suyos.

-Iré a decírselo al rancho cuando sepa que van a ser. Que decida qué quiere.

-Pues el mes que viene.

-Sí, ya se me va a notar.

-¡Está bien!

Y al mes siguiente el ginecólogo la reconoció.

-Un niño y una niña.

-¿Dios mío en serio?

-Sí señora.

CAPÍTULO V

-Betty voy a tener un niño y una niña.

-Pues ya puedes decírselo, se te va notando, que no se vaya con chicas.

-No va a querer, no quiere hijos.

-Tienes que decírselo, o cualquier día que te vea, no te lo va a perdonar, y si se entera menos.

-No me va a perdonar de todas formas, ni los va a querer.

-Tú ve al rancho.

-Iré, esta misma tarde en cuanto cerremos, ¿has hecho los pedidos de lo que nos falta?

-Sí, y aquí tengo las citas para pelar y bañar mañana, más lo que se presente.

-Ahora que estábamos tan bien…

-¿Y qué mujer? Tienes casa para ellos, en un entorno precioso, y hay una buena guardería. Y cuando tengas la maternidad, contratamos a un veterinario unos meses. Bueno, lo contratas.

-Estaré lo menos posible. Si pasa algo, ya sabes el número de la cuenta de la veterinaria, eres la jefa no podemos dejar a los clientes solos.

-Estarás con tus niños. Y volverás, si no te quiere, que se joda. Y si no puede pagar no te hace falta.

-Es verdad, pero tengo un miedo horrible.

-Vamos, vas a ser madre, tienes casi veintisiete años, y estás fuerte y preciosa.

-Espero a ver qué me dice.

Nada más cerrar la veterinaria, se dio una ducha, hacía calor, era pleno verano, se puso unas zapatillas, unas mallas y una camiseta de manga corta,

se le notaba ya el vientre y se hizo una cola alta, los labios pintados y no se maquilló, solo se perfumó.

Cogió todas las ecografías y la cartilla de los bebés y los metió en el bolso. Tomó el monovolumen y se fue directa al rancho.

Cuando llamó a la puerta, le abrió una chica guapa, morena y preciosa y tuvo celos, reconoció que tuvo celos y rabia. Que la había olvidado muy pronto.

-¿Sí?, ¿quién eres? -le dijo la chica.

-Marina Paredes, quiero hablar con Travis.

-Estamos cenando, ¿puedes venir otro día?

-No, no puedo, necesito hablar con él esta tarde.

Y en esas salía Travis, nervioso por la puerta porque había oído su voz.

-¡Hola Marina! -Dijo un tanto avergonzado.

-¡Hola Cariño! -le he dicho que venga mañana, que estamos cenando.

-Después.

-Como quieras.

-Pasa Marina -y ella pasó al despacho. Y cerró.

-Rose, espera en la sala -le dijo antes de cerrar.

-Está bien, pero no tardes cielo.

Y ella lo miró…

-Dime Marina, ¿te debo algo?

-No, pero mírame…

-¡Estás guapa!

-No es eso, más abajo -y ella se estiró la camiseta.

-¿Estás… embarazada?

-Sí, estoy embarazada, dos, niño y niña.

-¿Y qué? ¡enhorabuena!

-Eres el padre que no quería tener hijos, pero tiene ahora dos. Toma, las ecografías.

Y Travis, le puso la mano delante para no coger los papeles que le daba.

-No te molestes, ya te dije que no quiero hijos

-Mírame bien Travis, son hijos tuyos, del último día que estuvimos juntos y entraste en la habitación, y si ahora me dices eso, que no quieres a tus hijos, no los verás en tu vida.

Y él la miró.

-Marina, no quiero hijos -dijo con decisión -Pero si tengo que darte algo porque sean míos, puedo pasarte un dinero al mes, claro que con los gastos de haberte pagado la mitad del rancho…

-¿Crees que necesito tu dinero, Travis? Vete al cuerno. Nunca los verás.

Y salió de la casa con un dolor en el alma no menos que el que recibió después en la barriga. Antes de subir al monovolumen.

Todo el mundo corría desesperado, un potro se había salido del redil e iba directo a ella y le dio una coz en la barriga antes de subirse al coche. Ni tiempo le dio a pensar.

Cayó al suelo con un dolor hiriente entre los gritos de los hombres y el miedo en la cara de Travis que ella no pudo ver. Y se sintió sangrar.

Cogió el monovolumen de ella y salió al centro de salud del pueblo, iba sangrando lo presentía.

Paró el coche y entró con ella en brazos, la metieron en la pequeña sala de operaciones y Travis parecía un lobo enjaulado fuera, esperando.

Ella, solo sabía decía: -mis hijos, mis hijos, -llorando.

-¿Qué ha pasado?

-Los ha perdido, lo siento Marina.

-¿A los dos? -decía llorando.

-Lo siento, hija, la coz que le ha dado casi le destroza el vientre. Se ha salvado por sus hijos. Sus hijos le han salvado la vida.

-Vamos a mirarla con ecografías y radiografías.

-¡Ay, Dios mío!

-Su marido está como loco esperando.

-No es mi marido, es el padre y no quiero verlo, no quiero.

-Bueno, tranquilícese, y le pusieron una vía con tranquilizantes, una vez que la limpiaron y le hicieron un legrado, y se fue quedando dormida.

Le hicieron pruebas, pero estaba bien, solo había perdido a sus hijos y le hicieron un raspado dejando limpia la matriz. Podía tener más hijos.

Cuando despertó de madrugada en la habitación, lo vio allí con los ojos cerrados en un sillón a su lado, era Travis y le tenía la mano cogida. Había estado allí toda la noche.

Y ella se soltó. Y él abrió los ojos.

-Quiero que te vayas.

-Por Dios Marina perdona, perdóname, lo siento tanto…

-No quiero verte, ni ahora ni nunca. Ya eres libre de no tener hijos, no tienes ningún problema.

-Por Dios nena, lo siento tanto…

-Sí, que lo sentirás. Nunca me has querido, has tardado nada en acostarte con otras y no has querido a tus hijos que son nuestros, que eran nuestros. Así que quiero que te vayas, por fin no nos une nada ya.

-No me dejes, no puedo dejarte.

-No quiero verte, que te vayas o llamo a la enfermera.

Y él levantó y salió de la habitación.

Lloró como un hombre desesperado, era el culpable de la muerte de sus dos hijos. Cómo podía haber sido tan cruel, más que su padre, porque los había matado, si le hubiese dicho algo, ella no hubiera salido en ese momento fuera.

Y con las manos en la cara siguió llorando.

No podía haberle hecho más daño a Marina. Una mujer preciosa que no lo merecía y que nunca lo iba a perdonar… le había hecho más daño acaso que el cabrón primero.

-¿Estás bien? -le dijo Betty, por la mañana cuando llegó a verla.

-Sí Betty, mis niños, no pude hacer nada. Me dijo que no los quería. No lo voy a perdonar.

-Bueno, ha sido un accidente, no te culpes, él tampoco tiene la culpa salvo de no quererlos. Cuando vine estaba llorando y tan afligido que me dio pena, quizá se haya arrepentido, por eso no me quedé contigo, me dijo que se quedaba él.

-No quiero verlo, ni saber nada de él, no quiero dos cabrones en mi vida. Me ha arrebatado a mis hijos. Yo sí los quería, no lo necesitaba para criarlos.

-Bueno, tranquilízate, tienes que estar quince días en reposo en casa, tranquila, tengo todo controlado, vendrá un veterinario de Cora y llevaremos la veterinaria, no vamos a cerrarla hasta que te incorpores. El médico te ha recomendado la cuarentena, mes y medio en casa, tranquila. Te he contratado una señora que vaya a ayudarte unas horas, al baño, la comida y la casa.

-Gracias Betty, hazle la nómina al veterinario y a la chica le pagaré por semanas. Tú te encargas de todo, pedidos, como siempre los hacemos, y a él le explicas el resto.

-Se llama Mark y viene de Cora.

-Pues le dices cómo trabajo.

-Vale, te cuidas, me voy a abrir ya. Cuando cierre la clínica, vengo a verte.

-Te quiero.

-Y yo también, y no te preocupes.

-Bien.

-Porque mañana te dan el alta. Vendrá Lori para llevarte a casa, tienes el monovolumen en la puerta. Aparcado.

Un día más estuvo en el hospital, y Lori una mujer de unos treinta y cinco años, llegó al día siguiente para llevarla a casa. La ayudó y se llevaron el monovolumen.

Cuando llegaron a casa, ella quiso darse una ducha y Lori le secó el pelo y la ayudó a ponerse un chándal cómodo.

Quiso sentarse en el balancín en el porche, mientras Lori le limpiaba, le fue a hacer una compra y le puso una colada y le dejó comida hecha. Le dio algo a mitad de la mañana y se quedó dormida en el porche cuando Lori se fue.

Cuando abrió los ojos, tenía los de Travis delante mirándola sentado en el otro balancín a su lado.

-¡Qué haces aquí?

-He venido a verte, me dijeron que habías salido del hospital, por si me necesitas.

-Tengo un veterinario para la clínica y una señora que viene hasta mediodía y me hace todo, solo tengo que cenar y acostarme.

-Tenemos que hablar Marina.

-No tenemos nada que decirnos Travis.

-No seas testaruda.

-¿Qué quieres Travis, que te perdone?, te perdono, ya puedes irte. Si tengo otros hijos lo mejor será no tenerlos contigo, creo que después de todo, ha sido lo mejor.

-No digas eso. Ha sido un maldito accidente.

-Sí, no te mereces tener hijos.

Y él se quedó callado.

-Quizá tengas razón y no me merezca ni tener hijos ni una mujer como tú.

Y ella cerró los ojos.

Pero él no se fue.

-¿Quieres que te haga un café?

-No, es tarde, ya mismo voy a cenar.

-Vale -pero no se iba.

-Tu cabaña es preciosa, y las vistas. Se está bien aquí.

-Sí, por eso la compré porque sabía que querías estar solo. Iba a ser un inconveniente si te acostabas con otras.

-Marina…

-¿Acaso no lo has hecho?

-Sí, lo he hecho.

-Pues entonces no me equivoco.

-Te he echado de menos, que lo sepas.

-¿Cuándo te acostabas con ellas?

-Pues sí, también. Si quieres saberlo, no eras tú. Y no han dormido en nuestra cama. Solo yo.

-¡Vaya! tengo que darte las gracias por eso.

-Me lo pones muy difícil Marina, soy un hombre complicado, lo sé.

-¿Y qué haces aquí?, no te he llamado.

-Porque te necesito.

-No, porque estás arrepentido. Necesitar y estar arrepentido y tener culpa no es lo mismo.

-No puedo olvidarme de ti, de tu cuerpo, tus manos, entrar en ti.

-Estoy ahora buena para que me digas eso.

-Lo siento, de verdad que lo siento.

-Si no hubiese pasado esto, no estarías aquí.

-Creo que sí, que estaría, me pilló desprevenido, pero me conozco, no dejaría a mis hijos solos y menos si son tuyos también. Fue un momento de rabia.

-No me hagas reír Travis -se movió e hizo un gesto de dolor.

-¿Te duele?

-Un poco, dame ese cojín y pónmelo en la espalda, me duele.

-Simplemente he sido un tonto por alejarte de mi lado, pequeña. Yo…

Y ella se echó a llorar.

-Vamos pequeña, no quiero verte llorar así, me duele, me siento culpable por todo, por aquella noche, por no haber sabido quererte como mereces, por los niños…

-No importa -se limpió las lágrimas. No se puede obligar a querer a una persona. Yo lo sé bien. Voy a cenar y a acostarme.

-Deja que te traiga la cena.

-Está bien, si hay suficiente, cena también.

-Vale.

Y cenaron en silencio.

Luego Travis quitó la mesa y ella fue despacio, dolorida y doblada al baño.

-Me voy a acostar Travis.

-Está bien, buenas noches. Si necesitas algo, tienes mi teléfono por favor, me llamas.

-¡Buenas noches! Travis, gracias por venir a verme.

Bien sabía ella que si necesitaba alguien sería el último en llamar y eso lo sabía él también.

Pero lo que no esperaba, era verlo al día siguiente y al otro durante el mes y medio que tenía de descanso absoluto. Tuvo que decirle a Lori que hiciera cena para dos.

-Travis, estoy mucho mejor, la semana que viene me reincorporo a la clínica, ya estoy bien y tengo mucho trabajo. Y tú también en el rancho, no puedes dejar el rancho solo tantas horas.

-Tengo un capataz, y ya hemos terminado la jornada.

-Cuando vayas a trabajar, vendré menos a verte, pero vendré algunos días.

-No sé para qué, la verdad.

-Por costumbre.

Marina, se reincorporo al trabajo y Betty le dijo que necesitaba a otro veterinario y dejaron a Mark al que habían contratado los meses que habían necesitado. Lo cierto es que tenían mucho trabajo y dejó también a Lori para no tener que trabajar en casa, sino estudiar su máster que lo había abandonado esos dos meses y a veces echaba un vistazo a la contabilidad de la clínica. Le daba mucho más dinero que la bisutería, por supuesto y hacía lo que le gustaba.

Durante la semana, Travis, aparecía un día o dos, pero se acostumbró a ir los viernes y sábados.

-Travis, tengo que estudiar.

-¿No podemos salir a tomar una copa?, ya estás bien.

-Nunca salimos a tomar nada cuando estabas en el rancho.

-Porque estaba cojo y herido, pero ahora me apetece, si no quieres, me quedo aquí en el porche contigo mientras estudias.

-¿Haciendo qué?

-Mirarte.

-Travis, me pones nerviosa.

-Venga, solo un par de horas.

-Está bien. Porque no vas a dejarme estudiar…

-Solo un día a la semana mujer, los sábados mejor.

-¡Está bien! salgo los sábados, pero ¿por qué contigo?, no quiero salir contigo. Puedo salir con otros chicos.

-No quiero que salgas con otros chicos, nena.

-¿Y eso por qué? Tú te has acostado con otras chicas.

-Solo dos y no quiero que tú lo hagas. Me gustas. No vengo para que te vayas con otros, sino conmigo.

-Tu no sales con chicas ni con nadie.

-Contigo sí que lo haré.

-¿Que harás qué?

-Salir contigo, como mi novia.

-¿Qué?, no me lo puedo creer…

-Pues sí, ¿no querías que cambiara? Ahora tampoco te gusta que cambie.

-Travis, tenemos una historia triste con los niños, no, quiero que…

-Shhh -y se acercó a ella y la besó como siempre. Y ella le echó las manos al cuello abrazándolo y le correspondió al beso.

-¿Lo ves? eres mía. Y no quiero que eso cambie.

-Para eso me echaste del rancho.

-Nunca te eché. Te fuiste y me dejaste solo.

-Me apartaste, Travis.

-Pues olvida todo, empecemos de nuevo. Vístete que vamos a salir.

-No hay quién te entienda.

-Sí, tú me entiendes y con eso es suficiente.

Y se vistió y salieron a dar una vuelta donde iban los vaqueros y la gente a divertirse los fines de semana. Excepto los adolescentes que iban a otro lugar más ruidoso.

Entraron y tomaron un chupito en la barra, pidieron una copa y se sentaron en un rincón.

-¿Como te encuentras?, ¿me has perdonado de verdad?

-No quiero pensar en eso, ahora no hemos salido para hablar de nosotros.

-Aún no me has contestado -le dijo Travis.

-¿A qué?

-A que salgamos juntos, como tú quieres.

-Si tú no quieres y te sientes obligado, no, no quiero, no es lo que tú quieres Travis.

-Si no quisiera no te lo pediría.

-No te entiendo, la verdad.

-Yo tampoco, pero sé que te necesito, y lo sé desde que te fuiste, y si tienen que ser las cosas como tú quieres, así serán.

-Eres terrible testarudo y…

-¿Te gusto?

-Sabes que sí, a pesar de todo, pero…

-Fue un accidente que siempre lamentaré Marina, nunca quise que eso pasara.

-Lo sé.

-Sé que no eres como las mujeres que conozco, que eres sensible, que pasaste mucho y yo también, y aún no tengo mis heridas curadas. Y aparecen más ahora entre nosotros.

-¿Quieres olvidarte ya de eso?

-Pues dime que sí, que eres mi novia y mi pareja.

-Sí, lo soy.

Y la beso y abrazó.

-Te compensaré, nena. De verdad, te lo juro, he sido injusto contigo. Pero no era por ti.

-Lo sé.

-Vamos a bailar anda.

Y la sacó a la pista y allí se encontró con Betty y Mark, que se saludaron y ella le presentó a Mark, el veterinario nuevo.

-Es muy guapo -dijo algo celoso.

-¿Estás celoso?

-Un poco.

-Está saliendo con Betty.

-Estoy tonto.

-Más que eso, sí.

-Hueles tan bien, como siempre, no he olvidado tu olor y la acercó más a su cuerpo.

Y ella se echó en su pecho.

-No me roces tanto que no voy a salir de aquí andando.

-¡Qué tonto eres a veces!

-Me estoy volviendo irónico.

-Me gustaría que fueras un hombre más divertido, y olvidaras el pasado.

-¿Tú lo has olvidado?

-Lo intento, ya sé que se casó, y vive en Jaén con su familia. Al menos, tu padre está muerto.

-Tengo las señales.

-Imagina que son tatuajes.

-Fueron muchos años de palizas, Marina.

-¿Y qué vas a estar toda la vida así? Tienes ya treinta años, y una vida, un rancho que ahora es tuyo del todo, un trabajo que te gusta. Hiciste una carrera militar con éxito. ¿Qué hombre hace eso? Deberías sonreír a la vida.

-Te olvidas, que tengo a la mejor mujer del mundo.

-Tanto como eso… pero siempre te apoyaré, y te dije lo del dinero.

-Tienes tus gastos, son menores que los del rancho.

-Estoy bien, el rancho va dando dinero, pagaré lo que debo.

-¿Debes más de lo que me diste?

-No, menos, te dije que había ahorrado. Y tengo un remanente para los pagos al año.

-Si necesitas de verdad, Travis, prométeme que no pedirás ningún préstamo más.

Y él la miró.

-Prométemelo.

-Te lo prometo.

-Ya me lo pagarás. Sé que lo harás.

Y él la trajo y la besó.

-Eres generosa y te necesito, te deseo. ¿Lo sabes?

-Aún no vamos a irnos, vamos a divertirnos esta noche, para eso me has traído.

Y se sentaron después de bailar un rato con Betty y Mark y estuvieron charlando y riendo y bebiendo con ellos.

-Oye Travis -le dijo en un momento en el que Mark hablaba con Marina.

-Dime Betty.

-Si le vuelves a hacer daño, te mataré yo misma.

-¿En serio?

-Prueba y verás. Es la mejor mujer que he conocido, generosa y buena. Si te ha perdonado y no te portas bien con ella, me enteraré.

-Me encantan tus amenazas, pero no va a ser necesario, porque no le haré daño.

-Mejor así y Travis sonrió por cómo defendía a su amiga. Y sabía que Marina le había

contado la historia de su vida y de ellos.

Era normal tener una amiga, y supo también, tonto no era, que ella lo quería y lo seguía amando y que no le echaba la culpa de lo que pasó con el potro sino de que le dijeron que no los quería, pero esa barrera la iba a levantar. Si ella quería palabras, aunque le fuera la vida en ello, se las diría.

Y esa misma noche.

Estaba nervioso como un adolescente. Hacía meses que no se acostaba con ella, pero recordaba su cuerpo como cuando entró por primera vez en él.

Sobre las doce la acompañó andando a la cabaña.

Y entró con ella. Y la cogió por la cintura.

-Esta noche estás preciosa.

-Tú también estás muy bien.

-Eso me suena.

-Te lo he dicho más de una vez.

-Ven aquí preciosa. Esta noche me quedo.

-No me has pedido permiso.

-Ni pienso hacerlo.

-Mandón.

-Sí, me gusta mandar, ya me conoces, y en la cama más y a ti te gusta que lo haga.

-Estoy nerviosa.

-Pues dímelo a mí que parezco un adolescente. Este cuarto es precioso, parecido al nuestro.

-Al tuyo.

-Al nuestro, siempre será el nuestro cuando vayas allí.

-¿Crees que voy a ir?

-Seguro.

-Si se te escapa otro potro me mata.

-Este potro es el único que va a matarte esta noche, mi niña.

Y se desvistieron rápido y él la penetró bajo su cuerpo gimiendo y hablándole.

-¡Joder nena! hace tanto tiempo… no pienso protegerme.

-Tomo pastillas, como antes.

-Me daría igual que no las tomaras, ¡joder! Buff, no me aprietes tanto, nena que voy a correrme en nada.

-No, vas a hacer eso después de tanto tiempo.

-Y él no lo hizo, se movió en su cuerpo hasta que alcanzaron el primer orgasmo caliente y blanco como la nieve en invierno.

-¡Dios chiquita!, eres tú, siempre lo he sabido, me perteneces.

-Estás loco.

-Este cuerpo tuyo es mío y de nadie más. No he sentido contigo nada parecido, el resto ha sido solo sexo, pero contigo, no pienso, no existo, es una conexión mutua.

-Lo sé, tú eres mi hombre. Siempre lo he sabido, desde la primera vez y cuando la vi en el rancho, tuve celos.

-No seas tonta, solo estuve una noche y no fue nada.

-Para vosotros es fácil decir que no fue nada, pero duele.

-No te dolerá más porque solo seré tuyo, toda la vida.

-¿Qué has tomado?

-Un chupito, una copa y una cerveza.

-La mezcla no te ha sentado bien.

-Tonta, ven aquí y me cabalgas, este potro está de nuevo duro.

Y ella se montó encima de él y lo cabalgó rozando sus sexos, mientras él se afanaba en sus pechos y sus caderas…

Tenemos que dormir que mañana es domingo -le dijo sobre las tres de la mañana- Tendré que estudiar un rato.

-¿Qué estás haciendo ahora que no paras?

-Un máster on line. El que el que siempre quise hacer y no pude.

-¿De un año?

-De dos.

-¿Puedes con todo?

-Ahora tengo una chica que me limpia la casa y la clínica cuando cierro. Tengo que pagar a tres personas.

-¿Cómo te va?

-Muy bien, la verdad, Betty no para de vender y de lavar y cortar el pelo, y Mark y yo nos dedicamos a ver a los animales. Y a veces, me meto en el despacho si hay poco trabajo y lo dejo a él, pero me da para pagar las tres nóminas, y la mía y un poco más, la tienda vende, y como no tengo que pagar nada de hipotecas, pues tengo unas ganancias después de los pagos, de unos diez mil dólares.

-¿En serio?

-Sí, en serio.

-¡Qué barbaridad!

-Soy un buen partido -le decía ella riendo.

-Desde luego nena, pero yo te he visto antes.

Y ella se reía feliz. Y Acariciaba su cuerpo de escándalo de hombre pantera que se agazapaba en ella.

-Me gusta tu cuerpo, eres grande y fuerte. Y tus ojos azules, eres tan guapo...

-La guapa aquí eres tú, aunque seas pequeñilla, veo cómo te miran los vaqueros.

-Los vaqueros siempre miran a todas las chicas, sean grandes o pequeñas.

-Tendré que acostumbrarme.

-Todo el mundo te quiere en el pueblo.

-Me he integrado bien, espero que sí, no le hago mal a nadie.

-Yo tampoco y no me quieren tanto.

-Porque no ríes y ni hablas con la gente, salvo lo imprescindible.

-Así dicho parezco un ogro.

-No, pero debes ser más agradable.

-Nunca te he visto reír a carcajadas.

-Jamás. Eso me cuesta.

-Pero al menos has cambiado algo conmigo desde que viniste. Te veo, sonríes a veces cuando no me ves.

-Lo sé, ¿qué te crees que soy tonto?

-Sí, eres tonto, un tonto de cuidado.

-¿Ah sí? -le dijo jugando con su cuerpo

-Sí.

-¿Ah sí?

-Si, y se echaba en su cuerpo y lo manejaba a su antojo.

Al rato, ella le dijo que la dejara, que estaba ya muerta, que no tenía fin.

-Vamos a dormir ya preciosa, tienes razón. Cuando desayune me voy al rancho, desayunamos en lo de Mel.

-Me parece bien, así no tengo que hacer sino algo de cena. Y puedo estudiar y echar una siesta, que seguro tendré un sueño que no me veas.

-Si puedo vengo un ratito a cenar. Si no puedo, nos vemos el viernes, me quedaré contigo un par de días el fin de semana.

-Bueno, el sábado no voy, descanso para estudiar, van Mark y Betty, solamente.

-Vendré de todas maneras.

-Pero me dejarás estudiar.

-Me traigo mi portátil y trabajo para el rancho.

-¡Está bien!

-Hay tiempo de todo.

-No vengo entre semana porque tengo que salir a comprar unos caballos y vender potros, nos vamos el martes temprano y venimos el jueves.

-Ten cuidado.

-Lo tengo mi niña. Venga duérmete.

Y ella se quedó dormida en sus brazos y él supo que era el hombre más feliz del mundo y que iba a ponerle un anillo en el dedo, se lo compraría cuando fueran a por los caballos.

Se iba a casar con ella más adelante, cuando pasara el invierno y llevaran más tiempo, esta segunda vez. Pero ponerle un anillo, se lo iba a poner, y le

iba a dar hijos, como quería, la iba a hacer feliz.

Pensar en un hijo… solo con ella.

No quería pensar en los que perdió, le dolía, lo mismo que a ella y le creaba un gran malestar. Se sentía culpable de haberlos perdido.

Pero tendrían más hijos.

Y quería que se fuese al rancho con él, la cabaña la podían alquilar o venderla, aunque a ella le iba a costar, pero si se casaba con ella viviría con él y dormiría con él todas las noches, además ella decoró esa casa. Era suya también.

CAPÍTULO VI

El domingo, se pasó un rato a cenar con ella, porque tenía que preparar toda la documentación para vender a los animales.

-¿Vas muy lejos?

-A doscientas millas. Es un rancho de venta y compra de ganado, allí compraba y vendía mi abuelo y mi padre. Ahora lo llevan los hijos. Nos conocemos desde siempre y siempre quieren que me quede un día con ellos en el rancho. Esta vez quizá lo haga y que Logan mi capataz se traiga los caballos, y me deje la factura, puedo pasar el miércoles en el rancho y venirme el jueves. Aun, no he visto la ampliación que han hecho. Y me da cosa decires siempre que no me quedo. Total, los chicos ya saben qué hacer y cómo hacerlo. Me llevo mi todo terreno y unos que vayan en los camiones y otro par de ellos en las camionetas. Tardaremos esos días, porque tenemos que vender primero, y otro día para seleccionarlos.

-¿Dónde dormís?

-En un motel cercano. Así que cariño, nos vemos el viernes que deje todo en orden.

Esa noche hicieron el amor antes de irse Travis.

El martes el rancho estaba preparado con un camión para llevar los potros, cincuenta iban a vender y tenían que ir despacio. Travis quería comprar otras tantas yeguas y algún buen caballo.

Estaba amaneciendo cuando salieron. Logan, el capataz, se quedó al mando del rancho y su mujer Sofía, se encargaba de las casas y del barracón a su manera. Se repartía el trabajo. Una comida para todos, y las casas la de Travis iba un par de días a limpiarla y la suya más o menos, sin embargo, el barracón de los chicos era diario, unas horas. Procuraba tener siempre todo limpio.

Siempre iban por la carretera general en vez de por la pista, sobre todo por los animales. Había menos tráfico, menos ruido, aunque tardaban más horas.

Pero a las diez de la mañana ya estaban en el **HARPER RANCH**. Ya Preston Harper estaba avisado y les tenía el redil libre para ir bajándolos y echarles sus hombres un vistazo y darle un precio.

-¿Qué te parecen? Son buenos potros ¿Eh? -le dijo Travis a Preston.

-Sí que lo son, son buenos y fuertes. Nunca te traigo nada malo porque me llevo lo bueno o eso espero – y Preston se reía.

-Deja que mis hombres les echen un vistazo y te doy precio. Luego miramos las yeguas que quieras llevarte y hacemos cuentas. Tengo algunas preñadas.

-Esas me las llevo todas -y Preston se reía porque sabía que Travis iba a llevárselas. Era un hombre ambicioso.

-Ya sabes que son las más caras, pero cuando te las saque al redil, te vas a enamorar porque son jóvenes y fuertes y tú solo quieres una manada joven.

-Estoy empezando. Quiero todo el ganado joven.

-¿Cuántas vas a querer?

-Las que tengas preñadas jóvenes, esas todas, y algunas jóvenes, doce o quince buenas.

-A ver qué me das por los potros y quiero unos cinco caballos jóvenes de monta también.

-¡Está bien! venga que se vayan tus hombres a desayunar al pueblo, mientras miramos todo eso. Tú desayunas conmigo mientras tanto miran los potros.

Y Travis, le dio la orden a los chicos para que se fueran a desayunar.

-Un par de horas que tardarían en ver los caballos y demás.

-¿Tienes las cartillas y vacunaciones al día de los potros?

-Siempre las tengo. Y se las dio y le estuvieron echando un vistazo mientras desayunaban.

Y uno de los hombres de Preston, le dijo algo despacio al oído.

-Son buenos potros, te los pagaré bien. Me quedo con todos.

-Perfecto, sabes que siempre te traigo lo mejor. Te lo he dicho.

-Son cincuenta y cinco.

-Sí, exacto.

-Vale los van a meter dentro y te sacarán los caballos primero los de monta, cinco.

-Con esos tengo, me interesan más las yeguas.

-Tienes muchas yeguas, cinco te irán bien, si tienes más en el rancho.

Tengo y he dejado algunos jóvenes.

Y estuvieron viéndolos tras el desayuno.

-Me gustan.

-Pues cinco para ti.

-¡Apartadlos, en el otro redil!-le dijo Preston a sus chicos.

-Y sacad las yeguas, las preñadas, son diez y jóvenes ¿cuántas quieres?

-Ahora tengo unas cuantas, pero treinta no me importaría.

-Pues treinta yeguas jóvenes, venga, las mejores para Travis.

Cuando se pusieron de acuerdo, le guardó en el redil los caballos y las yeguas aparte para llevarlas en los dos camiones que habían traído, detrás dos chicos con una camioneta y delante otros dos en otra camioneta y los camiones en medio. Así solían llevarlos siempre.

-¿Has venido con tu todo terreno?, te quedas una noche.

-Mientras vacunan mañana a los animales, hacemos cuentas y te llevas las cartillas, tus vaqueros pueden darse una vuelta por ahí, tardaremos como siempre, el miércoles estará todo listo para el mediodía, pero esta vez te quedad un día con nosotros, voy a enseñarte todo el rancho.

-Me quedaré, tengo ganas de ver qué tenéis aquí.

-Una pasada. Ya verás.

El miércoles, todos los hombres salieron con los camiones llenos de caballos y las camionetas que había comprado como siempre.

-¡Toma West! Dale a Logan, los documentos, además tenéis que llevarlos con cuidado, como siempre, que me deje las facturas y las cartillas en el despacho y con los animales, cuidado en la carretera, que Logan reparta las yeguas y los caballos de monta. Yo voy mañana. De todas formas, luego lo llamo cuando lleguéis. Yo voy mañana.

-Vale jefe.

Al final vio salir del rancho a los animales que había comprado y vendido. Esta vez, le tocó pagar porque llevaba yeguas preñadas y para la primavera le traería potros sin tener que llevarse nada, aunque siempre algo se llevaba.

-Ha sido una buena compra, pronto te compraré los potros. En unos meses.

-¿Cuántos tienes ya? -le preguntó Preston.

-Con lo que te he comprado unos tres mil cabezas.

-Eso es mucho hombre. Pero una vez fui a tu rancho con mi padre, es grande.

-Lo es, tiene un arroyo, y está reformado. Espero verte algún día por ahí…

-Algún día que vaya por esa zona, me llego no lo dudes.

-Bueno, tengo que hacer un recado en el pueblo, luego vengo.

-Esta tarde te enseño todo el rancho, ahora tengo otro cliente que estará al llegar. Así tengo la tarde para nosotros.

-No te preocupes, tengo que comprar un anillo.

-¿De compromiso?

-Eso es.

-No me lo puedo creer ¿y cómo es la que te va a cazar?

-Preciosa, veterinaria, e independiente.

-¿Tienes fotos? -y le enseñó algunas del móvil que llevaba.

-¡Joder Travis!, es pequeña, pero es una muñeca. ¿No tienes una así para mí?

-No, esta es mía, ¡búscate otra.

-Cabrón, anda vente cuando acabes de comprar el anillo.

Y Travis fue a la ciudad, compró un anillo precioso para Marina, había tantos en la joyería que no sabía cuál elegir.

-¿Cómo es la chica?

-Es sencilla, seguro que un pedrisco grande no le gusta, puedo comprárselo, pero sé que va a querer algo pequeño y blanco.

-Entonces tenemos lo que busca.

-Este es lo que buscaba -y la chica de la joyería se reía.

-Le va a encantar.

Y pagó con la tarjeta y se llevó envuelto su anillo para Marina, su mujer. Quería ver la cara que ponía cuando se lo diera.

Después se dio una vuelta por la ciudad y tomó un plato combinado, no quería molestar a Preston cuando vendía animales, era su trabajo.

Tomó un café y se fue al rancho, justo cuando salían los camiones con ganado comprado.

-¿Ya has comido? -Le dijo Preston.

-Sí.

-Bueno, yo también he tomado algo. Nos damos una vuelta, antes de que venga otro, aunque creo que no tengo citas ya hoy.

-Venga, no quiero molestarte demasiado.

Y se montaron en una de las camionetas de Preston y estuvieron viendo el rancho, el criadero de caballos, la cantidad de caballos que tenía ese hombre.

-Tienes un gran rancho Preston, maravilloso. Sí que es una pasada.

Y después de un par de horas, recorriendo todo y mirando las tierras…

-Vamos a cenar, a ver que nos han preparado. ¿Te quedas a dormir?

-No gracias, te lo agradezco, tengo la ropa y todo en el motel, y mañana quiero salir temprano, no quiero estar mucho tiempo fuera del rancho, aunque tengo un buen capataz.

Después de cenar y tomar café y una buena charla, Travis, se levantó para despedirse.

-Bueno amigo, entonces, hasta que vuelvas de nuevo

-Para primavera, quizá que tenga algunos potros. Los caballos que tengo ahora son nuevos todos.

-Muy bien, se abrazaron y Travis tomó su todoterreno y se fue al motel.

Allí pasó la noche y llamó a Marina.

-¡Hola mi niña!

-¡Hola Travis! ¿dónde estás?

-En el motel, mañana me voy por la mañana, los chicos se han ido ya, pero le debía una visita al rancho a mi amigo y no podía decirle que no. Pasado mañana nos vemos nena,

¿cómo estás aparte de buena?

-Bien, tonto, acabo de darme una ducha y estudiaré un par de horas y cenaré. Y me acostaré sin ti. Solita.

-Deja que te vea desnuda.

-¡Qué tonto eres! Cuando vengas.

-Esa parte es mía.

-A ver con quien duermes tú. Listillo.

Y le puso el video del móvil.

-Mira, soy fiel, vacía, yo solito, echándote de menos.

-¡Pobre hombre!

-Sí, pobre, espera al viernes por la noche y verás.

-¿Me has echado de menos?

-Pues claro nena. Tengo una sorpresa para ti.

-¿No me habrás comprado un potro o un caballo?

-No de momento, pero tendrás que aprender a montar. La próxima vez que vaya, te compro una yegua dócil y más viejita para que la montes.

-Ya veremos.

-Tenemos que ir a caballo por el rancho, mujer.

-Bueno, pero aún tengo el potro en la barriga.

-Suerte que a ti no te pasó nada. No me lo hubiera perdonado nunca. No me lo perdono por los niños…

-Venga Travis, fue un accidente.

-Siempre me sentiré culpable por ello.

-Bueno, tendremos cuatro hijos, dos porque no quiero uno solo y dos que me debes.

-¡Qué exagerada!, habrá que hacer obra en el rancho para eso. Solo tiene cuatro dormitorios.

-Pues llamamos a Roy y que nos ponga un par de habitaciones más arriba.

-Estás más loca… a este paso Roy será rico y nosotros pobres.

-Sí, tiene que trabajar.- y se reía.

-Nena…

-Dime…

-Quiero que te vengas conmigo al rancho.

-Travis ¿y mi cabaña?

-Puedes alquilarla, te necesito, necesito verte y tenerte por las noches. Todas las noches.

-Pero es tan bonita…

-Pero quiero estar contigo todas las noches y yo no puedo irme, lo sabes.

-Bueno, veremos qué hago, déjame que lo piense.

-Sabes que yo no puedo irme allí todas las noches, además la casa es tuya, la decoraste a tu gusto y la cama se me queda grande.

-Lo sé, ya vemos.

-Piénsalo nena. Estoy muerto. Me voy a dar una ducha y me acuesto, mañana me voy temprano. Pero me iré por la pista, así tardaré casi tres horas si paro a desayunar.

-No corras.

-No preciosa. Hasta el viernes.

-Hasta el viernes.

Y a la mañana siguiente, Travis recogió su bolso, salió a desayunar y pagó en el motel.

Y tomó la autopista camino a casa.

Cuando esa mañana Marina abrió la clínica, le contó a Betty que Travis le había dicho que se fuera al rancho con él.

-Tienes que irte, él, no puede venir a verte. Si lo quieres, tienes que arreglar lo vuestro, sé que te quiere, lo he visto.

-¿Tú crees?

-Lo sé con seguridad. Es tu hombre y no va a dejarte, ya, verás.

-Pero mi cabaña tan hermosa.

-Me la alquilas.

-¿Quieres alquilar mi cabaña?

-Mark tiene que ir y venir todos los días a Cora y está lejos, queremos vivir juntos, mis padres ya lo saben, estamos buscando algo para vivir, pero tu cabaña es tan preciosa. Si no me la alquilas muy cara… te la cuido como si fuese mía.

-Te dejaría todo, menos mis libros y ropa, objetos personales, el despacho… otro cambio por Dios.

-Pero es el mejor cambio para ti. Estarás con él y lo conocerás ahora de otra manera mujer, mejor, porque es tu amor ahora. Ahora tendrás definida la relación como siempre has querido con el hombre que quieres.

-Te la dejaré barata, si te la alquilo, no busques, seguro que me dice que me vaya este fin de semana, ya me lo dijo anoche y es insistente, no lo conoces.

-Pues ya puedes ir recogiendo cosas.

-Dime cuánto nos la dejas y se lo digo a Mark -y ella le dijo un precio.

Al menos se ahorraría pagar las facturas de luz, agua y la chica de la limpieza, tendría para pagar la limpieza de la clínica y los gastos mensuales, hizo esas cuentas.

-Eso es barato Marina.

-Medio sueldo de Mark, con eso tengo para los gastos mensuales sin las nóminas.

-Gracias, de verdad. No íbamos a encontrar nada más barato ni más bonito. Te quiero, ¿sabes?

-Lo sé Betty y yo a ti. Y disfrutarás de mi cabaña y de mis vistas.

-Si ahorramos te la compraré algún día, porque es una casa, tiene dos plantas.

-Eso ya veremos, no pienso venderla de momento, pero alquilártela, sí.

-Pues ya mismo estoy cambiándome, porque sé que te vas la semana que viene, estoy segura.

-¿Eres vidente o qué?

-Seguro, mira ya viene Mark.

-Buenos días- dijo éste.

-Buenos días, Mark, ya estamos abriendo, Betty tiene noticias para vosotros.

-¿Ah sí?

-Que te las cuente, mientras abro atrás y el despacho, enciendo el ordenador, ya mismo tenemos la primera cita y ella también.

Cuando por fin tuvieron un descanso a las once, Mark, le dijo:

-¿De verdad nos alquilarías la cabaña por ese precio?

-Sí, para vosotros, solo, con eso he hecho cálculos y pago los gastos mensuales de la clínica, menos las nóminas y a Hacienda claro.

-Pero es muy barata.

-Pero me la vais a cuidar bien, confío en vosotros, siempre que me vaya, claro.

-Espero que te vayas, estoy cansado de ir y venir a diario. Me gasto más en gasolina.

-Quizá sea pronto, la semana que viene.

-Te queremos jefa, lo sabes, me encanta esa cabaña.

-Pues no tendréis que comprar nada, llevar ordenadores y ropa y objetos personales, lo que me llevo yo.

-Es …

-Una pasada.

-Eso -y se rieron.

Travis paró a echar gasolina, se desvió por una salida de la autopista, a una gasolinera para llenar el depósito.

Entró a la gasolinera, pagó y mientras llenaba el depósito, paro un coche que no le dio muy buena espina. Eran dos hombres jóvenes y entraron a la tienda y le vio la cara descompuesta de la chica.

Y sabía que le estaban robando. Sacó su rifle de la camioneta, se lo pegó a la pierna, sin hacer muchos ademanes, y en ese momento llegó un chico que no tendría la mayoría de edad con un coche con la música altísima, paró y salió del coche. Iba camino de la tienda y él lo llamó para que no entrara.

-¡Oye, chaval!

Y el chico miró hacia atrás.

-Ven un momento, -porque uno de los atracadores los estaba mirando.

Y el chico le hizo una peineta. Y siguió hacia adelante.

-¿Estás tonto? te digo que vengas, quiero preguntarte algo, pero este no le hizo caso y tuvo que ponerse el rifle tras la pierna.

-¡Maldito chaval tonto!

Entró en la tienda y los atracadores, tenían una pistola cada uno, y uno de ellos apuntaba al chico y otro a la chica.

Travis sacó el rifle.

-¡Vamos soltadlos!, ¡ahora!

-¿Quién eres tú?, ¿qué te crees?

-Uno de vosotros estaréis muertos, así que decidme quien…

-Ellos también morirán.

-Sí, pero uno de vosotros morirá también.

Cada uno había cogido a uno de los chicos y le tenían apuntada el arma en la sien.

-Venga, soltadlos y llevaos la caja.

-No tiene mucho. -Dijo la chica temblando.

-Dame lo que haya- dijo el que la tenía.

Y la chica le dio lo que había en la caja, y la sacaron fuera y al chico también camino de su coche con Travis detrás apuntando.

-¡Déjala ya! Tienes el dinero.

-Cuando nos subamos al coche.

Pero los cabrones metieron a la chica en el coche, y le dieron un tiro en la pierna al chico y lo dejaron tirado en el suelo, y Travis, se agachó y disparó a una de las ruedas del coche que se escapaba con la chica de la gasolinera, le dio a una, pero salieron pitando con la chica y el dinero. Y la rueda botando.

-¿Estás bien? -le dijo al chico.

-Mi pierna, -se dolía y lloraba.

-¿Tienes móvil?

-Sí, tengo, en el bolsillo.

-Pues llama a la policía y a una ambulancia y di que voy tras ellos y por dónde. ¿Puedes?

-Sí, Está bien, -y el chico sacó el móvil y Travis se montó en el todoterreno y salió tras ellos en busca de la chica. Sabía que no llegarían muy lejos porque tenían una rueda pinchada, pero era una autopista con muchas salidas y casi los perdía.

Como había previsto, salieron de la pista y se metieron en una carretera general dando botes por la rueda y luego por un camino entre pinos la nieve espesa que los cubría.

Mientras llegaba la policía a la gasolinera y una ambulancia.

Travis llamó a la policía y dio la dirección de salida de los asaltantes y secuestradores de la chica.

Aún estaba lejos de ellos, pero no quería hacer ningún movimiento que la pusiera en peligro. Así que guardaba una cierta distancia entre ellos.

Más de veinte kilómetros se metieron en el bosque, camino hacia arriba, hasta que Travis, vio una especie de cabaña vieja y desvencijada. Y rodeo el

camino para que no lo vieran.

Pero él, si los veía, bajaron a la chica y le dieron dos puñetazos y Travis se sintió impotente. Si no fuera por las armas, les daba un tiro.

La metieron en la cabaña y estuvieron un rato, él se acercó sin hacer ruido, al único ventanuco que la cabaña tenía. Solo oía llorar a la chica.

-¡Que te calles! le decían.

-Hay que matarla, sin dejar rastro, al cobertizo, y salir de aquí, ¿llevas el dinero?

-Lo llevo, pero antes me gustaría disfrutar un poco.

-Déjate de tonterías, no hay tiempo. Sal y cambia la rueda y la matricula vieja que hay en el cobertizo y la cambias.

Y vio a uno de ellos entrar en un cobertizo y allí entró detrás de él y le dio con la culata del rifle, se desmayó y lo dejó atado y amordazado.

Cuando el otro vio que tardaba, fue con la chica al cobertizo, llamándolo. Pero no le contestaba. Travis, se colocó tras la puerta y entró primero la chica y luego el otro al que le puso el cañón de su rifle en la sien.

-¡Suéltala vamos! que la sueltes te digo.

Y el tipo soltó la pistola y Travis, la cogió, y ahora suelta despacio a la chica.

Y la soltó y la chica se abrazó temblando a él.

-Bien, siéntate al lado de tu amigo.

Y le dio igualmente con la culata, como había hecho con el otro, lo ató y amordazo y llamó a la policía.

-Tardaron media hora en llegar. Estaban buscándolos.

-¡Por fin! -dijo Travis.

Y les estuvo contando la historia y les pregunto por el chaval.

Se lo ha llevado al hospital.

-Pasaré a verlo. Y se llevaron a la chica en el coche policial con un ataque de nervios y ansiedad, lo abrazó fuerte.

-Voy al hospital con ella, voy detrás con mi coche.

-Llegó al hospital. Tuvo que desandar el camino de nuevo. Pero primero fue al hospital a ver al chico. que se alegró de verlo.

-Vamos, ¿vas a llorar? por un tiro…

-Debí hacerle caso.

-Bueno, no pasa nada, no me conocías, es normal.

-Gracias, le dijeron los padres, -por salvarlo.

-Bueno relativamente.

-El tiro fue limpio, dijo el padre, se curará pronto. Si no llega a ser por usted, quizá los hubieran matado.

-O no. Nunca se sabe.

-Bueno chaval, espero que te mejores. Voy a ver a la chica.

-¿La ha salvado también?

-Bueno, tuve suerte de pincharles una rueda y poder seguirles. En fin, cuídate muchacho

-Gracias señor.

-Gracias -le dijeron sus padres.

-De nada. Que se mejore.

Y pregunto por la chica.

Y ya salía tranquila por el pasillo. Le habían dado un sedante y con sus padres venía por el pasillo. Cuando lo vio y se echó en sus brazos llorando.

-Vamos muchacha, ha habido suerte. Solo tienes amoratado el ojo.

-Mamá, papá, es mi salvador -y Travis sonrío.

Y los padres lo abrazaron como si hubiese hecho un acto heroico.

-Gracias, solo cumplí con mi deber.

-Venga con nosotros, vamos a tomar algo.

-¡Está bien!

Y estuvo charlando con ellos, de la chica que trabajaba a tiempo parcial mientras terminaba el instituto.

-Bueno, deberías buscarte un trabajo en la ciudad. Una autovía es peligrosa para una chica joven.

Después de casi cenar, los padres no le dejaron pagar. Era un héroe para ellos.

-Bueno, tengo que irme ya, voy con un día de retraso y no he llamado en todo el día a mi rancho.

Y les dio las gracias.

Tenía tanto cansancio y sueño y ya estaba anocheciendo que prefirió quedarse en otro motel por otra noche. Había sido un día largo.

Llamó al rancho en cuanto se instaló.

-Logan…

-Por dios jefe, hemos llamado a los hospitales y a la policía. Lo esperábamos a las diez o así de la mañana. Ha llamado Marina y está como loca llorando.

-Ahora la llamo, te contaré todo cuando llegue, viene así.

-Ha habido un robo con secuestro en una gasolinera donde paré, y estuve implicado.

-¡Dios!, ¿está herido?

-No por suerte, te lo cuento mañana, hoy me quedo aquí a dormir en un motel, estoy muerto y me voy a dormir por el camino, además, he bebido un par de copas de vino.

-Vale, sabiendo que está bien…

-Estoy bien, ya te lo cuento con detalles. Mañana.

-Adiós jefe, hasta mañana.

-Hasta mañana Logan.

Después llamó a Marina.

-¡Hola mi niña!

-Travis, por Dios, -le decía llorando.

-No llores pequeña, no ha pasado nada.

-Te hemos buscado por todos lados. Logan me llamó preocupado por si estabas conmigo y hemos llamado a todos lados.

-Hubo un robo en una gasolinera donde paré a echar gasolina y secuestraron a una chica y dispararon a un joven.

-¡Dios mío!

-Tuve que rescatar a la chica.

-¿Estás loco? Podían haberte matado.

-Sí, pero no podía dejar que la mataran, soy un militar, nena.

-Si te hubiese pasado algo…

-Sí, pero no me ha pasado nada, no soy tonto.

-Travis te quiero.

-Y yo a ti pequeña.

-¡Qué miedo he pasado!

-Mañana voy a verte. Me he quedado en un motel y llego mañana, estoy muy cansado y he tenido que ir a la policía a prestar declaración y al hospital, y se me ha hecho de noche. Prefiero dormir e irme mañana temprano. Meto las facturas y me voy contigo, comemos juntos.

-Te espero, ten cuidado y no pares más en ningún sitio -Y Travis, se reía.

-Tengo ganas de abrazarte nena.

-Y yo a ti.

-Te veo mañana.

-Descansa.

Y Travis, se dio una ducha y cayó a plomo en la cama.

Al día siguiente a las diez estaba en el rancho.

Tuvo que contar la historia a los chicos mientras tomaban algo a media mañana y a Logan y la mujer de Logan le dijo que estaba loco algún día iba a pasarle algo.

-Vamos Sofía, no podía dejar a la chica, si fuese tuya.

-Eso es verdad.

-Voy a darme una ducha y cambiarme. Traigo toda la ropa sucia.

-En el despacho están las facturas y ayer nos dejaron gasoil y paja que descargamos.

-No te preocupes, ahora hago las transferencias y meto las facturas.

Y cuando acabó de todo, hizo un pequeño bolso.

-Logan, vengo mañana, me voy con Marina, tú te ocupas del rancho y de los chicos que les toca salir, vendré por la noche, si hay algo nuevo, me llamas.

-Vale jefe.

-¿Cómo se están adaptando las yeguas?

-Estupendamente y los caballos ahí andan tras las yeguas en celo.

-Bien, a ver si tenemos un grupo de potros bueno, no pienso vender en un par de veces o tres, salvo vender.

-Si porque si no, no van a caber.

-Hasta luego.

-Hasta mañana Travis.

Y llegó a la cabaña de Marina y ella estaba en el porche y la cogió en alto y la besó y abrazó y ella lloró un poco.

-¡Qué tonta!

-Sí, pero no sabes el susto que me llevé, pensé que habías tenido un accidente, ahora que te tengo de nuevo y nunca he tenido suerte.

-Cómo que no tienes suerte mujer… Lo tienes todo, eres una quejica. ¿Qué estabas haciendo?

-Estudiar.

-Pues coge el libro que vamos dentro, cierra la puerta.

-Pero loco…

-Es la hora de la siesta, hoy no salimos a ningún lado.

-¿No?

-No, estoy muerto, las pocas energías que me quedan son para ti.

Y en brazos la subió y le hizo el amor despacio y lento, rápido y loco, besándola y entrelazando sus dedos con los suyos.

Y entraba en ella que tanto la necesitaba, cubriendo la necesidad de ella y el dolor por tenerlo dentro, hasta conseguir, llegar al cielo lo más parecido a ello…

Cuando descansaban, ella casi echada encima de él, le alcanzó el pantalón y le dio la cajita

-¿Qué es esto Travis?

Y le abrió la cajita y ella vio el anillo precioso.

-Travis, pero si tú no te…

-Es para ti. Y sí, me casaré contigo y tendremos hijos. Esperaremos a la primavera, pero quiero casarme contigo ¿y tú?

-Travis, es precioso, por Dios, y lloraba de verdad.

-Vamos cielo.

-Pero si no quiero obligarte a esto…

Travis cogió el anillo y se lo puso.

-Nadie me obliga a anda, solo que te necesito, es una necesidad. Y quiero que te vengas al rancho, está cerca, allí, tienes tu mesa de trabajo para estudiar y los ordenadores y nuestra cama. Estás cerca para venir al trabajo.

-Lo sé.

-Se que te gusta mucho esta cabaña y si no tuviese un rancho viviríamos aquí, pero te necesito todas las noches conmigo, nena. Te quiero.

-Yo también te quiero. Por eso, se la voy a alquilar a Betty y a Mark, el pobre viene todos los días desde Cora y quieren vivir juntos.

-¿No la quieres vender?

-No, no la quiero vender. Pero se la alquilaré, si más adelante, lo pienso se la vendo. Ahora no.

-¿Y casarte conmigo?

-Sí, eso sí.

-¿Y tener más hijos que los que perdimos?

-Por supuesto.

-¡Cómo me has cambiado nena!

-Pero para mejor.

-Eso sí, para mejor. Por eso tienes lo que te mereces en ese dedo.

-¿A que es precioso?

-Supuse que era la que te iba a gustar.

-Y me encanta, no me gustan los pedruscos grandes. Y me encanta blanca. Es simplemente perfecta.

-Sé lo que te gusta.

-¿En serio?

-Sí, y tan enserio -y bajo a su sexo.

-Ah, Dios Travis.

-¿Te gusta?

-Sí, pero… ay, Dios mío, sí me gusta, suspiraba ella y gemía. Y Travis le arrancó un orgasmo dejándola lasa y saciada.

Y fue dándole besos por su cuerpo y mordiendo sus pezones y ella sonreía.

-No sigas con los pezones.

-Me encantan -y entró en ella de nuevo.

-¡Dios mío! Lo sabía.

-¡Qué bien me conoces! y ella lo atrapó entre sus piernas, encajando sus nalgas a las suyas y cuando le restaba movimiento él se deshacía en gemidos y se volvía loco.

-Mujer me aprisionas y me matas, así, con tus piernas. Y no te aguanto nada porque no me dejas moverme.

-Me encanta…

-¡Qué mala eres!, pero me corro enseguida.

-No me aguantas hasta que lo tengo. Eres muy bueno.

-No tienes demasiado con qué comparar.

-Ni intención, ¿o quieres que compare?

-Ni por asomo.

-¿Entonces?

-Ya te he dicho que eres mía nena, puedes hacerme lo que quieras, hasta un eyaculador precoz.

Y Marina se reía.

-Eres un exagerado.

CAPÍTULO VII

El domingo se levantaron y desayunaron y él le contó con más detalles lo que había ocurrido en la gasolinera.

-¡Qué miedo! pobre chica, sola allí, ¿cómo dejan a una chica tan joven sola sin nadie?

-Pues por ahorrar personal.

-Pero si apenas tiene dieciocho años, en medio de una autopista con la cantidad de gente que pasa por allí de todas las calañas.

-Bueno olvídate, cielo.

-Es que has estado expuesto por salvarla.

-Estoy acostumbrado y ya ha pasado. ¿Qué vas a hacer esta mañana? -le dijo para cambiar te tema.

-Estudiar un poco.

-Voy a dar una vuelta al rancho y me vengo en un par de horas., así te dejo estudiar y veo como están los animales que he comprado. Me ducho y vamos a comer a la cafetería de Mel, así, te dejo estudiar, me traigo luego algo de las nóminas para el mes que viene y las preparo, me traigo mi pc, si me dejas la impresora.

-Claro que sí, pequeño, puedes coger lo que necesites, ya lo sabes.

-Pues dame un besito, ya mismo vengo. Para la comida estoy aquí, no pensaba ir, pero ya que vas a estudiar…

-Venga vete a ver a tus yeguas nuevas.

Y le dio un beso y le metió la mano por el jersey, tocando los pechos y pellizcando sus pezones.

-Tonto anda vete.

-En cuanto comamos, verás…

Y Marina, cuando se fue, aprovechó y llamó a su amiga Marina de Jaén y le mandó una foto del anillo.

-¡Dios qué bonito!, pero ten cuidado.

-Ha cambiado, de la noche a la mañana.

-Pues eso es bueno, quizá con lo de los niños se siente culpable.

-Quiere casarse y tener hijos.

-Lo has cambiado amiga. Ese hombre siempre te quiso, pero es complicado.

-Ha tenido una adolescencia dura.

-Parece que eres su medicina y la está superando.

-¡Ojalá!, me gustaría verlo reír alguna vez.

-Si no lo hace ahora, en cuanto tenga un crío ya verás.

-Y vosotros, ¿cómo estáis?

-Tengo noticias, estoy embarazada, de dos meses.

-¿De verdad?

-Sí, de verdad.

-¡Dios mío Javier estará loco!

-Como un niño chico, tendré dos.

Y Marina se reía.

-Ya era hora.

-Sí, pero hemos disfrutado solos, ahora nos tendremos que acostumbrar a estar con el peque.

-¡Cuánto me alegro! Me gustaría volver a ver el pueblo.

-Si vienes nada de venir sola, con tu vaquero grande.

-Desde luego. Alguna vez nos veremos. No me quedare con las ganas de ir a ver a tu hijo o hija.

-¡Ojalá! seremos ya viejas.

-Para nada. Ahora quiere que me mude al rancho a vivir con él.

-¿Otra vez?

-Bueno, quiere que me cambie al rancho. Dice que no quiere estar solo ni dormir solo por las noches.

-¿Y tu cabaña preciosa?, aunque el rancho también lo es.

-Se la voy a alquilar a mi auxiliar y al veterinario que tengo contratados, son pareja. Venderla no, me da pena aún, pero se la alquilo de momento, si me va bien con Travis entonces se la vendo en unos años.

-Eso me parece sensato. Vete con él, no seas tonta ni pierdas de nuevo la oportunidad ahora que te ha puesto un anillo en el dedo.

-¿Quiere casarse en primavera?

-Cuando sea, te casas.

-Si me viera mi abuela ahora… he pasado tanto, y mis hijos…

-Fue un accidente Sandra, olvídate, tendrás más hijos con él, quiere tenerlos. Y él tampoco tuvo la culpa de ello.

-Se siente culpable.

-Es normal. Pero creo que es un buen hombre. Y te tratará bien, estaba dolido con la vida. A lo mejor tiene miedo de ser como su padre, por eso no quería tener hijos.

-Sí, eso es, pero ya le dije que no era su padre. Ha sido un niño y un hombre solitario siempre.

-Pues hazlo sociable, es tu trabajo. Bueno te dejo guapa. Te quiero.

-Hablamos otro día. Te quiero.

Y se puso a estudiar su máster.

Cuando vino Travis, le hizo el amor, sin esperas.

-Te estás volviendo blando -le decía ella.

-Sí, me estás volviendo tú, no me puedo resistir a tu cuerpo.

-Pues habrá que dejar el resto para luego, tengo hambre.

-Pues vamos mi niña a comer.

Se fueron dando un paseo y después tomaron un café con tarta.

-¡Madre mía! estoy llena cielo.

-Eso te lo bajo yo ahora en un par de sesiones.

-Lo tuyo no es un par.

-Bueno, luego después de cenar, me voy y estudiar otro poco.

-Eso por supuesto. A este paso no termino el máster en dos años.

-Antes de que tengamos hijos, tienes que acabar eso.

-¡Mira quién lo dice! el que no quiere hijos.

-Quiero hijos.

-¿Ahora?

-Ahora sí, vamos a conocernos bien, no como antes y luego cuando acabes tu máster tendremos hijos. Nos pondremos manos a la obra.

-Te quiero, siempre te he querido, desde que te vi al salir del todoterreno.

-Tú también me gustaste mucho, cuando me pusiste los pechos esos duros que tienes. Me encantan.

-Me gusta todo de ti.

-A mí también -y bajó a su pene y lamió su geografía, su longitud, y chupo haciéndole el amor, mientras Travis gemía y le decía

-Que siguiera que parara y ¡buff, nena Dios!, ¡joder! voy a correrme en segundos y se corría como una fuente de agua clara.

-Es perfecto.

-Tú eres perfecto.

-Me encanta cuando me haces eso. Nadie me lo hace como tú.

-Dirás te lo ha hecho.

-Eso quería decir.

-Más te vale, nadie tocará lo que es mío.

-Celosa.

-Como tú. Me encantan los hombres grandes de ojos azules y si tienes este pene…

-Pero ¡qué mujer estás hecha!

-¿Puedo ser sincera?

-Por esa razón me gustas tanto.

-Por esa razón me gustas tú a mi tanto también. Te quiero, te quiero y lo besaba y abrazaba

-Eres demasiado cariñosa. Tocona, apasionada.

-¿No quieres?

-Sí, que quiero, pero no estoy acostumbrado.

-Vale pues no lo haré -le dijo de broma.

-Entonces te echaré de menos, eres así, y te quiero como eres, así de loca y caliente.

-Tú me gustas cachondo, cuando esto se pone duro.

Y Travis, le dio la vuelta.

-La señora manda y la embistió desde atrás, mientras sus pechos galopaban al ritmo de sus embestidas y él, tocaba su clítoris y sujetaba con la otra mano sus caderas o sus pezones… hasta que se corrían como locos.

-¡Ay, Dios mío nene! y se quedaba encima de ella besando su cuello, y metiendo sus manos por sus pechos y su cintura.

-Estaría haciéndote el amor si pudiera eternamente, sin salirme.

-Nadie puede hacer eso, salvo tu vibrador.

-¡Qué guasa tienes!

-Al vibrador se le acaban las pilas también.

-Pero siempre está duro.

-¿No tendrás uno?

-No me ha hecho falta. Cuando vine no quería ver a nadie.

-Espero que no lo necesites conmigo.

-Me parece que estoy muy satisfecha.

Después de otra sesión tranquila de sexo, estaban abrazados antes de cenar.

-¿Por qué te pegaba tu padre?

-No quiero…

-Debes hablar de ello, te vendrá bien.

-Está bien, no sé, todo era perfecto y de la noche a la mañana todo le molestaba y cogía el látigo y la tomó conmigo, los vaqueros lo apartaban y mi abuelo, y recuerdo a mi madre gritando y pillando también. Fue algo que no entendimos, porque no bebía, creo que debió de tener alguna enfermedad mental, como nunca quiso ir al médico…

-No quería ir a casa, después del instituto y me entretenía por ahí y cuando llegaba era casi de noche y era peor porque al no ayudar en el rancho…

-Pero tendrías que hacer deberes…

-Los hacía por la noche, a él eso no le importaba.

-Tienes algunas cicatrices.

-Sí, sangraba a veces, casi todas las veces.

Y ella le daba besos en las cicatrices.

-Quizá eso que tú dices que estuviera enfermo. No era normal que se pase de estar bien a estar mal.

-Mi madre murió de sufrimiento al año de irme, lo sé. Me enteré por mi abuelo, yo no podía escribir. Luego cuando me fui a las guerras, ya dejé el contacto, no podía tenerlo porque eran misiones secretas.

-¿Ibas solo en el avión?

-Sí, eran aviones de combate, pero íbamos siempre en grupo.

-¿Nunca te has enamorado?

-Sí, una vez, cuando te vi.

-Bobo.

-Siempre he estado bien solo, pero estar contigo es distinto. Eres mi apoyo. Tener una mujer para mí solo… me he acostumbrado a ti, a entrar en tu calle estrecha por las noches como un vagabundo.

-¡Qué romántico te estas volviendo, amor!

-Sí.

-Me gusta que te expreses libre, que dejes atrás lo malo y olvidemos.

-Sí, me gusta recorrer ese sendero tuyo de la felicidad, porque soy feliz. Compartir estos momentos, nuestros silencios y que estés conmigo.

-Me iré el fin de semana que viene al rancho a vivir contigo, como tú quieres.

-¿En serio?

-Sí, se lo diré a Sofia.

-Tendré que pagarte algo.

-No, esta vez no lo harás.

-No seas tonto. Debes al banco.

-Ya lo pagaré.

-Está bien, ya veremos.

Y en una semana estaba viviendo de nuevo en el rancho, ubicado todas sus pertenencias, y a la siguiente semana, le tenía alquilada la cabaña a Mark y a Betty.

Así que cuando Marina se levantaba, desayunaba y se iba a la clínica y cuando volvía, se duchaban juntos casi siempre y hacían el amor y cenaban, mientras ella estudiaba o hacía las cuentas de su clínica y él las del rancho.

Y los sábados salían tomar una copa o a cenar o iba a otros sitios o se iban el sábado y el domingo y dormían alguna noche por ahí.

Eran felices y ella le hizo ser juguetón, y al menos algo más que sonreír.

-¡Pareces una adolescente, nena!

-Me gusta, somos niños jugando, tienes que recuperar ese tiempo.

-Si me hubiesen dicho que iba a encontrar una mujer así, hubiese dicho que no existe.

-Pues existe y es tuya, así que aprovecha todos estos momentos nuestros.

-Te quiero ¿sabes?

Y se acostumbró sin vergüenza a besarla en plena calle o donde fuese.

Y llego la primavera y fue a vender los potros que habían nacido.

-No pares en gasolineras y él se ría. – te quiero entero. Cuando vengas.

-Cuando venga vamos a preparar la boda antes del verano.

-¿Sí?

-Si, así que ve pensando mientras me voy cómo te gustaría.

-Lo pensaré mi amor. Nos casamos en cuanto haga los exámenes. No tardes mucho.

-Esta vez solo vamos a vender, nos quedaremos solo una noche.

-Te echaré de menos.

La clínica iba tan bien, que ella ni se lo imaginaba cuando la montó, vendían de todo y ella se fue convirtiendo en una veterinaria con experiencia y Mark también, mientras que todos vendían y Betty lavaba y cortaba las uñas a los perros y animales pequeño. También vendía los productos, pastillas antiparasitarias, de todo.

Algunos ranchos venían con sus perros a su clínica. Y estaba satisfecha. Y quería ayudar a Travis a pagar lo que le quedaba del rancho que le dio a ella cuando se lo compró.

No entendía por qué tenía que pagar intereses, y cuando estuvo fuera, fue al banco y lo pagó, sabía que iban a discutir, pero él tendría más ingresos sin pagar esa suma enorme cada año.

Además, iban a vivir juntos. Y vivía allí en su rancho, porque ella lo consideraba suyo.

Así que no le diría nada, iba a ser un regalo de Navidad adelantado, cuando ya estuviesen casados y llegara el año siguiente a pagar. Aún le quedaban tres millones y ella los tenía.

Siempre que venía de un viaje le traía un detalle.

Y ella pensó en cómo le gustaría la boda.

Y la quería en el rancho, en la explanada, con flores y un pasillo con un arco, el cura y una barbacoa estilo ranchero, canapés, (algo más fino) también, bebidas, champagne y dulcecitos y tarta, y música al final.

Mesas para sentarse al lado de una pequeña pista de baile.

Se compraría un vestido bonito y blanco y llevaría a Betty de dama de honor y a Mark que la levara al altar, y Travis seguro llevaría a Logan y Sofía.

Los vaqueros y algunos amigos del pueblo, Roy y su mujer, Mel y su marido, y algunos clientes, casi todo el pueblo. Quería una boda maravillosa. Y bonita, sencilla y ya la veía… en junio , miró sábados y el trece de junio era sábado. Ese día podía ser.

Hizo una lista de lo que se necesitaba, cómo lo quería, las bebidas, comida, y músicos y sus invitados, luego estaban los de Travis.

Y tenía que ir a Cora a por su traje de novia, en el pueblo no había, pero en Cora sí.

Iría un sábado con Betty si quería ir con ella por la tarde, seguro así Mark aprovecharía para ver a su familia.

Y pasarían el día fuera. Así le compraba también el traje de dama de honor .

Estaba entusiasmada.

Cuando acabó de pensar en todo, tomó algo y se echó en el sofá cuando Sofía se fue y se quedó dormida.

Cuando se levantó dejó de soñar, se hizo un café y se puso a estudiar, en mayo, antes de la boda terminaba el primer año de máster y debía ir a Cheyenne a los exámenes. Dos días.

Era tan feliz que no cabía en sí de gozo y esperaba que Travis lo fuera.

Como era de esperar, el tiempo pasó, aprobó sus exámenes, Travis fue con ella y pasaron dos noches en Cheyenne y el último día, estuvieron paseando por la ciudad, cenando, fueron a bailar y a tomar una copa y él quiso que se quedara en un buen hotel, la esperó a que hiciera sus exámenes, mientras él trabajaba en su ordenador en el hotel y llamaba al rancho para ver cómo iba todo.

Hicieron el amor el día que terminó los exámenes y fueron unas pequeñas minivacaciones para ellos.

Y volvieron al rancho porque había que preparar una boda.

Cuando le dijo días después que iba a Cora con Mark y Betty a comprarse el traje e iban a pasar allí el día, él se apuntó también. Dijo que se compraría allí su traje, no iba a ir solo.

Y salieron a cenar por la noche los cuatro juntos después de las compras. Las chicas se fueron por un lado y ellos por otro. Y Mark y Betty de quedaron en casa de los padres de Mark a dormir y ellos en un hotel y volvieron al rancho temprano, cuando desayunaron. Betty y Mark se fueron más tarde, después de almorzar.

Marina, iba contenta con su vestido.

-Nena, tengo ganas de vértelo puesto.

-No se puede ver.

-¿Y de quitártelo?

-Eso es más propio de ti mi amor.

-¿Qué nos queda?

-Ya está todo listo. Me encanta hacer la boda en el rancho ¿y a ti?

-También, es más nuestro y lo recordaremos siempre.

-Será preciosa, ya verás.

-Si la has organizado tú, lo será.

-Mira que he tenido mucho trabajo, la clínica, los exámenes, menos mal que hasta octubre no empiezo el segundo curso del máster y puedo descansar algo.

-¿Vamos de viaje de novios? -le dijo Travis.

-Deberíamos, el primer día después de casarnos no, pero el segundo, sí, sé que tenemos trabajo, pero si no lo hacemos ahora…

-¿Dónde te gustaría ir?

-No sé podemos ir a California, a Los ángeles, playita, a las Vegas a San Francisco, hay tantos sitios…

-Pues nos tomamos diez días. En avión a Los Ángeles y estamos unos días en la playa, luego a Las Vegas, ¿vas a apostar?

-Quizá.

-Cinco mil dólares, no más cada uno -dijo Travis.

-Entre los dos, loco.

-Podemos pasar un par de noches en un hotel.

-Y luego vamos a San Francisco otros dos días a ver la ciudad, me apetece montarme en el tranvía y cruzar ese puente y esa calle de curvas.... El resto

en Los Ángeles en la playa.

-Pues reserva. ¿Vale?

-Lo haré, entonces en eso quedamos.

-Pues eso nos queda nena.

-Cuando pasen unos años, quiero ir a mi pueblo, a España.

-¿Sí?

-Sí, aunque vaya sola.

-No te dejare ir sola.

-Entonces unas vacaciones, recorreremos Andalucía y veremos a Marina, Javier y su niño.

-¿También se llama Marina?

-Ella es la que se llama Marina, yo no.

-¿No?

-No, me llamo Sandra.

-¿Que te llamas Sandra?

-Sí, es el único secreto que tengo contigo.

-Vamos a parar a desayunar, tienes que contarme eso.

Y ella se lo contó.

-Entonces voy a casarme con tu vecina.

-Ya está casada.

-Dios, voy a ser un bígamo y me meterán en la cárcel -bromeó él -y Marina se reía.

-Allí seré Sandra. No te sorprendas cuando la gente me llame así. Pero aquí soy Marina. Tuve que hacerlo, sabes por qué.

-Me da igual cómo te llames. Para mí eres mi Marina.

-Sabes por qué lo hice…

-Y lo hiciste bien, pero entonces ¿ella es la sobrina de mi abuelo?

-Sí, ella es.

-¿Eras una okupa en mi rancho de verdad?

-Sí y ahora una okupa en tu corazón.

-Eres la mujer más loca que conozco.

-Puedes llamarme Marina Sandra.

Y él se rio con ganas y fue la primera vez que ella lo vio reírse así.

Y lo miró.

-¿Qué pasa?

-Que te has reído.

-Es que la historia tiene gracia.

-Me encanta verte reír así.

-Te quiero, pequeña, pero no serás ni Marina, ni Sandra sino la señora Olsen. Lo otro será olvidado.

-Por eso le di el millón de dólares como cuando vaya, le daré algo más.

-Se lo merece, era suyo.

-A ella nunca le ha importado, ahora allí es rica.

-Es una buena amiga.

-Lo es.

-Y tú, eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Marina.

-Y tú a mí.

-Anda desayuna mujer de los dos nombres. Mira que quitarme mi rancho. Lo más gracioso es que te lo estoy pagando.

-No, he quitado el préstamo.

-¿Que has quitado el préstamo?

-Por supuesto, no iba a consentir que pagaras esa cantidad. No debes nada ni yo tampoco, tenemos un rancho, una cabaña y una clínica.

-Marina…

-Dime mi amor…

-Eran más de tres millones de dólares.

Y son tuyos. Nuestros.

-No…

-Shhh, te quiero y te quiero -besándolo. -Y no vamos a pagar intereses para nada. Tendrás beneficios para comprar más animales si quieres.

-No puedo contigo.

-Sí que puedes. Me quieres.

-Te quiero ¿cómo no quererte? eres generosa pero mandona.

-Me gusta mandar y organizar, lo reconozco.

-Gracias mi amor.

-¿No te enfadas?

-No puedo enfadarme contigo.

-Y compraremos más caballos. Tendrás el mejor rancho del condado. El rancho Olsen.

-¡Ay anda!, vamos al rancho, tengo que darte las gracias en cuanto les eche un vistazo a los animales.

-Por devolverte el dinero del rancho.

-El rancho es tan tuyo como mío, si tú lo decoraste mujer, es nuestro.

-Por eso pagué y aún tengo dinero. Si necesitas…

-Anda entra en el coche, necesito otra cosa.

-¡Qué loco estás mi amor!

-La loca en esta relación eres tú, pero me encantas.

-¿Soy tu potrilla? -Y Travis se reía.

-Eres mi potrilla y voy a montarte esta noche, mujer. ¿De dónde has salido tú?

-Tuve que mentir Travis, pero si quieres, todo es tuyo.

-Todo es mío, porque eres mía. Boba.

-¡Menos mal! creía que tenía que irme de nuevo.

-Cuando vayas iré contigo, no antes.

-Te amo tanto… ese es el último secreto.

-El otro está a salvo conmigo.

CAPÍTULO VIII

El trece de junio: La boda

Todo estaba preparado para la celebración de la boda a las cinco de la tarde, todo se hizo como a ella le gustaba. Él lo quiso así, como a ella le gustaba.

Estaba nervioso bajo el arco de flores con Logan a su lado y Betty al otro lado con Sofie.

Estaba guapo, llevaba un traje típico vaquero reluciente y su sombrero en la mano. Guapísimo y cuando la vio salir de la casa, del brazo de Mark, no había visto mujer más hermosa, el vestido era maravilloso, blanco nácar, con brillantes y una sola manga, estrecho, le hacía una figura perfecta hasta bajo la cadera en que se abría.

Y un velo largo. Estaba preciosa y él la vio y estuvo perdido bajo el embrujo de esa pequeña que llevaba unos taconazos rojos.

Era increíble esa mujer, pero le encantaba tanto. Estaba tan enamorado de ella. Y eso que nunca quiso enamorarse. Y la vida lo llevó a ella, una okupa en su rancho.

Cuando terminó la ceremonia, la gente se sentó en las mesas o iba de un lado para otro, con los canapés las bebidas y la barbacoa enorme que llevaban tres personas y que no faltaba de nada.

La tarta, los pasteles, el champagne y el baile al final.

-¡Estás preciosa hoy!

-Es mi boda, me acabo de casar.

-Sí, señora Olson.

-¡Qué raro me resulta mi amor!

-Pues ve acostumbrándote chiquita, aquí me perteneces.

-Siempre he sido tuya y lo sabes.

-Eres la novia más guapa que he visto en mi vida, me encanta el vestido.

-Tú estás muy guapo mi amor

-Tendremos que meternos una bandeja o dos de pasteles y comida, no hemos comido nada. Hemos hablado demasiado y comido poco.

-Y una botella de champagne y dos copas.

-Nos las subiremos, mientras vamos a aprovechar nuestra noche. La besó. Mientras bailaban.

La boda terminó a altas horas de la madrugada, nadie quería irse, y se fueron ya muertos todos cuando los músicos acabaron.

La gente fue desaparecieron y los camareros fueron quitando todo, Travis cogió dos bandejas, de canapés y de tarta y dos copas y una botella de champagne y dejó a los chicos que recogieran todo.

Él la levantó en brazos para entrar en la casa y cerraron.

Logan se hizo cargo de quedarse hasta que se retirara todo.

La subió en brazos y llevaban la comida entre risas.

-Se me va a caer Travis…

Dejaron en las mesitas los platos y las copas.

Ven aquí señora Olsen, voy a quitarle ese maravilloso vestido que llevas. Es una pena, pero…

-Nos duchamos antes, necesito una ducha.

Y el despacio, le quitó toda la ropa y se quitó la suya, la metieron en el vestidor y se dieron una ducha, donde le hizo el amor por primera vez como una mujer casada.

Luego se pusieron unas toallas grandes y él abrió la botella.

-¿No has bebido mucho?-le dijo Marina.

-Es mi boda nena, pero tengo un hambre…

Y se quitó la toalla y a ella también.

-Loco…

Y se quedaron desnudos encima de la cama.

-¡A comer se ha dicho!

-Brindo por la mujer que va a hacerle feliz toda mi vida.

-Y yo por el hombre que me va a amar toda la mía.

Y cuando estuvieron llenos… Se comieron la tarta.

-¡Ay! ahora sí que se me ha subido un puntito -dijo ella, he bebido más de la cuenta. Voy a lavarme los dientes.

-Y yo.

Y cuando terminaron, la cogió a horcajadas y la tumbó en la cama, se echó encima de ella penetrándola hasta hacerla enloquecer.

-No quiero dejar de hacerte el amor esta noche.

-¿No?

-No, hasta que amanezca.

-Pues tendremos que dormir todo el día.

-Hasta la cena.

Y ella lo besaba.

-Y dice que estoy loca...

Y bajó a su miembro y lo hizo suyo, chupándolo y mordiéndolo y lamiéndolo.

-Nena para que me corro, no sigas así que me Buff…

-¡Joder!

Y estiró su cuerpo de hombre pantera y vagó por la selva blanca de su cuerpo.

-¡Dios mío!, te quiero nena.

Y les amaneció en el rancho.

Él la tapó con la sábana y se asomaron a la ventana.

-¿Has visto algo más hermoso?

-No, me encanta ver el arroyo y los pinos a los lejos y los caballos salvajes, como tú.

-Anda, vamos a dormir mi amor, que ya no puedo dar un paso.

Y se quedaron abrazados y como le predijo se levantaron a las cinco se la tarde. Se dieron una ducha, recogieron la habitación e hicieron las maletas.

-¿Ya lo tienes todo para mañana?

-Ya.

-Tenemos el vuelo a mediodía, tendremos que salir tempano, desayunamos por el camino.

-Vale.

-Tengo hambre.

-Vamos a ver si ha quedado algo de anoche, si Sofía ha dejado algo.

-Nena, -le dijo cuando llegó a la cocina.

-Hay más canapés, champagne, cervezas y tarta, y algunas chuletas.

-Yo prefiero canapés y champagne-le dijo Marina.

-¡Qué fina es mi niña!

-Yo me voy a comer alguna chuleta antes.

-Pues vamos a poner la mesa en la salita, venga. Luego hacemos un café.

Y estuvieron comiendo de todo y descansando hasta que se volvieron a dormir de nuevo.

Travis llamó a Logan por teléfono y le dio unas instrucciones. Para que Sofía llevara los trajes al tinte y recogiera la casa, iban a pasar diez días, aunque ya Logan lo sabía, le dio instrucciones acerca de los animales y que le dejara las facturas que llegaran en el despacho. Las pagaría a la vuelta.

Y a la mañana siguiente, salieron para Cheyenne, desayunaron a mitad del camino y dejaron el todoterreno de Travis en el aeropuerto.

-Hace tiempo que no me monto en un avión.

-Son apenas dos horas y poco, cielo.

-Lo sé. Aun así, me da un poco de miedo.

-Alquilaremos un coche cuando vayamos a San Francisco y a Las Vegas.

-Sí, mejor así vamos a nuestro aire.

-¿Has dado instrucciones en la clínica?

-Tengo unos buenos trabajadores que saben qué hay que hacer.

-Hemos tenido suerte.

-Sí, ¿verdad?

-Voy a ganar en Las Vegas.

-Sí, ¿cuánto vas a ganar en Las Vegas, pequeña?

-Pues lo suficiente para comprarte las tierras más allá del arroyo.

-¡Ah, no estaría mal!, así agrandamos el rancho. -Ironizaba él.

-Sí, ríete, pero lo he soñado esta noche.

-No me digas…

-En serio, soñaba que ganaba en Las Vegas y comprábamos tierras y contratabas más chicos hasta llenar el barracón.

-Eso son cinco chicos más.

-Pues lo que sea.

-Para contratar a cinco chicos más, debo tener al menos otros tres mil caballos. Y eso es más de medio millón de dólares. O más mujer.

-¿Entonces ha sido un sueño?

-Seguro.

-Bueno, me bañaré en la playa, voy a comprarme un bikini de esos que se ven todo y hare top les.

-Ni se te ocurra.

-¿Por qué todo el mundo lo hace?

-Pero no tú, no me gustan que te miren las tetas.

-¡Qué antiguo eres!

-Sí, lo soy en esa cuestión.

-Me da igual que el bikini sea corto, pero no enseñaré lo enseñable.

-Entonces no vas a ir desnudo.

-Graciosa.

-Tengo ya ganas de llegar.

-He reservado un hotel en primera línea de playa precioso, para cinco días. Pienso venir morena, con comida y una piscina maravillosa.

Y así fue, se divirtieron de lo lindo en la piscina y la playa, daban sus paseos, hacían el amor y el último día alquilaron un coche y vieron la ciudad, iban a Las Vegas al día siguiente.

-¡Qué pronto pasa todo cielo, que bien lo hemos pasado!

-Sí que te pones moreno y yo como una gamba.

-¡Estás morenita boba!

-¡Ah estoy tan cansada! que no puedo ni… y se tumbaba encima de él cogía su pene y lo metía en su cuerpo.

-¡Que no puedes!... qué loca, se me acaba de poner como una piedra.

-Son los últimos esfuerzos que hago esta noche.

Y empezó a moverse y a rozar sus sexos.

-¡Ahhgg, nena!, no sé qué tienes ahí dentro, pero te rozo entera y me deshago.

-Porque tienes un gran miembro y me roza, te siento y me haces lo mismo. Es algo químico, es perfecto, tu cuerpo está hecho para el mío, mi niño.

-Eso es cierto nena, loca buff, para, si metes la mano en mi trasero y me aprietas así…

-¿Qué pasa? -decía ella gimiendo.

-Me matas.

Y ella le ponía los pechos para que le mordiera los pezones y él sabía qué le gustaba y se besaban y llegaban a un clímax brutal, blanco y nevado.

-¿Ves cómo te amo?

Y Travis la besaba.

Al día siguiente llegaron al hotel de Las Vegas.

-Mira Travis, una cama redonda.

-No voy a encontrarte. ¿Has pedido una cama redonda aposta?

-Sí, nunca me he acostado en una y un jacuzzi.

-Eso me gusta.

-¿Lo probamos?

-Venga, antes de comer.

Y la cama después del jacuzzi.

Tras probar todo bajaron a cenar a uno de los restaurantes y después a tomar una copa.

-¿Jugamos hoy o mañana?

-Hoy, así mañana vamos a dar una vuelta por fuera donde la gente se casa y demás.

-Venga a ver dónde quieres jugar.

-En las máquinas, lo demás no lo entiendo, y estás tampoco -se reía -pero parecen más fáciles.

-¡Vaya jugadora que estás hecha!

-Es que nunca he jugado, en las máquinas, estoy más tranquila.

-Pero cinco mil dólares en las máquinas, la mitad es para ti.

-¡Está bien!, vamos a sacar dinero en ese banco.

Y se pusieron a jugar cada uno contiguamente en una máquina, ella cuando ganaba, se reía.

-No ganas nada.

-Calla, algo tendré que ganar, hombre de poca fe.

-Vas a perder el dinero, menos mal que yo lo recuperaré.

Y cuando había gastado ya una buena cantidad suficiente, saltó una alarma y ella se quedó mirando a todos lados, cuando todo el mundo la miraba a ella y a la luz que tenía encima de su máquina.

-¿Qué pasa? -le preguntó a Travis.

-Que has ganado nena un premio de los grandes…- se quedó con la boca abierta.

-¿En serio? ¿Cuánto?

-Mira en la máquina, y él miró con ella y no se lo podía creer que había ganado un millón de dólares.

-¿Cómo? ¡joder Marina!, ¡joder nena! -y la levantó en brazos.

-¿Qué pasa?

-¡Has ganado un millón de dólares!

-¿Te cachondeas de mí?

-En serio, mira ya vienen los guardias por ahí.

-Pero si no sale nada…

-Ya verás, cualquiera se fía de tus sueños. ¡Joder, nena!

Y los guardias los acompañaron a un despacho y uno de los jefes les dio un cheque por un millón de dólares y la felicitaron.

-¿En serio? -iba ella saltando por el pasillo.

-En serio, pequeña.

-¡Ah, Dios mío Travis!, tienes tus tierras y más caballos, te lo dije, que lo había soñado y no me has hecho caso.

-Calla ya mujer, que te va a dar algo.

Y se subió encima de él como una niña.

Y Travis se reía de lo emocionada que estaba abrazándolo y besándolo.

Se bajo de su cuerpo y fueron al banco a meterlo en su cuenta.

-Dios, venga salimos a tomar algo.

-Mejor nos quedamos en uno de los bares de dentro esta noche, ganadora.

-¿En serio quieres que compremos las tierras de la otra parte del arroyo?

-¡Ay, Dios Travis!, -seguía besándolo mientras se tomaban la copa.

-Estoy tan emocionada…

-Sí, ¿no crees que es lo mejor?, si tú quieres, a mí, me parece que podían cruzar el arroyo, libres y tener más espacio si compras más caballos, quiero que te gastes ese dinero en el rancho.

-Sí, siempre me ha gustado esa tierra detrás del arroyo.

-Pues preguntamos y vemos qué cuesta. La compramos, compras otras dos camionetas y el resto para caballos, ya no tienes que pagarme.

-¿No deberías tener una bola de cristal como una gitana en el pueblo y así ganarías más…

-¡Qué tonto eres!, pero te alegras…

-Pues claro, no voy a alegrarme… Vamos a tener un gran rancho, nena. ¿Y tu clínica?

-Está todo nuevo y con los pedidos que hago de momento está bien, solo le daré una mano de pintura en vacaciones, como todos los años, pero no necesitamos más, solo vaqueros, los que necesites cuando compres ganado.

-Anda vamos al jacuzzi, te mereces algo esta noche.

-Eso desde luego, y una cama redonda.

Y Travis se reía, pero iba haciendo mentalmente planes como ella.

Esa pequeña tenía suerte.

El fin de su viaje fue en San Francisco donde pasaron un par de días para ver la ciudad, precioso, cruzar el puente y volver a casa.

Ya mismo les daba vacaciones a Mark y a Betty y metía a una chica que la ayudara y en agosto se las cogía ella.

Volver a casa fue ver a Travis hacer planes con ese millón de dólares, tenía ganancias del rancho y pudo comprar las tierras por un buen precio y arreglarlas, al final como le dijo ella, llenó el barracón de chicos, entre ellos un cocinero, tuvo que subirle el sueldo a Sofia para ayudar a la limpieza de tantas cosas, pero a ella no le iba el fin de semana sino un par de horas al día y la comida.

Ellos comían en el barracón, y su función solo era limpiar el barracón a diario todos los días menos el domingo y su casa de lunes a viernes. Pasarle la lista de las compras como el cocinero y ella cuando cerraba la clínica o los sábados, que no iba a trabajar, se iba a hacer las compras, o sola o con Travis y desayunaban.

Si alguna vez, se la llevaba el viernes era porque pensaban salir.

También salió un día al rancho de Preston a comprar ganado, después de como dijo ella comprar un par de camionetas más y llenar el depósito de gasoil.

Y compró yeguas y más caballos de monta.

-¿Cuántos tenemos ya? -Le dijo ella un domingo antes de levantarse cuando estaba de vacaciones en agosto.

-Tenemos casi cinco mil cabezas, nena.

-Una barbaridad…

-De tierra y de caballos. Menos mal que hice un buen barracón.

-Hay espacio suficiente.

-Sí, nena, aquí nos paramos, si no es mucho trabajo, ahora solo ganar comprar y vender y pagar, tengo ya una carpeta de nóminas.

-Pero tienes chicos que trabajan bien.

-Sí, es cierto y están satisfechos.

-Voy a aprovechar para ir esta semana a Cheyenne.

-¿Sola?

-Sola, si tienes trabajo.

-¿Qué tienes allí?

-Un amante, qué voy a tener…

-¡Qué tonta eres! Ni loca.

-Voy a traerme los libros, el material para la segunda parte del máster ya está en las librerías de la universidad. Aprovecho antes que tengo vacaciones, me quedo una noche.

-Vamos los dos el sábado.

-El sábado está cerrado, hay que ir en viernes.

-Pues vamos el viernes y nos volvemos el domingo, nos quedamos un par de días, no tengo vacaciones nunca.

-Es verdad cielo. Además, tengo que mirar cosas nuevas para la clínica y traerme materiales para el despacho. Si tú necesitas algo, nos lo traemos.

-Sí, creo que compraré algunas cosas. Así como no tengo vacaciones, Porque ya me fui en la boda., tendremos un fin de semana para nosotros. Compramos y por la noche vamos a cenar.

-Este año no vamos a ningún sitio, pero el que viene vamos a España de vacaciones.

-¿Tan lejos del rancho?

-Antes de tener niños tenemos que ir solos para ver todo, quiero enseñarte todo cielo, como tengamos niños, no podremos ir en años, y quiero ver a mi sobrino de Marina, la verdadera.

-Muy bien, nos vamos el año que viene a España, en agosto.

-¡Dios que ganas tengo de que llegue!

Un año después…

El tiempo había pasado deprisa, sin apenas darse cuenta, trabajando ambos y ella terminó su máster en junio y recibió su título, tan contenta.

Había logrado uno de los propósitos de su vida. Su abuela estaría satisfecha de ella, de ver su clínica y haberse sacado su máster y estar casada con un hombre maravilloso que al fin empezaba a reír, y ya le costaba. Trabajaba demasiado y a veces ella le echaba una mano en la contabilidad porque ella casi toda la hacía en la clínica.

Mark y Betty se casaban en septiembre, al final de sus vacaciones y querían comprarle la cabaña y ella se la vendió, le encantaba, pero si no la utilizaba… y como iba de vacaciones a España, aprovecharía para pintar la clínica comprar un par de aparatos nuevos y reformar un par de cosas que quería. Siempre innovaba.

Cuando llegó a casa y le dijo a Travis que les había vendido la cabaña por 350.000 dólares que era casi lo que le costó con la reforma, con todo lo que le dejaba…

-Nena has hecho bien, no la necesitamos, es pagar más impuestos.

-Parte va a ser para ir de vacaciones, nos vamos a quedar un par de días en Nueva York quiero ver la ciudad, y he presupuestado una parte para gastar, quiero darle cincuenta mil euros para los estudios de Javi, el hijo de Marina.

-Nena déjalo para tu clínica.

-Mi clínica tiene suficiente, pero en el rancho siempre hay que hacer algo, podemos darle una mano de pintura mientras nos vamos o lo que necesites.

-Nos cambiamos de coche. El todoterreno necesito uno nuevo.

-¿Ves? siempre hay cambios, eso es tuyo.

-Toma, le lo he ingresado.

-Mujer… Que es de tu cabaña.

-De tu dinero.

-De nuestro dinero.

-Pintamos el rancho y compramos un todo terreno, mi coche está bien aún. Y nos vamos de viaje. Tengo que comprarme ropa en Nueva York.

-No la vas a necesitar aquí.

-Pues ropa interior. Y un vestido para la boda de Betty y tu un traje.

-Bueno eso sí.

En agosto había hecho Travis los cambios en el rancho y había comprado un todoterreno nuevo, e iban en el avión desde Nueva York a Málaga. Marina había hecho un tour. Alquilaron un coche y ella se encargó de reservar los hoteles y los lugares para visitar.

La costa malagueña, le encantó a Travis, las tapas y el pescaito, pasaron por Granada a ver la Alhambra y él alucinaba porque las ciudades tenían historia y encanto, subieron al Albaicín, y a Sierra Nevada, aunque no tenía nieve.

Visitaron las playas de Almería que encantaron a Travis con sus grandes tapas, luego fueron a Sevilla donde se quedaron dos días. Allí visitaron todo y cenaron en el barrio de Santa Cruz y montaron en un barquito por el rio

todo romántico, en Huelva y en Cádiz y al final fueron a Jaén, a la sierra se Cazorla, Segura y las Villas, el Castillo de la capital, y de ahí a Arjonilla, su pueblo.

Cuando llegó, no tuvo más remedio que emocionarse. Marina y ella se abrazaron llorando

-Venga pasad -le dijo Marina.

-¿Este es tu vaquero? -Le dijo su vecina.

-Es mi vaquero, habla poco español, aunque intento enseñarle algo.

Saludo a Javier y se fueron al bar a tomar unas cervezas ellos dos.

-Déjalos, ya sabes que aquí es normal, venga, ¡qué guapa estás Sandra!

-Anda que tú ¿y tu niño?

-Es precioso.

-Toma, esto es para él y le dio un par de regalitos y un sobre con 50.000 euros.

-Pero chiquilla, ¿estás loca?

-Eso lo guardas en una cartilla para estudiar y le compras un cochecito cuando vaya a la universidad.

-¡Ay, Dios mío! ¡estás loca! -y se echó a llorar.

-Venga no seas tonta.

-¿Sabes que le dije la verdad a Travis?

-¿En serio?

-Sí, lo sabe, pero para él dice que soy Marina.

-Era su rancho, se lo merecía, solo por lo que le hicieron de pequeño.

-Sí, lo merecía, eso ponía en el testamento, pero nunca dijo nada, me compró la mitad, pero se la devolví.

-Lo que debías hacer, lo hiciste.

-Yo solo puse la clínica y he vendido la cabaña, sé que está en buenas manos, pero me da pena mantener algo bonito si no lo disfruto, además fuimos a Las Vegas y gané y compramos más tierras, no sabes cómo es el rancho, para recorrerlo necesitamos más de un día.

-¿En serio?

-Sí, es maravilloso, tiene veinte personas trabajando más el capataz y su mujer y él. Trabaja demasiado y yo también.

-Pero al menos estás trabajando en lo que te gusta, después de lo que pasaste.

-¿Quién compró la casa de mi abuela? Está preciosa, y nueva.

-Carmen, la de María.

-¿Sí?

-Sí se casó con Sergio, bueno siempre estuvieron novios desde chicos, nos llevamos muy bien.

-Me alegro tanto… de volver, de todo.

-La tienes preciosa, tu casa.

-Claro si me diste un dineral, tengo en el banco guardado, y nos compramos unos olivos, pero sigo trabajando, no soy de quedarme con las manos vacías en casa sin hacer nada.

-¿Dónde trabajas?, ¿en el mismo sitio?

-Sí, de auxiliar en la residencia de mayores de Arjona. Mis padres me cuidan a Javi.

-¿Y Javier?

-En la asesoría de Arjona también.

-Más vale que te compres una casa allí.

-¡Ay no!, aquí estamos bien, aunque tengamos que ir y venir, además nos compramos unas fanegas de olivos aquí y Javier va y los cuida los fines de semana. Le encanta el campo, aunque esté trabajando en la asesoría.

-Me gusta que seas feliz. Me encanta

-Todo gracias a ti.

-Casi el vamos a tener que dar las gracias a ese cabrón.

-¿Y el niño?

-Ha ido a Jaén con mi madre y mi padre, van a estar allí todo el día, quería ir al cine.

-Pues deja eso, que vamos a tomarnos nosotros también una cerveza.

-Hago la comida, mujer.

-Ni comida, vamos a tomarnos unas raciones con ellos.

-Sí, venga, vamos.

-Pues claro, no he venido para que cocines. Mañana queremos subir al Santuario de la Virgen de la Cabeza y pasado mañana después de comer nos vamos a Málaga, estaremos una noche allí, y nos vamos a Nueva York, ya llevamos aquí más de la cuenta y quiero estar en Nueva York dos días, intenta hacerme feliz, pero si se va del rancho muchos días se desespera, no sabe delegar, tiene que estar al mando.

-Eso les pasa a todos, venga, me arreglo un poco y nos vamos.

-Allí está el baño Sandra por si quieres ir.

-Sí, voy a darme un retoque.

Y cuando ellas llegaron al bar…

-Se ha empeñado en que comamos aquí unas raciones.

-Pues venga, dijo Javier – vamos a coger una mesa.

Luego fueron a la cafetería y tomaron café.

Javier era un buen tío y entre ellos se entendían, mientras Marina y ella no dejaron de contarse cosas toda la tarde. Por la noche entre las dos hicieron una ensalada y una tortilla de patatas y jamón y queso y cenaron en el patio,

llegaron los padres de Marina y se abrazaron y al peque que estaba loco con los regalos.

Al día siguiente subieron a la Virgen de la Cabeza. Ella iba todos los años al Santuario cuando vivía allí. Pero no había vuelto a ir,

-Nene, ten cuidado, la carretera es todo curvas, no corras que me mareo.

-¡Qué carretera!, -decía Travis.

-Sí, pero cuando lleguemos es preciosa la vista.

-Y podemos comer allí.

-Mira ¡un ciervo Marina!

-Sí, hay ciervos.

Cuando llegaron al Santuario, la vista era maravillosa.

-¡Vaya sierras que tiene esta provincia!

-Vas aprendiendo cielo.

-Sí, no tiene mar, pero es preciosa.

-Después de subir a ver a la Virgen, y dar un paseo por los alrededores, comieron en el restaurante y bajaron a Andújar. Allí tomaron café y fueron a casa de Marina.

Por la noche salieron a tomar unas cervezas. El niño no se retiraba de Marina, era precioso.

Y al día siguiente después de comer, se abrazaron y ella lloro, después de ver su pueblo y a sus amigos y saludar a toda la gente que vio.

Se iba emocionada

-Mi cielo no llores -al menos has venido.

-Volveremos, ha sido precioso venir sí, me ha traído tantos recuerdos…

-Aún nos queda una noche.

-Sí, pero esa vamos a descansar, cuando lleguemos estaremos muertos.

-Pues pedimos algo en la habitación.

-Venga mi amor, nos vamos a casa. Deja ya de llorar. No me gusta verte así…

-¡Ay, sí! me ha entrado la llorera.

-Además vamos a ponernos las pilas ya, deja las pastillas y tengamos un bebé.

-¿Quieres ya?

-Has terminado el máster, esa era la fecha.

-Es verdad, pues ya no tomo pastillas.

-Vamos a hacer un niño en Málaga o en Nueva York -y ella se reía.

-¡Que rápido eres para hacer niños!

-Ya verás que sí. ¿estás mejor?

-Sí. Me he emocionado.

-Me han encantado tus amigos.

-¿Verdad que sí? son encantadores, muy buenas personas.

-Y los olivos que nos han enseñado. Nunca había visto un olivo.

-Los compraron con el dinero que les mandé.

-Has sido generosa.

-No, han sido muy buenos conmigo, si no hubiera sido por ellos, hoy no estaría contigo.

-Eso es muy cierto, y estaría solo en ese rancho medio vacío, porque tú lo llenas de todo. De animales, de gente de amo…

-Tengo la sensación de que tienes una vena romántica oculta que te sale de vez en cuando.

-Sí que la tengo y le cogió la mano y se la pasó por su pene.

Y ella se rio

-No me refería a esa vena y lo sabes. Y me encanta cando haces eso.

-Qué ¿lo primero o lo segundo?

-Las dos cosas.

-Sé que te gustan.

-Me has hecho muy feliz Travis.

-Tú a mi más, porque tenía demasiadas heridas y me las estás curando. Este viaje ha sido maravilloso que lo sepas.

-¿Mejor que en Las Vegas?

-Mucho mejor. Todo me ha encantado, la comita, las tapas, la cultura, esos edificios…

-Aún nos queda Nueva York.

-Iremos donde quieras. Pero es tan distinto de lo que hemos visto, pero creo que también te va a encantar.

Y los dos días que pasaron en Nueva York, ella se compró más ropa de la debida, claro que a él también. Le encantó la ciudad tan moderna con los edificios altísimos.

-No sé dónde vamos a ponernos todo esto.

-Cuando vayamos a Cheyenne algún día a cenar, donde sea. Siempre hay ocasiones.

-Lo que más te vas a poner es esa ropa excitante interior, por Dios nena vas a ser stripper.

Y ella se reía a carcajadas.

-No creo, pero así no tienes que salir a esos sitios.

-Ven aquí loca si eso no hay ni qué quitarlo, puedo penetrarte así, como voy a hacer ahora mismo.

-¡Travis!

-Ven aquí nena, le decía en la habitación…

CAPÍTULO IX

Llegó la boda de Mark y Betty, Acción de Gracias y Navidad. Ella había dejado las pastillas en España cuando fueron de vacaciones en agosto, pero por más que hacían el amor y eran de los que lo hacían mucho porque con Travis, era imposible no hacerlo a diario. No se quedaba embarazada y empezó a preocuparse.

Pensó que quizá con la patada del potro dos años atrás podía haberle pasado algo por alto y no podía tener hijos y pidió cita en Cheyenne en un buen hospital especializado.

No quería decirle nada a Travis, no quería que la viera preocupada.

-Travis, la semana que viene voy a Cheyenne a ver unos productos nuevos para la clínica

-Nena, tengo que ir al rancho de Preston a llevarle potros.

-Pues así aprovecho y no me quedo sola en el rancho. Quizá pase una noche o dos.

-Tendrás cuidado.

-Sí, claro, quiero traerme unos libros y algunas novelas en español, sabes lo que me gustan.

-Vale. Pero me gustaría ir contigo.

-Puedo ir sola. La próxima vez iremos solitos y nos quedamos una noche para nosotros.

-Hay muchos kilómetros.

-Por eso me quedaré una noche a dormir o dos, depende. Tengo que ir a dos sitios y traerme algunas cosas para la clínica, Mark y Betty se quedan al cargo, aunque Betty, ya sabía dónde iba e iba a pasar una noche en el hospital. Se lo había contado.

-No es nada, Marina, ya verás, tienes que relajarte, si el médico te hizo un legrado y te dijo que podías tener más hijos…

-Sí, me lo dijo, pero han pasado casi seis meses y ni me quedo Betty y cuando los mellizos fue un día que se me olvido la pastilla anticonceptiva para colmo.

-Bueno, vas a ir al hospital y te harán pruebas, hazte las pruebas y ya te dirán algo.

-Sí, me voy el lunes que se va Travis a llevar potros. Ya le he dicho que me quedaré una noche o dos, así me traigo y veo cosas nuevas y compro para la clínica.

-Venga, ni te preocupes, me vas llamando.

-Y a él también, me llamará cada dos por tres.

Y ese fin de semana soñó con tres niños que llevaba de la mano hacía el arroyo, a ver los caballos, eran dos niñas iguales y un niño mayorcito igual que Travis, moreno con los ojos azules. Y dos niñas que se parecían a ella.

Se levantó sobresaltada. Travis se había levantado y estaba en el baño.

-¿Qué pasa cielo? -fue al dormitorio.

-He tenido un sueño de los que tengo yo, premonitorios.

-¡Menudo grito has dado!

-¿He gritado?

-Casi me da un infarto, me estaba recortando la barba, si lo das más grande me tengo que afeitar.

Y ella se levantó y lo abrazó por detrás.

-Me encanta tu barba.

-¿Qué tenías una pesadilla de qué?

-No, no era una pesadilla, era un sueño, tres hijos.

-¿Otro sueño?

-Sí, teníamos un niño y dos gemelas, al menos parecían de la misma edad. Se llevaban tres años o así con el niño. El niño era el mayor y era como tú,

guapo.

-Pues ve preparando las habitaciones que no me fio de tus sueños, fíjate lo que paso en Las Vegas.

-Pero Travis tres hijos… son demasiados.

-Hay habitaciones, tres es un buen número.

-Con uno para ti que no querías, me conformaba.

-Pues yo quiero mis tres hijos, mi hijo y mis dos niñas gemelas. Así que…

-¡Estás loco! Ha sido un sueño.

-Ese sueño sé que será realidad. Ten cuidado cuando conduzcas, nena.

-Y tú, voy a vestirme y termino de preparar el bolso.

-Llámame en cuanto llegues, son muchas horas.

-Sí, peor aún está amaneciendo, llegaré al mediodía, si paro a desayunar y otra vez más.

Y ella se fue antes porque él tenía que meter con los chicos los potros que habían apartado el día anterior en los camiones para vender.

Al mediodía llegó a Cheyenne y al hospital, estuvo comiendo, a las tres tenía la cita y las pruebas con el ginecólogo.

-Buenas tardes, señora Olsen.

-Buenas tardes doctor.

-Me comentó que llevan intentando tener hijos seis meses y en el historial un potro… siguió leyendo el historial…Bueno, vamos a hacerle primero una ecografía.

-Vale.

-Me dice que lleva intentando ser madre seis meses y he estado mirando su historial de hace dos años, cuando recibió el golpe del potro.

-Eso es, sí, aunque me hicieron un legrado perdí a mis mellizos. Y ahora creo que no puedo tener, hijos, aunque me dijeron que sí, porque llevamos

seis meses intentándolo.

Y cuando el doctor le hizo la ecografía…

-¡Está embrazada, mujer!

-¿Estoy embarazada? Pero si el mes pasado tuve la regla.

-Sí, señora, pero este no la tendrá. ¿Cuándo le toca la regla?

-La semana que viene.

-Pues ya no la tendrá, está de menos de un mes, pero de que está embarazada, el ecógrafo no miente.

-¿En serio?

-Y tan en serio, mire ahí…

Y miro la pantalla, y oyó el corazoncito.

-¡Ay, Dios mío!, y yo preocupada.

-Pues ya no tiene que preocuparse, no le voy a hacer más pruebas, que su ginecólogo la lleve desde su clínica.

-Mira que venir desde tan lejos…

-Bueno, la voy a mirar bien y la estuvo observando.

-Puede tener todos los hijos que quiera. De momento uno.

-Lo sé, será un niño.

-Lo sabrá más o menos el cuarto mes.

-Ya lo sé, lo he soñado.

-Bueno, pues ya sabe, pase por su ginecólogo cuando se vaya, por ahora todo va bien, cuídese.

-Gracias doctor.

Pasó la cartilla de su seguro de salud y salió al frio de principios de febrero, sabiendo que para Acción de Gracias tendría a su hijo Travis, como su

padre.

Se fue contenta por la ciudad, compró productos para la clínica en una tienda al por mayor, dos cajas grandes de productos. Luego fue a una librería y compró materiales para los despachos y algunas novelas en español y folletos de ranchos y clínicas veterinarias, lo último, novedades…

Dejó el todoterreno cargado en el hotel y se fue a comer y tomar café.

Ya la había llamado Travis un par de veces y le dijo que estaba comprando. Y ella llamó a Betty.

-¿Qué tal Marina? -estaba preocupada, -le dijo Betty.

-Pues no te preocupes, porque estoy embarazada de menos de un mes, ¿te lo crees? Vengo porque no me quedo y ya estoy embarazada de días. De este mes.

-¿En serio? -se reía Betty.

-Y tan en serio. Creo que el ginecólogo me ha visto como una paleta de campo.

-Venga mujer. ¡Qué guasona!, Tú no lo sabías.

-Bueno, pues ya sabes, voy a tener un Travis.

-Sí tú lo dices. Puede ser niña.

-Lo he soñado.

-¡Ay! ni me lo cuentes, conmigo no sueñes nada.

-No lo haré. Estoy de compras. Nos vemos.

-Nos vemos Marina y enhorabuena.

-Gracias.

-Ten cuidado.

-Lo tendré, cuando lo sepa Travis verás.

-Sí, se va a quedar…

Y más que le dije esta mañana que había soñado tener tres hijos.

-¡Madre mía! loca, anda, ve a comprar.

-Estoy comiendo.

-Pues come y calla.

-Adiós… Y Marina sonrió.

Después de comer, fue a una tienda de bebés y compró unos libros para seguir el desarrollo del bebé por semanas y de atención a los bebés, 3 libros que le recomendaron. Y algunas cositas para el bebé entre ellos un sonajero para su padre con el nombre de Travis.

Los había con distintos nombres y encontró por casualidad uno con ese nombre.

Cenó algo y se fue al hotel, cansada, se dio una ducha y llamó a Travis.

-¿Qué tal cielo?

-Mañana nos vamos, llegaremos al mediodía al rancho.

-Yo llegaré un poco más tarde, quiero ver algunas cosas de la clínica. Hay aparatos nuevos.

-¿No has ido hoy?

-A por productos, pero los aparatos están en otra tienda de camino a casa, a la salida en un polígono.

-Ten cuidado, nena.

-Lo tendré.

-¡Te quiero!

-Y yo a ti, mi niño.

Cuando al día siguiente llegó cansada al pueblo, llamó a Mark para descargar las cajas que traía para la clínica.

-Estos son los productos y estas cajas de aparatos nuevos, pesan.

-Puedo Marina.

-Déjalos en el despacho, me voy al rancho, mañana los abrimos y colocamos. Tengo que mirar el precio, déjame las facturas en la mesa.

-Vale.

-Bueno, nos vemos mañana. ¿Y Betty?

-Está pelando un cachorro.

-Vale, mañana la veo.

-Adiós.

-Aparcó en la cafetería de Mel, estaba hambrienta y allí comió.

Luego se fue al rancho.

Travis ya había llegado hacía dos horas, había dado una vuelta por los animales y a los chicos y se ducho.

Estaba metiendo las facturas en el ordenador, cuando ella llegó al rancho. Aparcó y cogió las cajas.

Travis, fue a esperarla a la puerta y le quitó las cajas y las puso en la salita.

Y cerró la puerta, abrazándola.

-Para loco. -se reía ella.

-Te he echado de menos, nena.

-Si ha sido solo una anoche…

-Con eso me basta.

-Te he traído un regalito para ti. Y antes necesito una buena ducha.

-Pues vamos arriba.

-¿Qué hacías?

-Meter facturas y preparar las nóminas, luego lo hago. Quiero ver mi regalo.

-Primero me ducho.

-Primero te duchas, luego te doy yo a ti un regalito y luego me das el que has traído.

-¡Qué orden más lógico!

Y Travis se reía.

-Date prisa mujer.

-Tengo que hacer las cosas con calma.

Y salió con una toalla y un moño cogido arriba. Cogió el bolso y sacó toda la ropa sucia, y unos documentos y las novelas, y los libros de bebes.

-¿Eso qué es?

-Unos libros de bebés.

-¿Por tus sueños?

-No, por esto -y le dijo el sonajero con su nombre.

-¿Estás embarazada?

-Sí, de mi primer hijo, Travis, como su padre.

-Marina…

-Es verdad.

Y le contó que estaba preocupada porque no se quedaba y fue a la clínica y se encontró la sorpresa.

-Marina debiste decírmelo mujer.

-Es que, si no podía, estaba tan preocupada, llevamos seis meses intentándolo y no quería preocuparte, pero como me coceó el potro.

-Ven aquí que te voy a cocear.

-¿Eres un potro?

-Soy tu potro, vamos a tener un bebé nena.

-Sí, un hijo.

-Pero si no lo sabes con seguridad.

-Lo sé y dentro de dos años tres años tendremos a las gemelas, son gemelas, Marina y Sandra, mis nombres. Y Travis este.

-¡Estás loca de remate mujer! No tengas más sueños, que me estás dando miedo ¿eh?

-No sé por qué desde que perdí a nuestros hijos tengo sueños que se hacen realidad.

-Pues espero que se acaben cuando tengamos el primero. Y si son malos ni me los cuentes.

Y Travis se desvistió y la esperó desnudo en la cama.

Ella se quitó la toalla y se puso encima de él.

-¡Eres la leche pequeña!

-Sí, -y cogió su pene y lo metió en cuerpo.

-Podemos hacerle daño…

-No, está bien cubierto por su madre, este nos nace.

-Si tú lo dices, ¿cómo no creerlo?… y empezó un movimiento lento hasta hacer gemir a su hombre.

Y su hombre se movía para hacerla feliz, entrando y saliendo de su cuerpo, mordiendo sus pezones y apretando sus caderas para entrar hasta lo profundo de su sexo…

Ocho años después…

Era sábado y Marina iba con sus hijos de la mano hacia el arroyo, porque los niños querían ver los caballos desde el arroyo.

-Ten cuidado Travis no corras -Le decía a su hijo de siete años, un niño igual que su padre.

-¡Mamá mira qué bonito!

-Papá quiere comprarnos un pony cuando vaya al rancho de Preston.

-Sí, si os portáis bien y hacéis los deberes.

-Yo los hago -Dijo Travis.

-Yo también decía Marina de cuatro años.

-Yo también, decía a la vez Sandra, gemela de Marina.

Eran preciosas con el pelo más claro que su hermano y sus mismos ojos que ella.

Y recordó que había soñado eso, años atrás, que iba con sus hijos al arroyo a ver los caballos y sonrió.

Desde entonces no había vuelto a tener más sueños. No quería, porque si eran malos ni quería saberlos.

Las niñas llevaban una cubita de plástico, para coger agua del arroyo y Travis llevaba un caballo. Ella un libro y allí se sentaban en un par de banquitos bajos de piedra y una mesa redonda que Travis, el padre, les mandó a hacer porque aquel rincón les encantaba. Bajo un gran árbol que les hacía sombra.

Y mientras ella leía y estaba pendiente de los niños, allí iban a merendar, ella llevaba una mochila con galletas, unos batidos, y lo pasaban bien allí los tres.

Al cabo de un rato cuando Travis terminaba iba a por ellos. Y los tres querían jugar con su padre en el arroyo.

Jamás pensó ver a Travis con cuarenta años, feliz y riendo a carcajadas con sus hijos.

Lo miraba y no se lo creía. Seguía tan bueno como siempre y lo deseaba como nunca.

Habían conseguido tener el mejor rancho del condado, como ella dijo sin soñar, y ella su clínica que reformaba de vez en cuando y pintaba todos los años.

Y le daba un buen dinero, aunque el rancho daba muchísimo más, porque Travis trabajaba demasiado.

El la pilló mirándolo y mientras dejó jugando a los niños, se sentó a su lado y la abrazó.

-¿Qué piensas mi amor?

-Estaba pensando en que nunca creí que te vería reír tanto con tus hijos. Eso nunca lo soñé.

-Esa has sido tú que eres una bruja, me has cambiado.

-¿Para bien?

-Para muy bien, tengo todo lo que siempre quise tener, hijos a los que querer como no me quiso mi padre, aunque tengo miedo de que me pase algún día lo mismo.

-No te va a pasar Travis, eres un buen hombre. No dejaré que pase nada. Disfruta de lo que la vida nos ha dado, tu abuelo nos lo dejó y nosotros lo hemos aumentado.

-Somos felices y nuestros hijos lo son, ahora quieren su pony.

Y Travis se reía y la besaba.

-Me arruinan.

-No te quejes.

-Les traeré un pony cuando vaya al rancho de Preston.

-¿Y a mi qué vas a traerme?

-Tú ya sabes montar, te compré una buena yegua.

-Con el miedo que me daba, ¿recuerdas?

-Sí.

-Necesitamos unas vacaciones Travis y tú también. No hemos ido desde que vinimos de España y los niños ya son grandecitos.

-Pero ir con todos…

-Vamos a ir a Orlando al parque, se lo pasarán genial.

-¿A Disney?

-Sí.

-¡Está bien! tú te encargas como siempre.

-Vamos cinco días al parque y cinco a la playa de Florida.

-Pues está bien, tengo ganas de tumbarme en la playa.

-Yo tengo ganas de tumbarme.

-Túmbate.

Y se tumbó en la hierba y Travis se tumbó encima de ella besándola y pronto todos los chicos estaban encima de ellos riendo.

-No se puede con estos niños.

Y se reían.

-Esta noche mi amor, cuando se duerman...

-¡Te quiero!

-¡Yo también!

-Yo también le decían los niños.

-¡Cuánto amor!-decía Travis.

-El que no tuviste de adolescente, lo tienes ahora.

Y él se la quedó mirando.

-Menos mal que okupaste mi rancho.

-Sí, fui una okupa en tu rancho, como me dices siempre.

-Lo mejor que nadie ha hecho en mi rancho.

-¡Anda vamos a casa!

Y cogió a Travis, el pequeño y se lo puso al cuello y ella iba con las niñas de la mano de su madre charloteando.

La felicidad que no tuvieron era eso.

-Gracias abuela -dijo ella mirando al cielo.

-Y gracias abuelo de Travis., aunque no lo conociera. Su nieto es feliz, donde debe estar.